

ELVIRA SANTA CRUZ Y OSSA

EL VOTO FEMENINO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y

LA MARCHA FÚNEBRE

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS



SANTIAGO DE CHILE
EMP. ZIG-ZAG. TEATINOS 688
1920

Casa WEIL



Representantes de los famosos

Pianolas - Pianos
ÆOLIAR

EL VOTO FEMENINO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

por

Elvira Santa Cruz y Ossa

(ROXANE)

ES PROPIEDAD.



PERSONAJES:

Jimena Riso de Oregón	Srta.	Marcelle Anclair
Marta Leal de Zamora	»	Marta Petit
Olivia Riso de Oregón	»	Melania del Campo
Zunilda Pezos de Vivaceta	»	Marta Flottes
Rufina	»	Marta Flottes
Rafael Oregón	Señor	Miguel Fernández
Eduardo Lisperguer	»	Rafael Frontaura
Fancisco Benamor	»	Mariano Casanova
Felipe Zamora	»	Eduardo Salas
Luis Mac-Miren	»	Rafael Huneus
Fernando Vivaceta	»	Enrique Gutiérrez
Sánchez	»	Mannel Casanova
Garcés	»	Pablo Silva
Larrecia	»	Raúl López
Raposo	»	Hernán Infante
Genaro	»	Mannel Casanova

“El Voto Femenino” fué estrenado en el Club de Señoras de Santiago de Chile, el 30 de Agosto de 1919 y representado después a beneficio del Patronato Nacional de la Infancia el 16 de Noviembre en el Teatro Municipal.

El Voto Femenino

Damos aquí, extractados, algunos juicios y comentarios que publicó la prensa de Santiago con ocasión del estreno de esta pieza teatral cuya autora es Elvira Santa Cruz Ossa conocida en el mundo de las letras chilenas con el pseudónimo de Roxane.

Don Carlos Cariola V. notable comediógrafo y crítico teatral de "La Unión" dice así:

"El Voto Femenino", comedia en 3 actos, original de Roxane, constituye una verdadera joya del teatro chileno. Tiene un primer acto de exposición con las condiciones que el buen gusto y la técnica teatral aconsejan. El argumento va desenvolviéndose de las escenas mismas, natural y sencillo. El movimiento de los personajes está hecho con soltura, por medio de diálogos sustanciosos que hacen que desde su comienzo el público entre en el ambiente de alta sociedad. El talento mayor de este acto está en la pintura de los tipos que ya quedan definidos en él y en la presentación de esa superficialidad de vida social, hábilmente mezclada con la más punzante de las ironías que maneja con feminidad resulta eficazísima; pues las mayores claridades están dichas sonriente y pudorosamente. El centro del argumento, esa mujer casada frívola y alocada, que toma a un muchacho de 20 años como su pareja de baile, como su inseparable, creyéndolo inofensivo por lo joven, sin pensar que a los 20 años el corazón late más fuerte, y el conflicto pasional, bastan ya para que el interés quedel latente.

Al segundo acto se le ha reprochado falta de verosimilitud. Pensamos precisamente que esta falta de verosimilitud en su mayor mérito. La autora ha pensado lo que sería de nuestras damas, de nuestra sociedad si alguna vez las mujeres se pusiesen al nivel de los hombres, entregadas entonces a las mil argucias que la política autoriza. Roxane ha recurrido a ésta que podríamos llamar "visión futurista", como una manera nueva de demostrar la pendiente de la vida de algunos salones, sin que por esto descuidé el hilo de la trama. Admiramos el estudio de ese esposo que lamenta las veleidades de su mujer sólo por temor al escándalo sin sentir en su alma los celos purificadores, y lo admiramos más en el contraste,—que toma caracteres de moraleja—con la actitud de esa joven—que obligada por el ambiente a ser coqueta—se mantiene honrada por respeto propio y no por temor al escándalo. Roxane deja aparecer este fondo de superioridad moral de la mujer sobre el hombre, fondo que se nota siempre en el alma femenina hasta en la más expuesta a las sinuosidades de la vida. Y ese fondo de moral lo ha dado la educación sólida de las matronas antiguas hechas en un ambiente de moral más estrictamente cristiano.

La forma de desarrollar este segundo acto es sugestiva, novelesca, original y presentada con propiedad, la hace teatral. Es un diálogo de fondo, con agudezas

dignas de la pluma de Lináres Rivas el que mantienen Rafael y su esposa Gimena.

El tercer acto finiquita la obra con aciertos. Los personajes no decaen: los mismos que conocimos en el primer acto se mantienen en toda la obra. El Panchito Benamor, es un estudio completo. No queremos decir que sea fotografía de nadie: séalo o no, es un estudio, es un carácter que no se pierde, que no cojea...

La Gimena es el mejor tipo de la comedia. Es un símbolo de la mujer chic que es honrada, pero vícti-

figura, voz emotiva y acertadas inflexiones de voz; matiza con buen gusto y es sencillamente francesa... cuando duerme las frases bonitas como obsesionada por la idea que expresa. La señorita Marta Flottes, de grandes cualidades, de hermosa figura, es inquieta, tiene posesión escénica y marca los detalles. Las señoritas Marta Petit y Melania del Campo son capaces de defender sus papeles con naturalidad y elegancia.

Mariano Casanova tiene gracia y tiene tino: sus ademanes son rinos y cómicos. El papel gana con él.

Frontaura posee la malicia que el mucho teatro le ha dado; "posa" bien su figura; sabe entornar los ojos y para no ser menos que su protagonista hasta se ha afrancesado un poquillo para entonar al verso; sabe emocionar y sabe hacerse aplaudir. Hernán Infante algo ingenuo pero gracioso. Miguel Fernández, en el papel más ingrato de la obra, se ha defendido briosamente y ha resultado un "actor". El conjunto de hombres, muy correctos, usando jerga teatral: "saben llevar frac..."

Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane) figurará desde ahora entre las primeras firmas del teatro chileno. Que siga adelante, y como cada paso sea tan grande como el dado entre "La Familia Busquillas" y el "Voto Femenino"... va a ser difícil seguirla.

Don Miguel Ramírez, crítico teatral de "El Mercurio", aprecia de esta manera la obra:

Un momento de nuestra vida de sociedad enlazado a un argumento psicológico-sentimental con bastante maestría; eso es la obra última de Elvira Santa Cruz.

La ventaja de operar dentro de su propio ambiente, ha permitido a la autora—dotada de sutil espíritu de observación—llegar a una pintura muy acertada del medio en que se mueven los personajes, resultado intentado hasta aquí con deplorable éxito por todos aquellos de nuestros autores dramáticos que han pretendido hacer "alta comedia".

Además, las evidentes facultades para la obra de teatro que evidencia Roxane han animado sus creaciones de un espíritu de naturalidad y verismo que sorprende. Esta observación cuadra especialmente con sus figuras femeninas que hablan, piensan y palpitan con todos los matices de la vida real. Sus creaciones de Gimena y Zunilda, podrían alternar en la obra de cualquier autor consagrado.

No puede decirse otro tanto de sus retratos masculinos, a pesar de la feliz caracterización de Francisco Benamor, el solterón cínico y simpático, que ha fabri-



Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane)

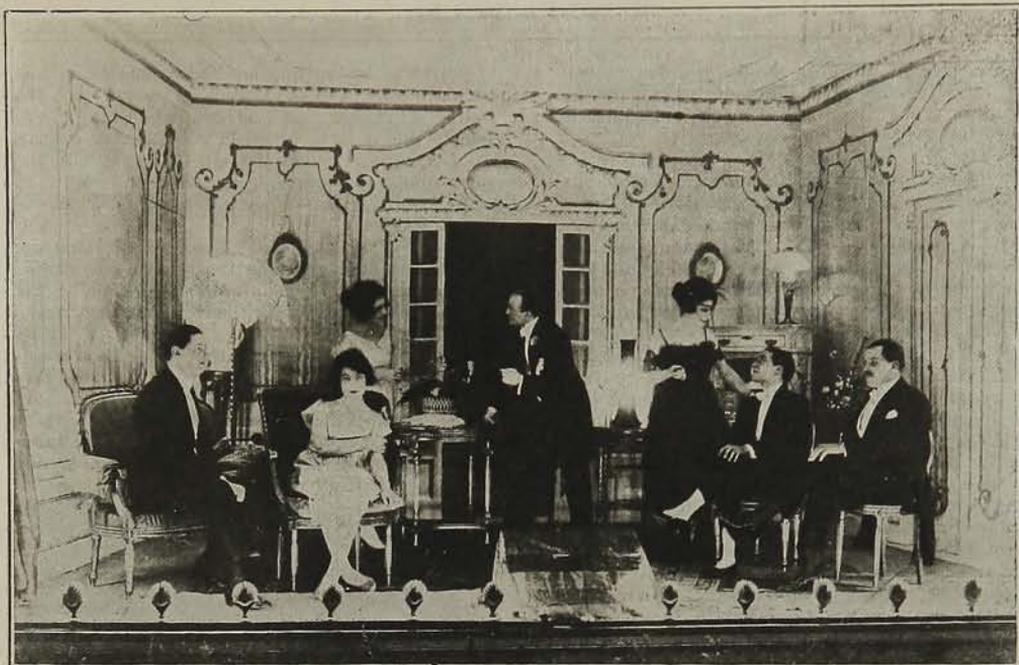
ma del ambiente, del espíritu de competencia entre las elegantes. Su lucha entre el respeto propio y un amor que nace fuerte, está observado con ojos de psicólogo refinado.

El papel de muchacho enamorado está trazado con novedad y es simpático.

El Rafael, esposo moderno, que encuentra de mal tono tener "una mujer de su casa" que borde, sepa cocinar y que cargue en brazos con sus hijos y que luego se abisma de que nada de esto haga, es una lección sabia. Las escenas accesorias están movidas con facilidad. Hay detalles bonitos en la obra. La crítica social está hecha con una claridad que espanta y que es necesario aplaudir porque hace bien, porque toca un verdadero peligro social. ¿Qué es muy franca? Bendita sea la franqueza en boca de una mujer inteligente...

La interpretación es muy correcta. Marcelle Auclair es una verdadera artista francesa que habla en castellano: agradable

(Continúa en las págs. 26 y 27).



ACTO I.—ESCENA V.—En casa de Gimena.

EL VOTO FEMENINO

ACTO PRIMERO

El acto pasa en el palacio de los señores de Oregón, sito en los alrededores de Viña del Mar. Estación veraniega. Noche a noche se reúne allí un grupo de personas amigas de los dueños de casa. Se baila y se juega bridge. La escena representa una sala del palacio. Puertas al fondo, a la derecha y a la izquierda. Amoblado lujoso, varias mesitas, floreros, lámparas con pantallas, etc.; todo armonioso y refinado. Una orquesta formada por mandolina, violín, viola y bandurria debe tocar entre bastidores, desde la escena V del acto. Al abrirse la cortina, Gimena, en traje de recepción, entra por la izquierda. La sigue Rafael.

ESCENA I

Gimena y Rafael

GIMENA (entrando).—¡Tantas recriminaciones por una bagatela, Rafael! (Disgustada). ¡Si vieras lo en ridículo que te pones con esos aires de marido puntilloso!

RAFAEL (entrando).—¡Cómo...! ¿es posible, Gimena, que tú llares bagatela al hecho de pasar la noche fuera de casa con un amigo? Parece que has perdido el seso o que has olvidado hasta las nociones más elementales de moral.

GIMENA.—¡Ah! Si tú pintas el hecho así... con tanta crudeza, evidentemente que resulta una enormidad. Pero, ¿no sería razonable y más humano que, en vez de abrumarme con injustas recriminaciones, me ayudaras a lamentar el accidente desgraciado que descompuso el automóvil y obligó a tu pobre mujer-

cita a pasar toda una noche a la intemperie, expuesta a coger una pulmonía?

RAFAEL.—Buenos estamos para sentimentalismos, Gimena, en estos instantes en que somos el hazme reír de todo Viña.

GIMENA.—Y, por evitar estúpidas habladurías, ¿habrías preferido que Eduardo me dejara desamparada y sola en los arenales de Quinteros? Porque, según deduzco de tus palabras, es la compañía del muchacho lo que mortifica tu orgullo de hombre... Si me hubiera abandonado a mi suerte, el accidente no habría merecido ni siquiera tu atención... (Acercándose cariñosa). Vamos, Rafaelucho, no seas ingenuo... es ridículo y pueril que te preocupe hasta ese punto mi amistad con un niño de veinte años.

RAFAEL (desprendiéndose bruscamente).—¿Desde cuándo acá son niños los hombres de 20 años? ¿Acaso no tienes tú esa misma edad?

GIMENA.—¡Yo? Poco más... Pero yo soy una

mujer casada, Rafael; madre de dos creaturas... Mientras que Eduardo es un simple estudiante de Leyes. (Mimosa). Déjate de tonterías, celosillo...

RAFAEL.—La que debe dejarse de tonterías y de coquetías eres tú, Gimena... Estoy hartito de esta vida de continuo jolgorio. Es preciso que reacciones o que nos separemos...

GIMENA (altiva).—¡Ah! ¡Ah! ¿con qué ésas tenemos? Y, dime, ¿a qué régimen de vida quisieras tú sujetarme? Esboza un poco tu plan. (Se sienta y finge pulir sus uñas).

RAFAEL.—Pues, simplemente a la vida de hogar, a la vida que hacen mi madre, mi suegra: a la vida que han hecho todas las mujeres honorables desde el nefasto día en que a Dios se le ocurrió crear a la primera.

GIMENA (irónica).—Es que yo no podría hacer la vida ni de nuestra madre Eva, porque si la imitara, me dejarían, no digo sin traje sino hasta sin pellejo... ni la de esas señoras que me pones por ejemplo, porque el primero en renegar de la mujer casera, de esa que cuelga al cinto un manojito de llaves, que huele a despena y descuida la belleza de sus manos, eres tú; tú, sibarita incorregible, que tienes todos los refinamientos de un Epicuro...

RAFAEL (halagado).—Ocupate en algo serio, entonces...

GIMENA.—¿En qué? ¿En la casa, en los niños? ¿Para que todo ande a las torcidas? Además, yo no me atrevo a nada en este palacio... Si me dirijo al comedor, el "maitre" acude al punto con su tono de marqués en destierro: "Plait-il, madame"... Si entro a la cocina, Mr. Paul me sonríe con el mismo airecillo protector del "maitre", asegurándome que ha confeccionado un "menú" que dejará satisfecha a "madame". Me retiro casi pidiendo excusas... En el "Nursery", la gringa me recibe con una rígida inflexión de cabeza. Y si el niño corre a besarme, la gringa ha de medir hasta mis efusiones maternas: "¡Oh, madame!, no apriete Ud. así a Rafael, porque su digestión puede sufrir perturbaciones..."

RAFAEL (sonríe a pesar suyo).—Ardides, ardides que inventa tu fantasía de mujer frívola...

GIMENA (fingiendo no dar oído a la interrupción).—¿Lo ves tú? ¿Qué me queda por hacer en casa? ¿Bordar, coser? Bien sabes tú que esos pasatiempos de Penélope me fastidian sobremedida... Me clavo los dedos, bostezo o (maliciosa) pienso en cosas prohibidas... ¿Por qué complicar nuestra vida, Rafaelucho? Recuerda que fuiste tú el que me hiciste gustar de las frivolidades mundanas. Tú me modelaste a tu idea. (Se acerca a Rafael). Yo no tengo pretensiones de heroína ibseniana, ni deseo investigar el misterio del mundo, ni abogo por el sufragio de la mujer, ni soy apóstol del feminismo... Prefiero ser siempre tu Menucha, tu caturrita...

RAFAEL (rechazándola suavemente).—Sí, pero una caturrita que posa en muchas ramas... Que pasa la noche fuera del nido...

GIMENA (seria).—¿Vas a comenzar de nuevo las recriminaciones, Rafael? Y, ¿quién fué

el maridito bueno que me regaló ese lindo automóvil para que lo manejara yo misma? No había de hacer mi aprendizaje sola... Y, puesto que a ti te interesa más el alza o baja de Llallaguas y Gaticos que la manivela automovilística, tenía que buscar compañero...

RAFAEL.—El mismo que buscaste para aprender a bailar.

GIMENA.—Precisamente. Escogí a Eduardo porque le consideré más inofensivo que otros. Con alguien había yo de acompañarme... Tú te has declarado hombre serio. Tampoco quieres bailar... (Se acerca a Rafael). Y, si lo intentaras... te costaría tan poco, tienes excelente oído y tan linda figura... A ver, Rafaelucho, ensayemos un "one-step". (Le coge un poco la fuerza y silva un one-step).

RAFAEL (tratando de desasirse).—No faltaba más... ¿Qué dirían de mí en la Bolsa si me vieran de saltimbanquis...?

ESCENA II

Los mismos, Marta, Olivia, Zunilda

(Las tres damas entran por el fondo).

MARTA.—Bravo, bravo... ¡Qué linda pareja! OLIVIA.—¡Qué bien, cuñadito...! Tu mujer te empieza a corromper.

RAFAEL (turbado).—Buenas noches, Olivia. Bienvenidas, señoras mías.

ZUNILDA (llena de motivos).—Tenga Ud. cuidado, Rafael; mire que puede cogerle el torbellino báquico.

GIMENA (saludando).—No te preocupes, Zunilda; ese torbellino báquico sólo coge a tu marido...

RAFAEL.—Gimena...!

(Olivia y Marta ríen y cuchichean).

GIMENA.—¿Vienen Uds. solas?

MARTA.—Venimos en buena compañía; nuestros respectivos maridos y algunos viñamarinos, que se han quedado en el escritorio de Rafael.

GIMENA.—Ve a saludar a tus amigos, Rafael. Nosotras iremos en un momento más. (Sale Rafael).

ESCENA III

Los mismos menos Rafael

MARTA (sentándose en un sofá).—¡Cuanta, hija! Estoy muerta de curiosidad. Nosotras que no nos atrevíamos a entrar temiendo caer en medio de una violenta escena conyugal...

OLIVIA.—Y te encontramos bailando con el supuesto Otello.

ZUNILDA (incisiva).—Uds. las santiaguinas tienen mucha suerte...! Yo, algunas veces, me pregunto por qué ciertas mujeres pueden obrar como les place, cometer toda clase de impropiedades, sin que la sociedad las condene; si son extravagantes en el vestir, las consideran originales, si se escotan demasiado, disculpan su impudicia, si flirtean, lo celebran como una niñería... Imagínese el escándalo que se habría formado en Viña si otra que no fuese Gimena Riso de Oregón hubiera pernoctado en

los arenales de Quinteros con Eduardo Lisperguer...! En verdad que no comprendo este singular criterio...

MARTA (con ironía).—Te lo explicaré en dos palabras, Zunilda... Nosotras las mujeres de rancio abolengo, tenemos una larga fila de antepasados aristocráticos que escudan nuestros actos y sirven de baluarte a nuestro honor. Somos socialmente invulnerables... Casi, casi, parodiando al simpático marqués de Dosfuentes, hasta podemos comer una alita de pollo con la mano, sin que nadie ose criticar nuestros actos. (Al público). Por eso yo encuentro muy sabias a esas 'siúticas' ricas que compran un nombre aristocrático para sus hijos. Con el tiempo, la sociedad juzgará con benevolencia los coquetos pecadillos de sus nietas.

ZUNILDA.—Yo preferiría, en todo caso, que mis

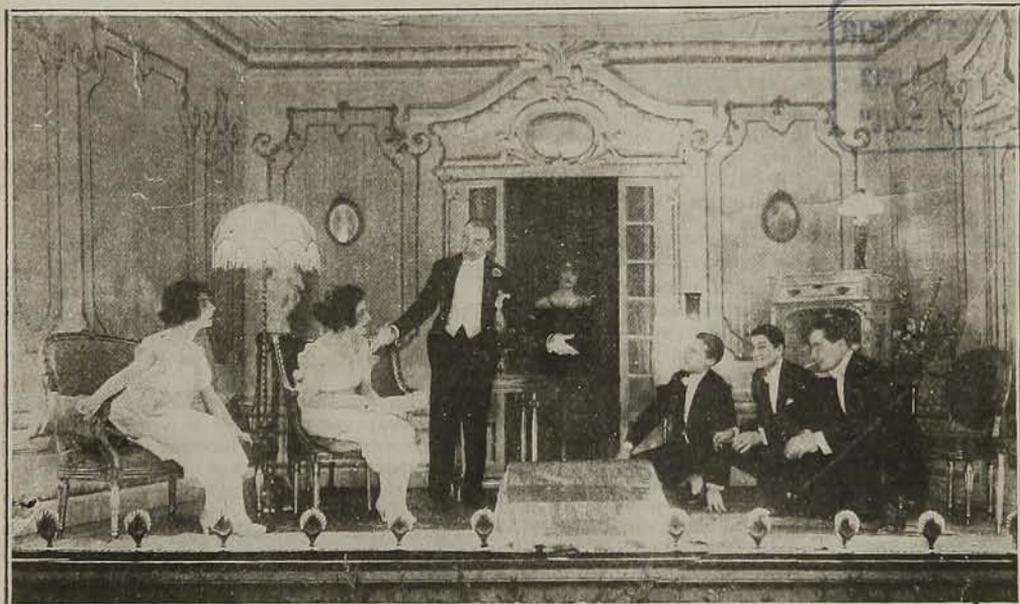
MARTA.—De soltera... puede ser... de joven-cita no... Pero, ¡qué enormidad pagar cinco mil pesos por ese vestido! Tu marido va a quebrar, Zunilda.

ZUNILDA.—No lo creas, Marta. Fernando no consume ni sus rentas, y eso que hacemos gastos tan crecidos como el comprar en quinientos mil pesos una galería de retratos de Monvoisin.

MARTA.—Y la adquirió a buen precio. La compra de una genealogía aristocrática ha costado siempre cara... (Hablan en voz baja).

OLIVIA.—Qué impertinente se muestra Marta con Zunilda... No me gusta...

GIMENA.—Hace bien. Esa siútica es una intrusa y una intrigante. Te aseguro que sólo ha venido hoy a atisbar algo, a ver qué comentario sabroso puede llevar a Viña. La conozco demasiado... Llévatela, Olivia, llé-



ACTO I.—ESCENA V

Francisco Benamor: "Es el baile del Chingol, pero como ustedes ya están muy alejadas de la infancia".

nietas se condujeran correctamente sin necesidad de la indulgencia de una sociedad desmoralizada...

OLIVIA (conciliadora).—Cuestión de apreciaciones. Por cierto, por cierto... Dime, Gimena. ¿Paneho Benamor no ha llegado aún? Dicen que está felicísimo con sus éxitos políticos...

GIMENA.—No lo he divisado. Creo que no se encuentra en Viña.

(Olivia y Gimena hablan en voz baja mientras Zunilda se acerca a Marta).

MARTA.—¡Qué lujoso el traje que llevas, Zunilda, no te lo conocía!

ZUNILDA (obsequiosa).—¿Te gusta? Se lo compré hoy a Tomito en cinco mil pesos. ¿No es cierto que me hace un cuerpo de joven-cita soltera?

vatela pronto, por favor, si no quieres que yo también, como Marta, empiece a decirle impertinencias...

OLIVIA (en voz alta).—Siento que ha llegado la orquestilla. Gimena, ¿no vienes a atender a tus visitas? ¿Qué estarán pensando esos señores de nuestra ausencia...?

GIMENA.—Son de confianza, Olivia; y Rafael los atiende. Vayan a bailar Uds. mientras hablo dos palabras con Marta.

(Salen Olivia y Zunilda por el fondo).

ESCENA IV

Marta y Gimena

GIMENA (desolada).—¡Ay, Marta, qué estúpido accidente...! Me tiene tan contrariada la publicidad que le han dado... ¡Cuánto lo

va a agrandar la maledicencia!

MARTA.—¿Cómo sucedió aquello?

GIMENA.—Toda la culpa fué de Eduardo. Atravesábamos los pesados arenales de Quinteros y él me traía tan entretenida con sus historietas, que no vi un obstáculo en el camino. El choque reventó dos neumáticos. Ni yo ni Eduardo entendemos en mecánica y no habíamos querido llevar chauffeur porque es tan molesto andar con escuches...

MARTA.—Sobre todo si se dicen cosas entretenidas...

GIMENA.—Déjate de plomerías, Marta... (Afligida). Rafael está furioso... Yo lo comprendo; cree que todo el mundo se está riendo de él. No le mortifican los celos, ¡oh, no!, ya pasó la época de los arrullos y más que nadie sabe él que entre Eduardo y yo no se trata de amor. Lo que sangra allí dentro es su orgullo de varón en pugna con su acendrado egoísmo que le aconseja no promover escándalos que entorpezcan su vida. Porque ante todo, como yo le decía hace un momento para dorarle la píldora, es un sibarita que no profesa más religión que la de su comodidad. Nada que perturbe su vida regalada. Hasta su mujer es parte de esa molición que envuelve su existencia de millonario... Yo soy el complemento necesario para el cuadro del hombre afortunado... del nabab social...

MARTA.—¿Por qué ese escepticismo, Gimena?

Tú, la caturra juguetona, la gentil saltarina?

GIMENA.—Sí; ¡a caturra, la mosquita muerta, porque así halago la terrible vanidad de Rafael. Haciéndome una nadita que sólo ve y piensa por sus ojos... Pero mi carácter primitivo no era así... tú sabes bien que la vida me ha cambiado... frívola, refinada, elegante, así me quiere Rafael y ni por la mente se le ha pasado jamás la idea de que yo pueda ser su confidente, su amiga... (Burlésca, se pone de pie). Por lo demás, ¿qué afanes podría confiarme? Desvelos financieros no puede tener... complicaciones anímicas... no las conoce... ¿Para qué necesita un sér así una mujer que piense? ¿Ni para qué he de pensar yo seriamente si a nadie puedo confiar mi sentir? El vacío de mi alma, por fuerza ha de llenarse con frivolidades...

MARTA.—Dime, Gimena, ¿esos arenales están muy lejos? ¿Por qué no buscaste modo de regresar anoche?

GIMENA.—No están lejos, pero mientras tratábamos de cambiar un neumático, la marea había subido mucho, dejándonos aislados... Eduardo quiso partir en busca de auxilio. Yo se lo impedí porque tenía miedo de quedarme sola. Nadie pasaba por aquel sitio y la noche estaba muy oscura. Te aseguro, Marta, que a mí solo me atormentaba la idea de lo inquietos que pudieran estar en casa; y te juro que ni por un instante pensé en que fuera a formarse tal escándalo. Tú sabes que desde niños nos hemos tratado como hermanos con Eduardo. Al amanecer, con la baja marea, pudimos llegar al puente y alquilar la carreta que nos trajo a Concepción. Eso es todo, Marta.

MARTA.—¿Y te parece poco ese todo, Gimena?

GIMENA.—Yo suponía que Rafael, muerto de

ansiedad, correría a mi encuentro. Nada de eso... lanzó una mirada furibunda al pobre Eduardo y sin indagar la magnitud del desastre y si yo había sufrido algo, luego que estuvimos en casa, comenzó a vociferar y a cavilar sobre lo que diría la gente, lo que pensarían de nosotros en el Club, en la Bolsa, en el Ministerio... en fin... lo menos que se le ocurrió fué tener celos. El rencor que le guarda a Eduardo no es el de un esposo amante; es el de un vanidoso que teme por su honor de caballero. ¡El honor, el honor! ¡Qué daría yo porque alguno me quisiera más que a su honor! Hasta aquí el amor de los hombres ha sido para mí una ficción artera, hija del interés, del capricho y del egoísmo masculinos...

ESCENA V

Las mismas, Francisco Benamor, Garcés, Larreta y Sánchez.

FRANCISCO.—¿Interrumpimos alguna confianza sentimental?

MARTA (se vuelve a saludar a Francisco).—De ningún modo, Panchito. ¿Y a ti cómo te va...? Hemos sabido que te han proclamado diputado por Santiago. ¡Qué gracioso! Panchito metido en política...

GIMENA (saludando).—Te vas a olvidar de tus ahijadas...

FRANCISCO.—Qué quieren, hijas mías, me siento abandonado. Ya a Uds. sólo les gusta el pasto tierno, y antes que el mundo me olvide enteramente, yo busco otra pasión, otra amante tan veleidosa como Uds.

(Música).

GARCÉS (al entrar el primero de estos jóvenes debe empezar a sentirse la orquestilla).—Buenas noches, Gimena. La señora Olivia me envía por Ud., dice que ahí están la Nini, Pinpín y la Teruca.

LARRETA (entrando).—¿Cómo están Uds.? ¿Qué tal el ánimo para un "fox trot", Martita?

MARTA.—Excelente... Me siento en vena para bailar. Estoy con toda la cuerda...

SANCHEZ (entrando).—Buenas noches. ¿Y cómo lo pasa Ud., don Panchito? (Palmoteándole).

FRANCISCO.—No tan bien como Uds., jóvenes favorecidos por las diosas...

(Sánchez y Francisco continúan conversando en voz baja).

GARCÉS (a Gimena).—¿Muy cansada llegó Ud. de Concepción, Gimena?

GIMENA (con risa forzada).—Absolutamente, Chupito...

GARCÉS.—Espléndido entonces para que ensayemos un baile nuevo que recién se ha estrenado en el Ritz de Nueva York. (Lo que sigue accionado). Es así: primero una carrerita, (corre) y en seguida, antes de dar la vuelta, (queda en un pie), el joven cruza el pie por detrás y la niña por delante.

GIMENA.—¿Qué curioso...!

MARTA.—Y qué nuevo... (Se aproxima en compañía de Larreta).

FRANCISCO.—No tanto, Martita, no tanto. (Con énfasis). La última novedad en materia de baile la ha traído Mr. Browning. Dice el

yanqui que hoy día la danza que hace furor en Nueva York es una originaria del Missisipi. Se llama la "dance du moineau". Se colocan como para los lanceros.

MARTA.—¿Qué sabes tú de danzas, Panchito? Creo que en tu vida habrás dado un paso de baile...

FRANCISCO.—No sé bailar pero puedo enseñar... El yanqui lo explicó muy claramente. A ver, jóvenes... colóquense Uds. en fila.

(Larreta, Garcés y Sánchez se colocan a la izquierda de la escena).

FRANCISCO (dirigiendo).—Primera figura: todos en cuclillas. (A Marta y Gimena). Esta danza es algo estrambótica, porque es tomada de los indios, como el tango, de los gauchos. Pero está muy de moda... (A los jóvenes). Den Uds. cuatro saltitos como en el "fox-trot"... bien, bien. Ahora una vuelta de vals, alzándose un poco. (A Larreta). No, Larreta, siempre en cuclillas. Den la vuelta de vals. (Los jóvenes dan la vuelta). Ahora otros cuatro pasos adelante...

GIMENA.—Qué rara es esta danza india... no me agrada... No hacen buena figura los bailarines...

MARTA (pensativa).—Esta danza del Missisipi se parece mucho al baile del chingol...

FRANCISCO.—No se parece, Martita... (Con fuerza). Es el baile del chingol: La "dance du moineau", el baile del chingol. Como Uds. están ya tan alejadas de la infancia, no le reconocieron al principio. ¡Ja, ja, ja! (Ríe).

(Los jóvenes se alzan apresuradamente, un poco fastidiados).

ESCENA VI

Los mismos, Rafael

MARTA.—Nos vas a pagar cara esta burla, Panchón...!

RAFAEL (entrando).—Gimena, ahí están tus amigas y reclaman tu presencia. (Fastidiado). ¿Por qué no vas al salón?

GIMENA.—Vamos al punto. (A Francisco). Tendrás que acordarte de nosotras, satiricón... (Salen por el fondo las damas y los jóvenes. Al abrirse la puerta, se escucha la orquesta).

ESCENA VII

Francisco, Rafael

FRANCISCO (continúa riendo).—¡Qué cabecitas! No piensan sino en bailar. Mientras tanto, yo ya me voy sintiendo viejo. (Suspira). No puedo negar que han salido aventajadas mis discípulas...

RAFAEL (riendo).—¡Cómo no lo han de ser...! Si son hijas de esas cachetonas que tú cortaste. Tu época ya pasó, Panchito; hoy están de moda los imberbes.

FRANCISCO.—Por eso me retiro a tiempo y pongo todas mis energías en la política...

RAFAEL.—Feliz tú, que encuentras algo en que distraer tu tiempo. Yo estoy que me ahogo en este ambiente mundano... A veces quisiera verme arruinado para no sentir esta sensa-

ción de tedio, de saciedad... Y, para colmo, las locuras de Gimena me ponen en el peor de los ridículos... A la hora de esta soy el hazmereír de todo Viña.

FRANCISCO.—¡Hombre...! Un refinado como tú, expresándote como un simple marido burgués... ¿Por qué no pensar mejor que están Uds. de actualidad, que forman la nota novedosa, como la formó doña Malvina Segovia con el incendio de su villa, o Pepita Gallego con su traje de torero? En pocos días más ya nadie recordará el suceso, que, a más de no encerrar malicia ni alevosía, sólo es culpa del destino... (irónico) de esas fuerzas ocultas sub-conscientes, sub-eteréas que mueven nuestros actos como en un juego de marionettes...

RAFAEL.—Como tú eres un solterón cínico y amoral, no conoces el escozor que da sentirse burlado... No estoy celoso de Eduardo, por cierto que no le hago tal honor; pero puedo asegurarte que odio a ese mequetrefe bailarín, causante de este escándalo...

FRANCISCO.—Eso de causante, no... Si mal no recuerdo, la ruptura de los neumáticos en complicidad con la alta marea, motivaron el escándalo, como tú lo llamas... Malo, malo, malo, el odio es pésimo consejero...

RAFAEL.—Ignoro si lo es... Pero te confesaré que hace un instante, en mi escritorio, tuve con Eduardo una violenta discusión en la que a todo trance quise ofenderle con malévolas insinuaciones sobre su actuación en la Bolsa...

FRANCISCO.—Pero eso es inicuo, Rafael... (fastidiado) un muchacho que comienza a trabajar... el niño más pundonoroso que conozco... ¡Es inicuo...!

ESCENA VIII

Los mismos, Vivaceta y Macmiren

MACMIREN (fumando).—Pierdes el tiempo, Vivaceta; la Niní no piensa por el momento sino en dar bien el paso...

VIVACETA.—¿Y quién te asegura, hombre, que yo no pueda aprovechar su primer paso en falso?

MACMIREN (dirigiéndose a Francisco y Rafael).—Compadre, ¿no tendremos mesitas de bridge hoy?

FRANCISCO.—¡Ay, Macmiren! (suspirando), estamos gareteados... Las damas no prestan atención sino a sus bailarines...

VIVACETA (se sienta).—Y, ¿qué hacen Uds. aquí, tan graves?

FRANCISCO.—Amigo Vivaceta, discurriamos acerca de las conveniencias que aportaría al hogar el voto femenino...

RAFAEL (con sorpresa).—¿Cómo?

FRANCISCO.—Es decir... mientras tú perorabas furiosamente, yo pensaba en el voto femenino como la única solución posible a todo conflicto conyugal... (Con énfasis). La mujer moderna, tan compleja, tan inquieta, tiene el oído atento al silbido de todas las serpientes... Es preciso...

MACMIREN.—Este ya se cree discursando en la Cámara...

FRANCISCO (impertérrito).—Es preciso darle

alguna entretención sería, si no quieren verla bailando en la cuerda, saltando al chingol o suicidándose de puro aburrimiento... Su desarrollo intelectual le permitiría ahondar en asuntos sociológicos, altruistas o cívicos... Esta evolución la impulsaría a equipararse con el hombre, a quien dejaría "tranquilito" en el hogar... Hoy día, la mentira social la obliga a ser hipócrita, pero existe ya un hondo abismo entre nuestro estado actual y aquel otro en el que, según la evolución mundial, debería encontrarse la mujer...

RAFAEL (interrumpiendo).—Eres un incorregible tenorio, Panchito. No creas que nos engañas con tu grandilocuencia. Cuando los años y las damas te relegan a segundo término, tú buscas en la política una distracción para tu opulenta madurez... Pero nuestro "Bel Ami", no quiere ir solo al sillón de la Cámara; su señoría desea llevarlas a ellas, también. ¡Já, já, já! (Ríe).

FRANCISCO.—Te ríes ahora, Otello enfurecido... Ya les digo; mediten seriamente el proyecto, Uds. que son diputados influyentes, aristocráticos y ricos; Uds. son los llamados a conceder esas libertades a la mujer. De ningún partido puede venir mejor la iniciativa...

VIVACETA.—Para ponernos inútilmente en evidencia o en ridículo como aquellos señores que lo intentaron hace años.

FRANCISCO.—Las circunstancias eran diversas, Vivaceta... Hoy...

RAFAEL.—Entonces... ¿por qué no presentan Uds. los "pipiolos" ese proyecto junto con la ley de divorcio, que tanto entusiasmo les merece? (Se pone de pie). Pero dejemos estas engorrosas discusiones políticas y vamos a organizar una partida de bridge. (Entreabre la puerta del fondo y escucha la orquesta). Escuchen Uds., amigos y compañeros de infortunio... Todo el santo día el mismo endiablado tintineo! Tienes razón, Pancho, (con ira) ¡mandémoslas a la Cámara o al diablo! (Salen).

ESCENA IX

Eduardo, luego Gimena

(Eduardo entra por la derecha con abrigo y sombrero al brazo. Se dirige hacia el fondo, como aguardando algo; se nota turbación en su actitud).

GIMENA (entrando).—Pronto, Eduardo... ¿Qué sucede? ¿Qué querías decirme?

EDUARDO (trémulo).—Que no volveré más a tu casa. Tu marido me ha insultado... insidiosamente me tildó de estafador y tramposo delante de tus amigos. A mí, Gimena, que sólo tengo mi honradez para surgir en la vida...

GIMENA.—Cobarde... (silencio) y tú, ¿qué hiciste?

EDUARDO.—Nada, guardé silencio...

GIMENA (admirada).—¿Cómo, Eduardo, tú el altivo descendiente del general Ferrera, toleraste mudo el insulto?

EDUARDO (emocionado y muy lentamente).—Era tu marido el que me ofendió y yo... yo no quería complicar más tu vida...

GIMENA.—Pero y tu honor, Eduardo!

EDUARDO (muy bajo).—Lo he sacrificado, Gi-

mena, y no me pesa... Por ti pisoteé el honor, por ti soy capaz de todo, de todo... Mi amor es así, desinteresado, quiétesco, ridículo, vil si tú quieres...!

GIMENA.—¿Eduardo...!

EDUARDO (suplicante).—Déjame decirte una sola vez, Gimena. (Altivo y de pie). Que sea esa mi venganza de hombre... Piensa que la vergüenza me ahoga, piensa que yo, un descendiente de héroes, como tú dices, me encuentro degradado, humillado. Piensa que siento deseos de estrangular al hombre!...

GIMENA (asustada).—Eduardo, por Dios... ¡Cálmate!

EDUARDO.—Sí, sí, Gimena... trato de tener calma... ¡esa calma que tuve allá en aquella sala donde se ultrajó mi nombre...! ¡Si tú no fueras para mí lo que eres, tal vez habría promovido un escándalo...! Pero...

GIMENA.—Lo comprendo, Eduardo, y te lo agradezco infinitamente... (Silencio).

EDUARDO (suave).—Amigos fuimos desde niños, Gimena... crecimos juntos. Yo quedé en la adolescencia mientras tú resplandecías de gracia juvenil; yo era el estudiante desgarrado, tú te convertías en la musa inspiradora de poetas... Te seguí de lejos en tus triunfos, de lejos solamente... Cuando tuve situación, ya tú eras esposa y madre. (Silencio). Mi adoración por tí, no ha sido la del seductor que espera la ocasión de apoderarse de su presa. No; ha sido una adoración humilde que en nada podía ofenderte. Tú eras para mí el ideal, la imagen bendita que adoraba con fervores de místico, la buena inspiradora de mis actos. Eso eras tú para mí, Gimena, en los albores de mi juventud.

GIMENA.—Y yo sin sospechar nada, sin recordar siquiera la existencia del tímido hijo de misía Eulalia...

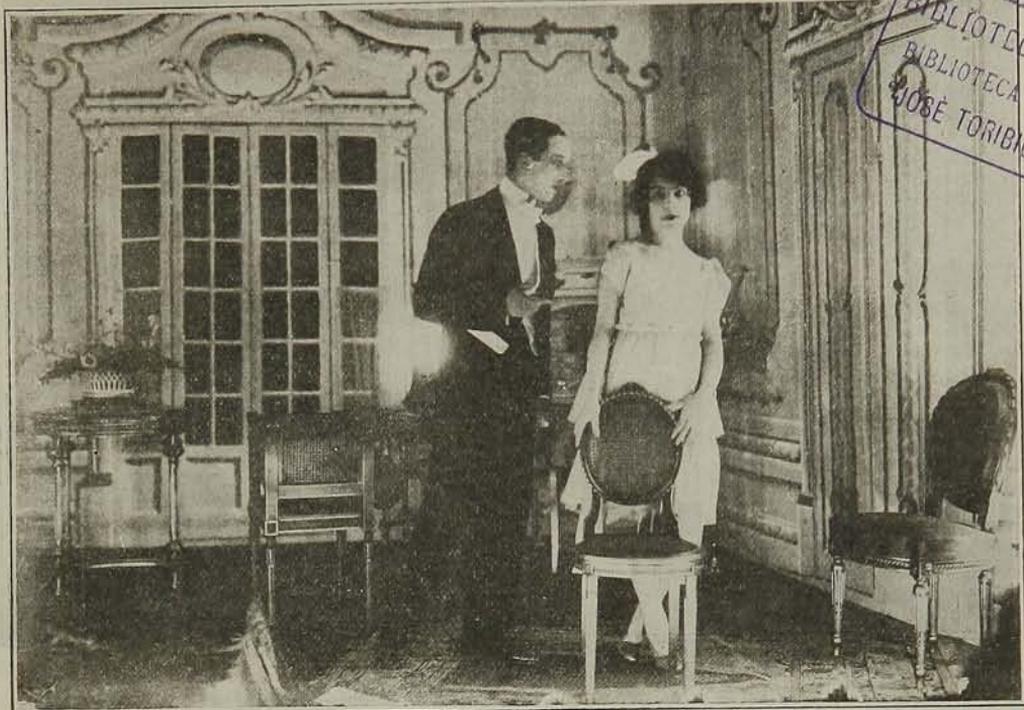
EDUARDO (triste).—Tu afición al baile nos acercó de nuevo y, (tierno), Gimena, cuántas veces te he tenido en mis brazos...

GIMENA.—Basta, Eduardo, no tienes derecho para proseguir...

EDUARDO (con ira).—Lo tengo... ¿Entonces piensan Uds. que los mozambetes somos muñecos automáticos que acompañan vuestros pasos a compás? ¿Muñecos que no sufren ni sienten? Pues se equivocan; somos seres humanos, vibrantes, palpitantes de vida, con todo el ardor de una juventud sana y vigorosa. (Sueve). Gimena, yo puedo ser sólo para tí un mero pasatiempo, el compañero que mejor ritmo tu paso; mientras que tú, para el fanfoche bailarín, eres más que eso, Gimena: eres la vida entera...

GIMENA.—Eduardo, ése es un reproche cruel para nuestra ligereza...

EDUARDO.—Yo no te reprocho nada, Gimena... No podría hacerlo, me has dado momentos de indecible felicidad. Anoche, frente al mar, te he contemplado con dolorosa fascinación. Dormías... tu aliento era suave como una música divina que en sueños escuchara... El espacio, el mar, el cielo, todo parecía sumido en extática ensoñación... En aquella serena obscuridad yo clavaba mi vista en una estrella y me parecía que sus destellos titilaban diciéndome: —"Amigo, somos dos para contemplarla, somos dos para velar su sueño".



ACTO I.—ESCENA IX.—Eduardo, Gimena.

Eduardo: "Dormías...; tu aliento era suave como una música divina que escuchara en sueños..."

Su luz acariciaba tu frente y yo, yo no me atrevía ni a rozar tus dedos... Todo impulso humano, todo pensamiento turbador se alejaba de mí en esos instantes... Al amanecer, me preguntaste si había dormido. ¿Tal vez viste un extraño fulgor en mis pupilas? Era el de la estrella amiga, cuyo reflejo había contemplado toda la noche en tu rostro...

GIMENA.—Lo recuerdo... (Ensimismada). Como una música divina que en sueños escuchará... (Se oyen voces entre bastidores y el tintineo de la orquesta se acerca). Eduardo... siento que alguien viene... es más prudente que no te vean...

EDUARDO (desde la puerta, a la derecha).—Ya sabes, Gimena, por qué pisoteé mi honor... Tengo veinte años, fuiste el hada de mis infantiles sueños y ahora dedico mi juventud a adorarte... Ya lo sabes... (Sale).

ESCENA X

Gimena, Marta, Zunilda, Francisco, Garcés y Larreta

(Música).

FRANCISCO (del brazo de Marta y Zunilda).—Pero, ¡qué par de locas! (Ríe). Si no me sueltan las pellizco...

MARTA.—No, Panchito, no te soltamos; tienes que aprender a bailar "fox-trot"... No es

posible que pases arrinconado, tú, que has sido el favorito de la sociedad femenina de 1830...

FRANCISCO (ofendido).—De 1830 no, señora mía. Lo fui de la generación pasada solamente...

MARTA.—Lo serás también en la presente si bailas "fox-trot". Vamos, Panchito, un poquito de valor y buena voluntad y está hecho el aprendizaje. A ver, ensayemos... Tóqueme, maestro. (La orquesta toca un "fox-trot").

ZUNILDA.—A ver, Larreta, continuemos nuestro baile... (Baila Marta con Francisco y Zunilda con Larreta).

GARCÉS.—Gimena, ¿quiere que demos una vuelta?

GIMENA.—No, Chupito, me siento muy fatigada...

FRANCISCO.—Chupito, le cedo mi pareja. ¡Libreme Ud. de este ángel!

GARCÉS.—Gracias, don Pancho... (Baila con Marta).

FRANCISCO (acercándose a Gimena).—¿Qué te pasa, Gimena? Veo lágrimas en tus ojos... ¿El imbécil de tu marido te habrá fastidiado?

GIMENA (lenta y tristemente).—Nadie me ha fastidiado, Pancho. Es que yo también comienzo a investigar, a comprender, a meditar el misterio de la vida... y meditar cuando sólo se tienen sesos de caturra saltarina es doloroso, muy doloroso...



ACTO II.—ESCENA III.

Gimena: "¡Para mí sería morir!" (Al fondo Marta, Olivia y Zunilda).

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA ARGENTINA
TORIBIO MEDINA

ACTO SEGUNDO

El acto pasa en una quinta cerca de Apoquindo. La escena representa el vestíbulo de un chalet; amoblado de junco, algunas mesas, sillas y mecedoras. Al fondo una gran baranda, tras de la que se divisa un jardín con estatuas, mesas y bancos rústicos.

ESCENA I

(Al levantarse el telón, Raposo, con su servilleta al brazo, arregla las mesas).

RAPOSO.—“Vamos, Raposo, cuidadito con olvidar naa de lo que te he recomendado”—me sentenció el patrón.—“Descuide, su mercé,—que para eso de engañar mujeres me echó mi maire al mundo y no han de ser estas madamas de lo prencipal las que hagan faltar a su palabra a José del Carmen Raposo”.—(Al público). Así se lo ije enenantito a mi patrón... Pero, agora, me encuentro cortado, cortaito al hilo, como hice don Usebio. (Rascándose la cabeza). Porque es lo cierto que yo me las sé entender con hembras de mi condición, pero con estas madamas, por mi abuela que me encuentro bien de a pie... “Atendélas bien”—me ijo el patrón;—“daleis lo que pidan menos noticias”.—Y entonces, a qué las trae Ud., patrón, si no va a lograr su visita?”—Si me olvidaba ya que las mujeres tienen voto!—“Las traigo para que no voten en las elecciones. pues, hombre”.—(Riendo). ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! el mentao voto femenino... que les ha costado tantos

mitines, regüeltas y discursos, ¡Ja, ja!, ya me acuerdo que en los diarios unos réidan de ellas y otros las defendían a muerte y que para todo salíamos a relucir nosotros los rotos... Una mentá Safo es que predicaba por las calles; (accionando) “¡Queremos libertad! ¡queremos votar! ¡hasta el mismísimo peón gañán tiene derecho a voto y nosotras no...! ¡Queremos libertad, queremos votar!” Y tanta alharaca formaron, que al cabo salieron con la suya, y votaron en libertad... (Ríe malicioso). ¡En libertad...! No ha de ser mucha la libertad que han logrado cuando agora mesmo me las acorralan en esta quinta... (Se escucha la bocina de un auto). (Raposo escudriña el fondo de la escena y vuelve al público). Las madamitas, las madamitas... Voy a echar un trago para cobrar valor... (Sale).

ESCENA II

Gimena, Eduardo

GIMENA (escudriña la sala y se despoja del velo).—Pero cuán distante de Santiago queda la quinta de esta bienaventurada señora... (Mira su reloj). La una... No sé cómo vamos

a tener tiempo para llegar con puntualidad a la junta de vocales... (En tanto que Gimena escudriña la sala, Eduardo, en segundo término, se despoja de sus anteojos y casquete).

GIMENA (volviéndose).—¿Eduardo! ¿Eres tú? ¿Por qué te disfrazaste de chauffeur? ¿Qué significa esta farsa? ¿A dónde me has traído engañada, miserable?

EDUARDO.—Calma, Gimena, calma. No es farsa ni soy miserable. Se trata solamente de un rapto político que nos dará la mayoría en la junta de vocales de hoy.

GIMENA.—Pero el mundo, Eduardo, no lo interpretará así... y Rafael...

EDUARDO.—El mundo se está acostumbrando a celebrar todas nuestras extravagancias como travесuras de niños mal criados... Por lo demás, no eres tú la única vocal secuestrada, ni soy yo el instigador de estos secuestros femeninos. Un candidato influyente del partido "pipiolo" decidió eliminar a unas cuantas vocales a fin de tener mayoría en la junta. En la lista estabas tú, y yo, temiendo que te raptara algún villano, me ofrecí para la dulce empresa... Un rapto, aunque sea con fines políticos, tiene siempre sus emociones, Gimena.

GIMENA.—Me siento perpleja... no sé si reír o enojarme...

EDUARDO (sonriendo).—Opta por lo más higiénico...

GIMENA (sonriendo).—Y todo el camino te has venido haciendo el gringo, picarón... (seria). Escucha, Eduardo, supongo que no me engañas y que no soy yo la única víctima de estos fraudes políticos...

EDUARDO.—Te lo aseguro, Gimena... ya lo verás tú... Pero te dejo... La consigna es no abusar de la situación...

GIMENA.—No me dejes sola, Eduardo.

EDUARDO.—No te inquietes; éste es un secuestro a la alta escuela... no ha de faltarte compañía y distracción. (Ríe malicioso).

GIMENA (inquieta).—Dime siquiera donde estoy... Explicame algo...

EDUARDO.—No puedo, querida, perdóname... (Mira su reloj). Debo apresurar mi partida porque de otro modo no alcanzaré a la junta de vocales...

GIMENA (insinuante).—Pero y si yo te lo suplicara...

EDUARDO (volviendo).—No me tientes, Gimena... Si tú me lo suplicaras, me quedaría, Gimena, porque estoy sediento de ti, porque te busco y no te encuentro; porque huyes de mí y ya ni siquiera quieres bailar con tu amigo... porque mientras tu virtud triunfa, yo me desespero! Me quedaría, Gimena, para ser el más feliz de los hombres... Suplicame, ordéname, Gimena y me quedo para siempre...

GIMENA.—Dices tú: "mientras tu virtud triunfa, yo me desespero..." ¿Y crees tú que mi vida es muy dichosa? Con todo, mil veces más desgraciada sería si no tuviera esa virtud en qué apoyarme... Yo nací honrada, Eduardo, y ni el mal ejemplo, ni el ambiente frívolo que me rodea, ni aún la pasión misma, podrán prevalecer sobre mi criterio moral.

EDUARDO.—¿Por qué hablas de moral? ¿Acaso la moral no es relativa? Y en la evolución de

los tiempos ¿puede haber leyes absolutas? ¿Y consideras tú mayor moralidad seguir viviendo con un sér a quien se desprecia que unirse voluntariamente con el que es ya dueño de tu corazón? Tú analizas y razones fríamente, Gimena, porque no amas; porque el amor no influye en tí...

GIMENA.—Demasiado he probado ya el amor de los hombres, Eduardo... A costa de amarguras y humillaciones, adquirí experiencia... mi desilusión es completa...

EDUARDO.—Completa no puede ser, en ningún caso... Y no es Rafael el prototipo ideal de la humanidad...

GIMENA.—Eduardo, ¿por qué no alejarnos mejor de estas discusiones peligrosas e idealizar cada vez más nuestra amistad? Entonces ambos hallaríamos en ella aliento y consuelo... ¿No es tu cariño hacia mí bastante generoso para ello?

EDUARDO.—¿Y el tuyo no es suficientemente profundo para romper prejuicios inicuos que tiranizan y oprimen más que las cadenas a un esclavo?

GIMENA.—¿Prejuicios? ¿Qué entiendes tú por prejuicios, Eduardo? Las conveniencias sociales, el "qué dirán", el escándalo no hacen fuerza en mi espíritu... Sé que es muy fácil mantener oculta una amistad ilícita... Por lo tanto, no es el temor al escándalo lo que me detiene. No... es esa vida doble, esa vida de engaños, mentiras y deslealtades la que me repugna y me da asco... Quiero que el beso que imprimo yo sobre la frente de mis hijos sea siempre puro...

EDUARDO.—Es tan fácil argumentar cuando hay hielo en el corazón, Gimena...

GIMENA.—No seas injusto, Eduardo. Tú eres el más fuerte... sé también al más generoso.

EDUARDO (con pasión).—No lo soy... es inútil que pretenda sentir lo que no siento, Gimena...! Te quiero, te adoro con pasión, con frenesí, con locura y te quiero para mí, para mí solo. Tú eres la obsesión de todos mis instantes, mi solo pensamiento, mi ambición, mi deseo, mi todo... No, no, yo no puedo idealizar esta pasión que me devora...

GIMENA (triste y suave).—Óyeme, Eduardo, quiero ser sincera, una vez tan sólo, escúchame, como escucharías el testamento de una muerta a quien amaras. Yo he reflexionado mucho en este último tiempo, mucho y muy seriamente. No soy ya para nadie la caturra saltarina, ni la Menucha despreocupada. Pues bien, he de confesarte que yo también pienso en tí noche y día; yo también siento el deseo de arrojarme en tus brazos y llorar allí todas las lágrimas que oprimen mi corazón... Pero sé que en el instante en que cediera a tal impulso, sería la más infeliz de las creaturas. (Con fuerza). Yo no puedo amarte como tú pretendes; mi orgullo de mujer se rebela... no puedo, no quiero nivelarme con esas mundanas que olvidan el respeto que se deben a sí mismas... Siento que entre ellas y yo hay toda la distancia que separa el orgullo de la bajeza. (Suplicante). Eduardo, con toda mi alma, con toda mi valentía moral, estoy resuelta a mantener esta amistad en un terreno ideal, sin enlodarla jamás ni con la som-



ACTO II.—ESCENA VI.—Gimena, Marta, Olivia, Zunilda y Raposo.

Raposo: "Ya están las señoras servidas..."

bra de un pensamiento... En mi desolación, quiero retener este consuelo...

EDUARDO.—Y yo, en cambio, sólo quiero retener, de cuanto dices, tu confesión primera: ¡me amas! Sólo eso me importa... nada más existe para mí, lo demás son subterfugios, sentimentalismos que nada valen, Gimena. ¿Crees tú que yo voy a perderte, a abandonarte ahora que sé...?

GIMENA.—Pero entonces, Eduardo, ¿no has comprendido que con aquella confesión yo apelaba a tu generosidad como a un recurso supremo?

EDUARDO.—¿A qué hablar de recursos supremos, Gimena? Tu único recurso en la vida debe ser nuestro amor... quererme como yo te quiero es vivir...

GIMENA.—Para mí, sería morir... (Silencio).

EDUARDO.—¡Morir...! Hace un instante me decías: "escúchame como escucharías el testamento de una muerta..." (Silencio y luego suplicante). Perdóname, Gimena, no te había comprendido... ¡Yo no sabía! Si mi madre hubiera vivido, ella me habría enseñado a respetar... ¡Dios mío...! yo soy como todos, una víctima del ambiente, un libertino incapaz de comprender la nobleza de un alma de mujer! Yo te veía vacilante, sin fuerzas y esto me enloqueció... ¡Piensas morir! (Finge alegría). ¡Oh! no, amiga mía, es preciso vivir, esperar... Sí, sí, yo también quiero vivir... volver a ser tu amigo leal. Será algo tan dulce, tan consolador, tan apacible, te daré toda la amistosa ternura que pides...

Pero más tarde, ahora no puedo. (Silencio). Prométeme que no pensarás en la muerte, Gimena... La vida es hermosa... Sí, muy hermosa... ¿no es verdad, Gimena? (Sale desolado).

GIMENA (triste).—¡Sí! (Cubre el rostro con sus manos; cuando los alza, Eduardo ha desaparecido y ella pasea su vista desolada por la estancia y luego la fija en un punto lejano).

ESCENA III

Gimena, Marta, Olivia y Zunilda.

(Mientras que Gimena hace su escena muda, por la gran baranda asoman sus cabezas Marta, Olivia y Zunilda. En puntillas van entrando a la escena hasta que, acercándose a Gimena, lanzan una careajada).

GIMENA.—¡Dios mío! ¡Qué susto me han dado! (Ríe nerviosa). ¿Uds. también han sido raptadas? ¡Qué divertido!

OLIVIA.—Y en la misma forma que tú... Sólo que a nosotras, sin miramiento alguno, nos abandonaron en la puerta de esta quinta; y a ti te ha introducido hasta aquí un caballero galante.

ZUNILDA.—En este momento nos cruzamos en la reja con Eduardo...

MARTA.—Y en el acto supusimos que tú estarías aquí...

ZUNILDA.—¡En qué peripecias más curiosas nos ha mezclado este bendito voto femenino!

MARTA.—Yo encuentro que este es un complot

muy bien ideado. ¿No te digo, Gimena, que los "pipiolos" son muy listos? En cambio, en nuestro partido sólo milita una tropa de idiotas... Todo lo componen con fiarse en la suerte... Pero cuenten Uds. como fueron raptadas... Espera, Gimena... (Se pasea). ¿No hay aquí mozos? (Toca un timbre). ¡Estoy muerta de sed...!

ESCENA IV

Las mismas, Raposo

RAPOSO (viejo sirviente de casa grande, con delantal y servilleta al brazo).—Sus mercedes manden...

MARTA.—¿Dónde estamos?

RAPOSO.—En Apoquindo, señoras, en el hotel de José del Carmen Raposo...

GIMENA.—Dime, hombre, ¿no tienes algún coche que pueda llevarnos a Santiago? (Triste).

RAPOSO.—Ni tampoco uno, mi patroncita... La carretela que hace el servicio, me la alquilaron unos futres esta mañana; lo mesmo la yegua baya, que fué por carne a los Guindos...

MARTA.—Bueno, bueno. (Aparte). Le han enseñado la lección. ¿Puedes traernos un par de botellas de buen oporto y galletas?

RAPOSO.—En el acto, mi patrona. También tengo champaña de cordones y sanguches de pavo.

MARTA.—¡Bien, basta con eso!

(Durante esta escena, Olivia y Zunilda han tomado colocación alrededor de las mesas).

ESCENA V

Las mismas, menos Raposo

MARTA (a Gimena).—Tú estás triste, Gimena. ¿Por qué ese aspecto desolado? ¿Penas del corazón? ¡eh! (Ligeramente burlesca).

GIMENA.—Sí, Marta, no te burles de mí... ¡Penas del corazón! desaliento, fastidio... y la terrible duda de si vale la pena inmolarse un amor verdadero en aras de problemáticos deberes, de si Rafael es digno de que me sacrifique por él... No te burles, Marta... todo dolor merece compasión, al menos...

MARTA.—Si no me burlo, Gimena... ¿Era una broma?

OLIVIA.—¿Qué hacen Uds. ahí secreteándose? ¡Vengan a comunicarnos sus confidencias por favor!

GIMENA (va a tomar asiento cerca de Olivia).—Aquí tengo la carta fatídica que nos tiene secuestradas en esta quinta. (Leyendo). Gran Comité feminista del partido pelucón: Señora Gimena Riso de Oregón: (vocal). Habiéndose suscitado una grave dificultad entre las secretarias de la candidata a diputado por Santiago señora Alvina Zambomba y Lustre, ruego a Ud. tenga a bien acudir en el acto a mi quinta, donde debe reunirse el Directorio General. Esta dificultad ha de solucionarse inmediatamente, ya que sólo restan algunas horas para que se reúna la junta de vocales. Para mayor rapidez, envío a Ud. uno de los autos que el Comité tiene a su servicio.—Florinda Osorio de Duarte, Secretaria.

(Marta, Olivia y Zunilda sacan de sus bolsillos idénticos papeles).

MARTA.—Mi carta es igual...

OLIVIA.—Y la mía...

ZUNILDA (muestra su carta).—La misma letra. ¡Qué pillos son...! Yo no dudé ni por un instante y salí de casa hasta sin mi collar de perlas...

MARTA (irónica).—¡Qué olvido más incalefiable, Zunilda! El mozo te puede confundir con una sirviente.

ZUNILDA.—Quizás, pero puedo asegurarte que a mí nadie me confundirá con una "demi-mondaine"...

OLIVIA.—Paz, paz, recuerden Uds. que estamos en campo enemigo. (Sacando un paquete de cigarrillos). Les ofrezco cigarrillos.

MARTA.—Gracias, Olivia. Yo fumo Adamas; los Enriqueta tienen muy poco opio.

GIMENA (a Marta).—Aquí tienes Adamas, Marta... Yo no pensé en mi collar de perlas al salir de casa, pero no olvidé ni los cigarrillos ni... adivinen Uds. qué... les doy en ciento a que no adivinan.

TODAS (suspensas).—¿Qué?

MARTA.—¡El naípe...! Al bridge, amigas... (Comienzan a barajar).

TODAS.—¡Al bridge!

OLIVIA.—Bravo, Marta, eres un ángel.

ZUNILDA.—Merecerías un beso de tu admirador...

(Las cuatro damas encienden sus cigarrillos y se disponen a jugar).

MARTA (mientras Gimena reparte las cartas).—Yo no puedo negar que a mí no me apasiona la política, ni me importan un bledo las libertades de la mujer, ni sus derechos civiles. Con Felipe vivimos en santa paz. El hace lo que quiere y yo, por mi parte, obro en todo a mi antojo... somos un par de buenos camaradas... y en cuanto a la educación de los niños, ésa está en buenas manos...

OLIVIA (bromeando).—Eso quiere decir que está en manos ajenas, Martita.

MARTA.—Exactamente, Olivia. Ya ves que no estamos del todo chiflados...

GIMENA (se refiere al juego).—Tú declaras, Marta.

MARTA.—"Sans-atout".

ZUNILDA (inmediatamente).—¿Cuál carta es triunfo?

MARTA.—¿Pero no entiendes que es un "sans-atout", un sin triunfos? ¿Y cómo dices que comprendes a maravilla el francés y que no le perdiste una sola palabra a los artistas de la compañía Brulé?

ZUNILDA.—Sí, sí, es que estaba distraída... (Marta silba mientras juegan).

ESCENA VI

Las mismas, Raposo

RAPOSO (entrando con una bandeja con vasos, botellas y galletas; todo muy bien presentado).—Ya están las señoras servidas. Puedo también ofrecerles una taza de té.

MARTA.—Gracias, buen hombre... (Se sirven Oporto y galletas).

GIMENA (examinando el monograma de los

cristales).—Pero estos cristales son finísimos; mejores que los del Savoy... y las servilletas de hilo! No; aquí hay un misterio... estos objetos no pueden pertenecer a un hotel en Apoquindo. Mozo, acércate... ¿Cómo te llamas tú?

RAPOSO.—José del Carmen Raposo, un servidor...

MARTA (le sirve Oporto).—Oye, Raposo, no me engañes... Este no es un hotel, ni una posada. Dime, ¿de quién es esta quinta?

RAPOSO.—Mía, señora, se lo juro...

MARTA.—No mientas, Raposito... (Insinuante), y bebe esta copa en mi nombre.

RAPOSO (bebe).—Pero sí, pero sí, don Panchito me encargó tanto que no alojara palabra.

MARTA (muy pronta).—¡Ah! ¡Sí! don Panchito Benamor... (Indiferente). ¿En qué estás pensando, Gimena... ¿que no sabías tú que Pancho era el dueño de esta quinta?

RAPOSO (asustado).—¡Dios mío!

MARTA.—Pero si tú no nos has alojado nada, Raposo... ya lo sabíamos nosotras... El mismo Pancho me lo dijo hace días y hasta nos había convidado a visitarla. (Caríñosa). Bebe, hombre; sírvete otra copita, Zunilda... ¿Parece que te gusta el Oporto? ¿Vienen muchas señoras a ver a don Panchito, Raposo?

RAPOSO (saboreando el oporto).—Cuánta, cuando el patrón era guaina, venían muchas señoras, pero ahora han mermao harto las visitas. (Animándose). Don Panchito me ice: "Estamos en la mala, Raposo..." "¿Por qué, patrón?" "Pues, hombre, porque no sé bailar..." "¿Pero naa más que por eso? Continúas que a su mercé no le han de faltar otras gracias..." (Las damas ríen a carcajadas). "Así lo pienso yo", me replica el patrón, "pero las mujeres de agora"—con permiso de sus mercedes,—"son tan bien estúpidas..." me ice el patrón; "agora prefieren un saltarín a un hombre... Así también me río yo de todas ellas y de sus mentecatos..."

GIMENA.—¿Qué insolente!

MARTA.—¡El sí que es estúpido!

ZUNILDA.—¡Y un vejete ridículo...!

RAPOSO.—Yo me igo entre mi corazón: "A toititos, pobres y ricos, se nos va la primavera y sólo nos quedan los recuerdos..." (Ríe). Pero hubo unos tiempos, mi alma, en que aquí se pasaba de lo mejor... Los más de los días llegaban coches con madamitas de lo preñipal... Agora no se vé ni tampoco una puaquí. El patrón quiere venderle la quinta a un caballero que viene seguidito en compañía de una señora rucia...

MARTA (intrigada).—¿Cómo se llama ese señor?

RAPOSO.—No recuerdo cómo lo mientan... Algo así como viva Chile...

ZUNILDA (muy pronta).—¿Vivaceta?

RAPOSO.—El mesmito...

ZUNILDA.—¡Mi marido! Bien lo sospechaba yo... Anoche sorprendí una conversación por teléfono; Fernando decía a un agente que ofreciera trescientos mil pesos por una quinta y al interrogarle yo de qué se trataba, me dijo que era un asunto de su hermano Juan... ¡De su hermano! ¡El muy belloco! ¡El sinvergüenza, el pillo! ¡Y con mi plata... con la

plata mía!

MARTA.—Zunilda, Zunilda, no planches, no te pongas en evidencia... Es muy de mal tono exponer sus dificultades domésticas en público... Ya sabes tú que eso de tender los trapitos al sol sólo se ve en conventillos de lavanderas...

ZUNILDA.—¡Siempre tú! (Arroja las cartas y se aleja de la mesa fastidiada). (Se siente a lo lejos un disparo de revólver).

GIMENA (asustada).—¿Qué sucede, Raposo? He sentido un disparo.

RAPOSO.—No se alarme, patroncita... debe ser el cuidador del parque que espanta los zorzales. (Cavilando). Porque duelo no puede ser... ya naide se bate puaquí como en otros tiempos...

OLIVIA (asustada).—Yo tengo miedo... estamos tan solas...

RAPOSO (irguiéndose).—Y yo, señora, ¿no me cuenta su mercé para nada? Soy veterano del 79. (Saliendo). De todas maneras, voy a rondar un poco por la quinta. (Sale).

ESCENA VII

Las mismas, menos Raposo

(Las damas han dejado el juego pero siguen fumando).

GIMENA (se pasea inquieta).—¡Son las dos! Ya estará reunida la junta de vocales... puede ser que nuestros alveosos raptos recuerden que existimos...

MARTA (bostezando).—¿Qué vamos a hacer aquí el día entero...? No tener ni siquiera con quien bailar... Podías haber dejado aquí a tu admirador, Gimena... Con arrojarte en sus brazos fingiendo miedo, el muchacho se habría olvidado de la política y de todo...

OLIVIA (riendo).—¡Es tan poco ocurrente mi hermanita...!

GIMENA (irónica).—¡Y tan tímida...!

ZUNILDA.—Eso quién sabe... En política, por lo menos, no te has mostrado tímida... hasta aquí...

GIMENA (se sienta sobre la mesa).—Pues les confesaré a Uds. que ya estoy harta de esta famosa política y que ya no trabajaré más por el triunfo de los pelucones. Prefiero mil veces a los pipiolos, y sólo por no ir en contra de Rafael...

ZUNILDA.—A mí tampoco me agradan las ideas gazmoñas de los pelucones; pero como Fernando dice que ése es el partido de la aristocracia y que no sería decoroso entrar en acuerdos con los demócratas...

OLIVIA.—Yo para las próximas elecciones voto por la Alianza.

MARTA.—¿Y qué afán les dió a aquellos señores diputados, paladines sin lanza, por concedernos ese voto político que casi ninguna mujer ambicionaba? ¡Cuánto se querellaron para acordarlo, qué de discursos incoherentes pronunciaron, si casi promovieron una revolución! Como si con voto o sin él no fuera siempre nuestra opinión la que prevalece en todo... "Cherchez la femme", dijo ¿quién? Supongamos que fué Monseñor Dupanloup. "Cherchez la femme", la mujer está en todo, en

todo... (Se sienta sobre la mesa y enciende un cigarrillo). Y ¿saben Uds., amigas mías, el motivo por el cual no me interesa gran cosa la guerra actual? Pues, justamente porque no la motivó una mujer... ¡Oh, las guerras antiguas!

GIMENA.—¡Ay, hijas mías! Las Elenas de Troya, las Sabinas, las Didos, tuvieron su época, Marta, y sus defensores ardientes. Hoy en día nos raptan a la luz del sol y nadie se bate por nosotras.

(Se escucha la bocina de un automóvil).

RAPOSO (entrando asustado).—¡Patroncitas de mi alma! Ahí viene don Panchito... Por las benditas ánimas del Purgatorio, les suplico que no me delaten al patrón...

ZUNILDA.—Lo primero que vamos a hacer es referirle todo lo que nos has contado, viejo enredoso...

MARTA.—Vete de aquí, trapalón.

RAPOSO.—Veánlas no más, lo engreidas que se han puesto. (Sale murmurando).

ESCENA VIII

Las damas, Francisco

FRANCISCO (Se deja caer en una butaca respirando sofocadamente).—¡Ay!, amigas mías, qué confusión!...; Estos niños!

GIMENA (Asustada).—¿Qué sucede, Pancho?

FRANCISCO.—¡Estos niños, santo Dios! Nunca me dejarán tranquilo. Ahora que no tengo líos propios, me persiguen los ajenos...

GIMENA.—¿De qué líos hablas? ¡Explicáte por favor!

FRANCISCO.—¿De qué líos, angelito? De los tuyos, pues. ¿A cuáles quieres que me refiera, entonces?

GIMENA.—No comprendo, yo no sé nada.

FRANCISCO.—Pero sabrás que fué Eduardo quien te trajo a esta quinta, y que Rafael, furibundo...

GIMENA.—¿Cómo, Eduardo, Rafael... no comprendo...

FRANCISCO.—¡Chít! Si me interrumpes, no hablo más. (En tono de discurso). Señoras: la maquiavélica estratagema que las tiene aquí es producto de mi magín; yo soy el inventor de esta novedad electoral. Es mi venganza por haberme puesto de contendora política a doña Albina Zambomba y Lustre. Anduvieron Uds. poco astutas, señoras mías, pues que si me dan de rival a una buena moza, al punto le cedo el campo en cambio de su simpatía. Pero a la Zambomba y Lustre... mil bombas...

GIMENA.—Pancho, por Dios, Pancho, deja tu charlatanería! ¿No ves que estoy en espinas?

FRANCISCO.—A sacártelas iba. Pero tú me interrumpes a cada instante, Gimena. Rafael se encontraba en casa cuando recibió una misiva terrorista firmada por José del Carmen Raposo, en la que le anunciaba que su esposa y otras damas habían sido víctimas de un grave accidente automovilístico y pedían auxilio. Rafael, al momento, decidió acudir a tu llamado, Gimena—apúntale esa nota buena a tu esposo, mal



ACTO II.—ESCENA VIII.

Francisco Benamor: "Yo intervine... Sois caballeros—les dije;—esos asuntos no se ventilan en la vía pública...; ello está bueno para peones camineros..."

agradecida—y como insistía en que le acompañara, yo accedí gustoso, gozando de antemano con el éxito de mi estratagema. Rafael venía inquieto—“¿Qué le habrá ocurrido a mi Menucha? Es tan loca!”—exclamaba a cada instante.—“Si estaré herida, la pobrecita! (Remedando a Rafael).

GIMENA.—Panchito, no me martirices, ten piedad. Por una vez siquiera deja de ser cínico si puedes...

FRANCISCO.—Tu chauffeur, Gimena, acaso hastiado con tantas lamentaciones, exclamó al fin:—“No le ha de haber sucedido nada, patrón, porque iba con don Eduardo Lisperguer, que es tan buen chauffeur”. Rafael no replicó, pero yo noté que se ponía pálido de rabia. Atravesábamos las avenidas de Ñuñoa y de los Guindos; él vociferando en contra de las mujeres y yo bendiciéndolas... cuando al preparar la cuenta de Apoquindo nos encontramos con Eduardo, que volvía a la ciudad. Antes que yo me diera cuenta del hecho, Rafael detiene el auto y grita desahogado: “Eduardo Lisperguer, si no eres un cobarde, detente!”

GIMENA.—¡Dios mío!

OLIVIA.—¡Madre mía!

ZUNILDA.—¡Jesús!

FRANCISCO (Accionando).—Eduardo detuvo en el acto su máquina y le aguardó en actitud valiente. Tu marido, Gimena, se abalanzó sobre él como queriendo ahofetearle, pero Eduardo se lo impidió sujetándole ambos puños (solemne). Yo intervine...: “Sois caballeros”, les dije: “esos asuntos no se ventilan en la vía pública; ello está bueno para peones camineros...” Eduardo volvió a preparar a su automóvil en tanto que yo hacía subir al nuestro a tu querida fierecilla, Gimena. A los pocos minutos, estábamos todos en la casita del cuidador. Rafael quería batirse a muerte con el saltarín, como lo llamaba con terrible encono. Eduardo se encerraba en su mutismo tenebroso. Otra vez hube yo de intervenir... y como aquél no era el único asunto delicado que me salía al paso, en mi agitada existencia, pronto extraje dos pistoles de una antigua caja de fondos y los tres nos dirijimos, lugubramente, a la avenida más umbrosa del bosque...

GIMENA (Se cubre el rostro con las manos).—

¡Virgen del Perpetuo Socorro!...

OLIVIA.—¡Qué horror! ¡Un duelo!

MARTA.—¡Jesús por Dios, yo me muero!

GIMENA.—¡Y por mi causa! ¡Qué castigo, Señor, qué castigo más cruel!

MARTA.—¡Todas hemos contribuido a esta desgracia con nuestra ligereza!

OLIVIA.—¡Yo no vuelvo a bailar en los días de mi vida!

ZUNILDA.—¡Me vestiré del Carmen si salvan!

FRANCISCO (Contempla a las damas afligidas y exagera su acción).—Contados los pasos, avanzan los duelistas.

ZUNILDA.—¡Ay! por favor, Francisco, no prosiga Ud.! (Se tapa los oídos).

FRANCISCO.—Avanzan. Doy la tercera palmada y ambos disparan... Eduardo apunta al aire.

¡Bien me lo decía el corazón!

GIMENA.—¡El pobrecillo, la víctima inocente!

FRANCISCO.—Rafael apunta al pie derecho de

Eduardo, gritando: “Quiero dejarte cojo, maldito bailarín”.

MARTA.—Le atravesó el pie... ¡Qué horror!

ZUNILDA.—Y ¿dió en el blanco?

FRANCISCO.—Sí... pero como la bala era falsa no le ha dejado rastro alguno... ¡Ja! Ja! Ja!... (Se sienta a reír).

(Marta, Olivia y Gimena se quedan suspensas y luego se vuelven contra Francisco).

MARTA.—Viejo pícaro, te has querido burlar de nosotras. Ahora nos las vas a pagar todas...

OLIVIA.—Yo te voy a sacar los ojos...

ZUNILDA.—Y yo la lengua, para que no te entretengas haciéndole malignas confidencias a Raposo y llamándonos estúpidas...

FRANCISCO.—Tranquilizaos, encantadoras serpientes, o pido auxilio a vuestros maridos, que no deben estar lejos... ¿Cómo? ¿Son Uds. las mismas que lloraban hace un instante, acusándose de sus crímenes y arrepintiéndose de sus pecados? Hembras, hembras pecaminosas, castigos de Dios, demonios irresistibles... En verdad os digo que por vosotras no vale la pena que se mate ningún hombre.

MARTA.—Ni menos los hombrecillos de estos tiempos... Pero termina tu espeluzante relato...

FRANCISCO.—Rafael al principio se enfureció. Pero cuando yo le expliqué mi estratagema política, su ceño se desarrugó y alargó su mano a Eduardo. Pero el taciturno mozo volvió la espalda, caló su gorra y fué... Rafael quedó satisfecho. A tu marido no le agradan las complicaciones en su vida de sibarita millonario Gimena, o tal vez piensa, como yo, que ninguna mujer vale la vida de un hombre. (despreocupado).

MARTA.—Y si piensas así, Panchito, ¿cómo es que toda la vida has andado tras de ellas?

FRANCISCO.—Pues... porque usando el lenguaje de nuestro amigo Raposo, he de confesar con él que vosotras las mujeres sois: “unos diablos muy preciosos...”

GIMENA (Que durante la escena se había dirigido al fondo, vuelve apresurada).—Por la avenida divisó a Rafael, que se acerca...

ZUNILDA.—¿Sano y salvo?

GIMENA.—Más sano de lo que acostumbra estar tu marido, Zunilda. (Aparte a Francisco). Panchito, llévatelas... No quiero que presencien las iras de Rafael...

FRANCISCO (A las damas).—Vislumbro una reyerta conyugal. Eclipsémonos discretamente. (A Gimena). Voy a mostrar mis dominios a estas damas, Gimena. (A las damas). Por aquí, señoras, evitemos al héroe batallador.

ZUNILDA.—Gimena, te dejamos con el Cid...

ESCENA IX

Rafael y Gimena

RAFAEL (Furioso).—Yo creía sinceramente que al concederles el voto, llenábamos ese vacío moral que Uds. decían sentir, creí que al hacerlas participantes de nuestras prerrogativas, dejarían de ser frívolas, ya que tenían un objeto en que emplear su inteligencia. ¿Y qué hemos ganado con ello? Siguen siendo coquetas, vanidosas, gastadoras...

GIMENA.—Como siguen siendo Uds. egoístas, pretenciosos, vividores...

RAFAEL.—¿Qué hemos ganado con el voto femenino? Que ni en política nos dejan trabajar con entera calma, y en vez de asistir a una Junta de Vocales... (Se vuelve a fin de ver si las damas han desaparecido) tenemos que salir por los caminos a resguardar nuestro honor...

GIMENA.—Con balas de algodón...

RAFAEL.—¿Eres tú tan cruel que hubieras querido que fueran mortíferas?

GIMENA.—¿Y que sabes tú lo que es crueldad y si no resulta beneficioso para un desgraciado dejar de sufrir?

RAFAEL (Bruscamente).—Mira, Gimena, no me creas tan ingenuo... Bien sé que Pancho ha querido disminuir el escándalo, atenuar tu falta atribuyendo el rapto a causas políticas. Comprendo su generoso móvil, pero a mí es difícil que se me pueda engañar tan fácilmente...

GIMENA.—¡Es muy lógico! Tú, que has vivido engañando a tus padres, a tu mujer y a tus amigos, has de ser, por lo tanto, hábil para descubrir las maquinaciones ajenas. Es natural... ya me lo esperaba yo...

RAFAEL.—Entonces ¿tú confiesas de plano que habías aceptado esta cita de Eduardo en la Quinta Lulú?

GIMENA.—Yo no confieso ni niego nada... (Despreciativa).—

RAFAEL (Exasperado).—No me provoques, Gimena... mira que si yo te supiera culpable...

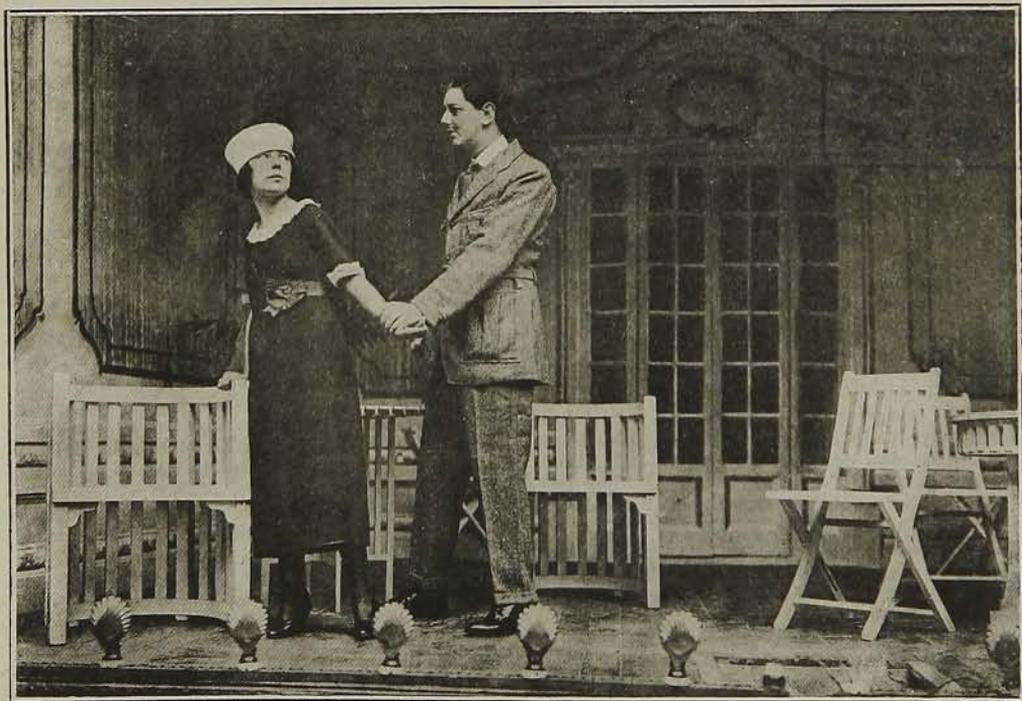
GIMENA (Provocativa).—¡Qué harías! A lo más tendrías que confesar que había seguido tu ejemplo... casi puedo decir tus consejos...

RAFAEL.—¿Qué dices? ¿A qué consejos aludes? ¿Estás loca?...

GIMENA.—Rafael, recuerda cuánto te costó modelarme... recuerda cómo en los primeros meses de nuestro matrimonio yo te suplicaba que hiciéramos vida de hogar, que nos quedáramos solitos en casa. Tú te burlaste de mí entonces. Te hacía falta el mundo y me arrastraste a él; me obligaste a gustar de las frivolidades mundanas, a rivalizar en lujo y frivolidad con las esposas de tus amigos; no quisiste que cuidara de mis hijos; hiciste de mí una creatura de placer y ahora te sorprende el desenlace que tú, como viejo vividor, debiste prever. Quisiste que conociera a otros hombres y por cierto que nada ganaste con la comparación!...

RAFAEL.—Entonces, según tu estrecho criterio, para resguardar tu virtud ¿debí yo encerrarte en un convento o emparedarte en un harén? ¿De qué material tan frágil estaba formada tu virtud! (Irónico).

GIMENA.—Tu sabes muy bien... no necesito recordarte mis ingenuidades, Rafael... el cinismo con que desvaneciste una a una mis ilusiones candorosas. Yo entré a la vida inocente, enamorada de un ideal, orgullosa de confiarme en ti, de creer en ti, porque toda alma noble siente la necesidad de consolidar su amor en la confianza... Y tú, al punto, súbitamente, arrancaste el velo... ¿Para qué te servía la



ACTO II.—ESCENA IX.—Gimena, Rafael.

palomita blanca? A fin de anoldarme a tu capricho, me iniciaste en todas las fealdades de la vida... Se diría que deseabas familiarizarme con el vicio... Y si no es así, ¿por qué entre risas y chanzas me referías a diario las aventuras galantes de tus amigos? Aún, más, me contabas cómo algunas damas del gran mundo conseguían ocultar sus amores hasta el punto de que la sociedad las tenía por santas. Y... (Irónica) ¡qué tarea tan fácil fué la tuya! Como cera blanda transformaste a la muñeca de 20 años en la mujer mundana que deslumbra con su lujo a las amigas, que olvida a sus hijos por el placer de una danza... Ya ves... me he identificado enteramente con tu vida de sibarita, he gustado de las sensaciones peligrosas... ¿De qué puedes quejarte si he resultado una discípula aprovechada?

RAFAEL (Furioso).—No es el momento para entrar en polémicas de orden moral. Yo quiero saber la verdad.

GIMENA.—¿La verdad de qué? ¿Del escándalo, de la cita, o de mi amor?...

RAFAEL (Furioso).—De todo... y no me exasperes más con tu ironía...

GIMENA.—Lo que te exaspera no es mi ironía, Rafael. Es el temor al escándalo. Bien te conozco ya... nada te importaría saberme culpable, siempre que el mundo no lo sospechara...

RAFAEL.—Es claro... El honor del hombre está por sobre todo sentimentalismo enfermizo... El escándalo no afecta de la misma manera al marido que a la mujer...

GIMENA.—¿Cuánto me agrada oírte decir así, en alta voz! El juramento de fidelidad era sólo para la mujer, según el mundo! (Ríe sarcásticamente). Las faltas del hombre se excusan, las de la mujer se vituperan, se acentúan duramente. (Volviéndose con pasión). Pues bien, yo te aseguro que moralmente tan perjuro es el uno como la otra cuando faltan a su conciencia. ¿La opinión del mundo? Esa poco me importa a mí, lo que me importa únicamente...

RAFAEL.—¿Con qué objeto te pierdes en argumentos sutiles en vez de tranquilizarme?

GIMENA.—Tranquilízate pues... tu educación no ha logrado corromperme... debes considerarte un marido muy feliz... No te engañaré jamás, no porque te ame, sino por respeto a mí misma; no por prejuicios arraigados sino por algo que yo sé... y no quiero profanar la última ilusión que guardo...

RAFAEL (Interrumpe).—Tu pasión por el bailarín empolvado (ríe). Ja! Ja! Ja! ¿Sabes que aún te quedan resabios de ingenuidad, Menucha, a pesar de tu aparente cinismo? A ese bailarín hubiera querido saltarle la tapa de los sesos hace un momento...

GIMENA.—¿Por qué? ¿Para salvar tu honor? Acaso lo habrías enlodado más. ¿Sabes tú lo que yo pensaba cuando Pancho refería la escena del duelo? Yo me decía: "Si Rafael le hiere, si le deja inválido, haré el sacrificio de mis hijos e iré a cuidarle a la faz del mundo! Este es mi criterio, tal es mi código. La fidelidad que te juré ante el altar te la he de guardar aún cuando me destroces el corazón. Si mi conciencia me dictara otra ley, la seguiría

abiertamente y tu serías el primero en saberlo... (Se deja caer extenuada).

RAFAEL.—Pero la cita, Gimena, ¿qué van a pensar mis amigos de esta cita? ¿Cómo arreglar esto? Tú me confundes, pero nada me explícas...

GIMENA.—Ahí vienen tus amigos; puede ser que ellos te lo expliquen todo...

ESCENA X

Los mismos, Vivaceta, Macmiren, Zamora, luego Francisco y las damas

MACMIREN.—Rafael, Gimena, ¿qué sucede? Los hemos buscado tanto! ¡Por Dios, hablen! ¿Qué accidente les ha ocurrido?...

GIMENA.—No comprendo...

MACMIREN.—Lean Uds. este papel. Al entrar a la Junta de vocales, me lo entrega un hombre de a caballo. La carta dice así: "Señor don Luis Macmiren: Su esposa y otras damas han sido víctimas de un accidente automovilístico, cerca de Apoquindo. Acudan pronto a socorrerlas. José del Carmen Raposo. Quinta Lulú". Estos señores recibieron igual misiva.

VIVACETA.—Héla aquí!

ZAMORA.—¡Héla aquí!

FRANCISCO (Entrando seguido de las damas).—

Bravo amigos, sublime, transcendental... He triunfado... mi estratagema ha tenido espléndido éxito. Y, (a las damas) vosotras, señoras mías, alegraos, porque en el corazón de vuestro maridos ocupáis un lugar privilegiado. Pensáis antes que la pasión política. Mi triunfo es un hecho! Cuatro damas electoras y cuatro maridos ídem en su busca; total ocho! Esto en un solo distrito... Sabe Dios si en otros no sólo han acudido los maridos en busca de las secuestradas, sino también los amantes... Aquello sería simplemente colosal...

(Los esposos se acercan a sus damas. Francisco se retira momentáneamente de la escena).

MACMIREN.—¡Ay! Olivia, qué susto más grande nos hemos llevado!

OLIVIA.—¡Yo estaba tan inquieta por los niños! (continuán conversando en voz baja).

RAFAEL (acercándose a Gimena).—Gimena, mi Menucha, perdóname. Creo en ti. Dame tu mano...

GIMENA (le da su mano sin mirarle y triste).—¿Necesitas de mi perdón? ¿Para qué? ¿No te basta con saber que no habrá motivo de escándalo?

VIVACETA (mostrando la carta a Zunilda).—Y yo, mi hijita, que la recibí al salir del Club de la Unión. Si no me sujeta un amigo, me desmayo...

ZUNILDA.—¡Esa sí que no te la creo! Tal vez estarías firmando la compra de esta Quinta y te asustó pensar que tu mujer estaba ahí...

VIVACETA (turbadísimo).—¿La compra de cuál quinta? No te entiendo, Zunilda.

ZUNILDA.—Yo te lo haré entender muy claro cuando inicie nuestra separación de bienes... Hoy día no pueden Uds. burlarse de nosotras... Ahora tenemos derechos civiles y te aseguro que yo los haré valer! Si, si, la dama rubia te puede ayudar a comprar una casa de citas!... (Continúan el debate en voz baja).

ZAMORA.—No puedo decirte que me desmayé, Martita, como Vivaceta; pero te aseguro que se me entró el habla.

MARTA (a Zamora).—¡Qué farsa más bien hecha, hijito! (Leyendo el papel). Uds. los pelucos no serían capaces de fraguar una estratagemata semejante... Son tan gallinas todos y...

ZAMORA.—¡Y Uds. tan cándidas, tan crédulas! (ríe bonachonamente).

FRANCISCO (entrando con un telegrama en la mano).—¡Victoria! Amigos míos, estoy sofocado... Oigan Uds. la misiva del Ministro Alessandrini... Querido Benamor: los secuestros femeninos obtuvieron completo éxito en todos los distritos. Eres un viejo astuto y muy experimentado en psicología femenina... Felicito al futuro diputado por Santiago: Alessandrini. ¡Qué dicen Uds.? ¡Quién se atreverá a criticar ahora el voto femenino! Durante dos períodos fui el candidato derrotado... se necesitaba que el bello sexo interviniera para afirmar el prestigio, el triunfo de su más decidido admirador. ¡Viva el voto femenino!

(Las damas, menos Gimena, que se aparta del bullicio).—¡Viva Panchito, viva el futuro diputado por Santiago!

RAFAEL.—Salimos derrotados en esta primera jornada y protestamos enérgicamente, v.ejo farzante... Pero creo que más allá de esta protesta no debe llegar nuestro rencor. A lo sumo podríamos amenguar nuestra derrota bebiendo a tu salud...

TODOS.—¡Bravo! ¡bravo!

FRANCISCO.—No esperaba menos de vuestra gentileza... El champagne está listo. Pasemos al salón...

TODOS.—Viva, Panchito... (se dirigen por la izquierda al salón).

FRANCISCO (les encamina y luego vuelve hacia Gimena que ha quedado en la escena).—¿No nos acompañas, Gimena? ¿Se explicaron bien Uds.? ¿Se arreglaron las cosas?

GIMENA.—No, Panchito, se desarreglaron más... El abismo se abió...

FRANCISCO.—¡Y por mi culpa! Nunca pensé que esta farsa pudiera convertirse en tragedia. ¡Por mi culpa!

GIMENA.—Oh, Panchito... no te echas sobre tus hombros tamaña responsabilidad... Sería una carga sobrehumana. No te culpes, Panchito; culpa de ello al medio en que vivimos, al ambiente, a la hipocresía y corrupción social; culpa a los que pretenden hacernos cruzar el fuego sin quemarnos, culpa de ello a esa evolución que nos hace independientes en el nombre, que nos da libertades pero prohibiéndonos hacer uso de ellas... culpa también a los que martirizaron nuestras vidas y sobre todo culpa de ello al tardío despertar del único sentimiento capaz de llenar una existencia!...

FRANCISCO.—¡Qué quieres, Gimena, la vida es así!

GIMENA (con pasión y de pie).—¡No! Así no es la verdadera vida! Es sólo la que nosotras nos condenamos a vivir!

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA ZAMORA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

LIBRERÍA DE LA CIUDAD



ACTO III.—ESCENA I.—Genaro, Rufina.

Genaro: "No exagere usted, señora Rufina; si no se trata de morirse..."

ACTO TERCERO

El acto pasa en casa de Eduardo Lisperguer. La escena representa una sala-escritorio, modesta y confortable; mesas, sillones, sillas y estantes amueblan la estancia. Es de noche; algunas luces con pantallas iluminan la escena. Al descorrerse la cortina aparece Genaro encendiendo las luces; puertas al fondo, derecha e izquierda.

ESCENA I

Genaro, luego Rufina

RUFINA (se asoma por la puerta de la izquierda, lleva el pañuelo a los ojos y suspira).— Genaro, Genaro, no enciendas más luces, hombre. ¿Que te parece que estamos de fiesta? ¿O no tienes corazón para sentir que el niño se nos muere?

GENARO.—No exagere Ud., señora Rufina; si no se trata de morirse. Una herida en un brazo no mata a un cristiano joven y robusto como el patrón. Continúas que los médicos ya lo dejaron bien entablillado...

RUFINA.—¿Cómo puedes chancearte y hablar con tanta tranquilidad de un asunto tan espantoso, Genaro? A mí se me ponen los pelos de punta cuando me lo represento llegando en la camilla de la Asistencia Pública; con sus ojitos cerrados y su carita pálida como la de un difunto... De sólo recordarlo me da una angustia que tú no puedes comprender porque no tienes entrañas... y me da una rabia, una inquina contra ese malvado de don Rafael, contra ese asesino que, espero en Dios, ha de secarse en la cárcel!... (llora). Pero así también me he vengado yo de él...

GENARO.—¿Dice Ud. que se ha vengado de don Rafael, señora Rufina? ¿Cómo así?

RUFINA.—Se lo había yo de contar al que me nos cuece peumos en la boca...

GENARO.—Aunque Ud. no me lo cuente, señora Rufina, yo ya lo he adivinado (en secreto). Se trata de la señora Gimena...

RUFINA.—¿Qué estás hablando, hombre! ¿Qué no sabes que la señora Gimena es la esposa de don Rafael?

GENARO.—Ante por lo mesmo... ¿Y ésa será la venganza que Ud. le prepara al asesino?... No ande con secretos, señora Rufina, mire que yo veo debajo del agua.

RUFINA.—Y ¿qué tenis que ver vos, lengua-raz?...

GENARO.—Lo que Ud. sabe... Pero eso no se hace así entre la gente civilizada, señora Rufina... o si se hace, no lo sabe naide...

RUFINA.—¡Bendito sea Dios!... Qué laya de gente! Y esto es lo que llaman civilización... En mi tierra, Genaro, cuando dos se quieren, se quieren de verdad y no hay quien los separe... Si a otros no les agrada, tanto peor para ellos. La tierra es grande y el sol alumbraba por todas partes...

GENARO.—El pobre tiene poco que perder, mayormente, señora Rufina... no malgaste

sus latines, señora Rufina. Déjelo todo así no más, que así está bien. Vaya a cuidar a su niño... eso será lo mejor...

RUFINA.—¡A mi niño! (llora).—¡Ah! sí, iré a cuidarlo... y por vida de mi madre que he de aliviar sus penas aunque me sequen a mí también en la cárcel, después...

ESCENA II

Los mismos, Francisco

FRANCISCO (entrando por el fondo).—¿Cómo sigue Eduardo? ¿Están ahí todavía los médicos, Genaro?

GENARO.—En este momento salen, señor. Sólo queda acompañando al patrón don Chupito Garcés...

FRANCISCO.—Ve a cuidar a tu patrón, Genaro, y envíame un instante a Garcés (sale Genaro).

RUFINA (acercándose a Francisco).—Don Panchito, ¿cree Ud. que se morirá el niño? (llora).

FRANCISCO.—Qué ocurrencias, Rufina... La herida es grave pero no de muerte... Levanta el ánimo, mamita Rufina; anda a cuidar a tu niño... mímalo como si fuera aún pequeño. Eso es lo que necesita... cariño... el pobrecillo sufre mucho!...

RUFINA.—Si yo también lo sé, don Panchito... el niño necesita cariño... pero no el que le pueda dar su nodriza sino otro que yo me sé y que le he de conseguir no más...

ESCENA III

Francisco y Garcés

FRANCISCO.—¿Qué hay, Chupito? ¿Cómo sigue el enfermo?

GARCÉS.—Reposa... y Ud. don Panchito, ¿qué ha logrado averiguar?

FRANCISCO.—Poca cosa... como siempre. son muchas las versiones que corren... Saber a punto fijo quién motivó el desorden, cuál fué el primer disparo, quién encendió la chispa, es casi imposible en uno de esos motines electorales...

GARCÉS.—Pero don Rafael ha de saber... seguramente (con ironía). El presidía la votación...

FRANCISCO.—Rafael presidía aquella junta electoral, pero eso no significa que él sea el único culpable... Tú sabes cuán poco cuesta para irritar los ánimos exaltados por luchas partidaristas. La versión que me parece más verosímil hasta aquí, es la de Maemiren, quien se encontraba de vocal en esa misma mesa, famosa en todas épocas por sus tutis y peleas. Dice Maemiren que todo fué tan rápido y simultáneo, que no es posible asegurar de dónde partió el primer disparo. La cuestión se agrió, la gente de un choclón vecino acudió al bullicio; algunos votantes ya en completo estado de ebriedad hicieron uso de sus armas... y nadie sabe cómo se llegó a la lucha... Lo único que él sostiene es que Rafael disparó su revólver en defensa propia...

GARCÉS.—Entonces, ¿por qué lo disparó en contra de Eduardo, que iba desarmado?

FRANCISCO.—No comprendo... Rafael dice

que él apuntó hacia el grupo que le hacía frente, contra los que habían disparado en dirección a la mesa, sin fijar la puntería en determinada persona... que su intención era amedrentar a los amotinados... yo me inclino a creerlo, Chupito. Es verdad que Eduardo y Rafael se odian, pero no por eso va a convertirse éste de la mañana a la noche en un asesino...

GARCÉS.—De todos modos... es una coincidencia muy fatal y harto sorprendente, don Panchito, la que hace que el único herido en aquella reyerta, haya sido Eduardo...

FRANCISCO.—Y dos electores más...

GARCÉS.—Sí, sí, digo yo entre la gente conocida...

FRANCISCO.—Esa fué la fatalidad, hombre... Maemiren dice que Eduardo había exasperado cruelmente a Rafael, durante el día entero. Desde que se instaló la mesa, este muchacho no había hecho otra cosa que llevar gente a votar por la Alianza. Todas las empleaditas de Saz y Páez, los gremios de telegrafistas, cajeras y telefonistas, desfilaban por allí dejando en las urnas el voto en contra del candidato de Rafael, en contra de su tío el senador-ministro... El hombre estaba exasperado, fuera de sí, y como las señoritas votantes (las reclutas de Eduardo) advertían su mal humor, lo exasperaban más aún con bromas y chanzas picarrescas...

GARCÉS.—Consecuencias del voto femenino, don Panchito... (ríe).

FRANCISCO.—Hasta hubo algunas muchachas que, fingiéndose ignorantes, pedían consejos a Rafael sobre el candidato por quien debían votar, y luego, riéndose en sus barbas, depositaban en las urnas el voto que les había dado Eduardo... Picaronas, picaronas... haciendo farsa de un acto tan solemne...

GARCÉS.—Tal como los hombres, don Panchito... ¿Qué luego aprenden las mujeres nuestros vicios!...

FRANCISCO.—¡Ah! Chupito! Yo te contaría muchas escenas curiosísimas y picantes que presencié o motivé, pero no estoy en ánimo para reír... Este niño me tiene muy preocupado.

GARCÉS.—Pero la herida no es muy grave... don Panchito...

FRANCISCO.—Muy grave, precisamente, no. Pero como le atravesó el hombro, Martín teme que pueda quedar inválido del brazo derecho; lo cual sería una desgracia tremenda para un muchacho tan pobre y tan solo...

ESCENA IV

Los mismos y Genaro

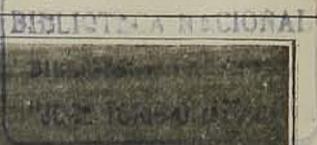
GENARO (entrando).—Una señora busca al patrón...

FRANCISCO.—¿Quién será? Que pase... (sale Genaro).

ESCENA V

Francisco, Garcés, luego Gimena

GARCÉS.—Alguna tía de Eduardo tal vez... (por el fondo, entra Gimena con un maletín al brazo.)



ACTO III.—ESCENA VII.—Gimena, Marta.

Marta: "Gimena, vente conmigo, no quieras hundirte para siempre..."

FRANCISCO.—¡Gimena!... Cómo, es posible, ¿eres tú? ¿Qué vienes a hacer aquí, Gimena?

GIMENA.—A quedarme en esta casa, (con fuerza). Me admira que me lo preguntes... Vengo a cuidar a Eduardo... ¿Entiendes? Vengo a ver si puedo reparar en algo el daño que ha causado el asesino... ¿Comprendes?

FRANCISCO.—Te aseguro que no...

GIMENA.—Yo se lo tenía sentenciado a Rafael... Las mujeres no entendemos a balazos, no se nos doblega por la fuerza (al público). Cobarde, infame... asesinar así, por la espalda, a un muchacho. Si aún le hubiera movido un sentimiento noble... amor... celos ¡pst!... Rafael no es capaz de eso... Creyó que en una vil contienda, en un motín político, podría hacer desaparecer al rival, al problemático enemigo de su vanidad de hombre afortunado... Lo divisa, lo ultima y luego se escuda tras de su tío el ministro... Ya tiene quien lo defienda. La cosa no pasaría de ser una de tantas consecuencias de la lucha política... Pero é no contaba conmigo... Sí, sí, el no contaba con la mujer honrada que no necesita otro defensor de su honor que su propia conciencia... (llora).

FRANCISCO.—Gimena, habla, desahoga tus nervios... todo eso está bien, pero no seas injusta con Rafael... Deja que yo te explique el asunto.

GARCÉS.—Sí, Gimena, escucha a Pancho... Parece que Rafael no es el asesino que Ud. supone. Déjelo hablar...

GIMENA.—Asesino o no, lo cierto es que ahí está Eduardo moribundo por su culpa...

FRANCISCO.—No está maribundo... no exageres, Gimena... Sólo tiene una l'gera herida en un brazo, de la que sanará en menos de un mes...

GIMENA.—Tú te engañas, Pancho... Rufina me ha hecho venir porque dice que Eduardo se muere y que me llama... y yo acudo, ya estoy aquí... quiero verlo...

FRANCISCO.—Es inútil, Gimena, que insistas...

GIMENA (con ironía).—No insisto... Me quedo simplemente aquí... (se quita el sombrero y los guantes. Francisco la sigue al fondo de la escena).

GENARO (entrando por la izquierda).—Don Eduardo ha despertado, pregunta que quiénes están ahí y llama a don Pancho y al señor Garcés...

FRANCISCO.—No le digas nada, Genaro, ya vamos nosotros... (A Gimena) Gimena, sé razonable...

GIMENA.—Quiero verle... Pancho, (suplicante) déjame entrar!...

FRANCISCO.—Sí, sí, Gimena, en un momento más. Ahora sería perjudicial para el enfermo... Nosotros le prepararemos el ánimo... (salen).

ESCENA VII

Gimena sola, luego Marta

(Gimena se pasea por la estancia, mira algunos retratos, coge el que tiene Eduardo sobre el escritorio)—¡Pobrecito!—(suspira; luego

siente ruido y se vuelve).— Marta, ¿tú aquí?

MARTA.—Gimena por Dios, al fin te encuentro, te he buscado en casa de todas tus amigas... Cuando supe la desgracia de Eduardo, corrí a tu casa... Allá me dijeron que habías salido después de comer... Volví a casa, telefoné a todas partes preguntando por ti... y nada! Por fin se me ocurrió que en un momento de extravío, de locura, hubieras venido a casa de Eduardo... Gracias a Dios que llego a tiempo...

GIMENA.—¿A tiempo para qué?

MARTA.—Para evitar el escándalo... Para salvar con mi presencia tu honor comprometido.

GIMENA.—Puedes volverte por donde entraste, Marta. Mi decisión es irrevocable. El escándalo será grande... lo sé! y no me importa... Rafael lo quiso así. La sociedad me rechazará, es tan hipócrita!... tal vez tenga yo que derramar muchas lágrimas... pero no seguiré siendo la víctima, la esclava, el juguete de lujo de un libertino, de un malvado... (silencio). ¿Y crees tú, Marta, que podría yo volver a ese hogar manchado con la sangre de Eduardo? Me admira, me pasma que te lo imagines siquiera...

MARTA.—No vuelvas a ese hogar, por el momento, Gimena, si tanto te repele. Vente conmigo. Reflexiona un poco, Gimena, no quieras hundirte para siempre... Date a la razón... Maemiren me contó como sucedió el accidente. Eduardo tuvo mucho de culpa. Casi puede decirse que él provocó el conflicto con su actitud.

GIMENA.—No faltaba más. Ahora tú también te vuelves en contra de Eduardo. Vete si quieres, no te comprometas por mí... No podrás decir que yo haya solicitado tu compañía... Lejos de ello, te ruego que me dejes sola...

MARTA.—No insisto, Gimena. Sólo quería hacerte saber la verdad.

GIMENA.—Díla si quieres, esa que tú llamas la verdad... Pero te aconsejo que pierdas la esperanza de hacerme cambiar de decisión.

MARTA.—Déjame esperar siquiera que te tranquilices... (silencio). Como tú sabes, Rafael era presidente en la mesa de la Avenida Diez de Julio...

GIMENA.—Ahórrame la historietita... Ya me la han contado muchas veces...

MARTA.—Entonces también te habrán dicho que Rafael estuvo en peligro y que si no es por la intervención de la policía...

GIMENA.—Llamada por Rafael cuando ya estaba satisfecha su venganza. ¿Por qué no recurrió a ella antes, el omnipotente sobrino del Ministro?

MARTA.—Pero si ya te he dicho que todo fué tan rápido, tan sorprendente...

GIMENA.—Escucha, Marta, comprendo tu generoso móvil; disculpa a Rafael a fin de hacerme cambiar de decisión. Pero es inútil, aquí me quedo... Rafael puede si quiere, iniciar juicio de divorcio desde hoy mismo...

MARTA.—Esta es una locura, Gimena. Yo que te conozco mejor que nadie, sé que, en pugna con la sociedad, jamás podrás ser feliz. Tu no eres de las mujeres que menosprecian la

honradez y el buen nombre... de las que olvidan sus deberes. (En este momento aparece en el umbral de la puerta Eduardo. Debe llevar un brazo fajado).

MARTA.—Tú no podrás ser feliz aquí...

GIMENA (violenta).—¿Y quién te dice que vengo yo tras de la felicidad? Ni por un momento me ha guiado la pasión (coge el maletín y extrae algunos objetos).—Mira lo que traigo en este maletín... retratos de los niños... Ni rapatito y el crespo de Rafaelito... (besa los objetos.) Pedacitos de mi alma... en los que no quiero ni pensar en estos instantes... Ni una alhaja... ni una joya... ni siquiera una caja de polvos... Esto ha de probarte que no vengo tras de una aventura galante... ni es tampoco una pasión violenta lo que me guía... Es la opresión, la cobardía del hombre la que me subleva. Quiero ser una protesta viviente en contra de la tiranía del más fuerte... ¿Por qué se ensaña Rafael en contra de Eduardo? El sabe que no es mi amante... Héroe de pacotilla, quiere aparentar honorabilidad, cuando en realidad solo es un libertino, incapaz de poseer un sentimiento noble... Alma rastrera... pequeña!...

MARTA.—Gimena, no te exaltes así... Comprendo que esta desgracia te impresione, pero eres injusta...

GIMENA.—No, Marta, si esto yo lo presentía, lo esperaba casi; desde aquella escena melodramática en la Quinta Lulú... Rafael no me perdona las verdades amargas que en aquella ocasión le propiné y ha sido por vengarse de mis palabras, más que por limpiar su honor, por lo que ha asesinado a Eduardo...

ESCENA VIII

Las mismas, Eduardo, luego Francisco

EDUARDO (avanza lentamente).—Nadie me ha asesinado, Gimena (sonríe). Tú exageras...

GIMENA (corre hacia él, le ayuda a avanzar).—¿Eduardo! Eduardo! pobre niño mío!...

EDUARDO (a Marta).—Marta, mi buena amiga...

MARTA (a Francisco, que entra azorado).—Pero qué temeridad, Panchito! Cómo le han permitido abandonar el lecho!...

FRANCISCO.—No me digas nada, Marta. Figúrate que cuando nos mandó llamar, ya estaba vestido... La vieja Rufina le había dicho que Gimena estaba en casa... Fué inútil disuadirlo y a fuerza de sorbos de cognac ha llegado hasta aquí...

MARTA.—¡Dios mío! (se aleja con Francisco, pueden verse sus siluetas a través de una mampara).

GIMENA (acompaña a Eduardo hasta un sofá; le ayuda a sentarse).—El miserable en el estado que te ha puesto!... ¿Sufres mucho?

EDUARDO (sonríe).—No, Gimena, no sufro; por favor, ten calma... no nos emocionemos. Dame valor, ayúdame a tener fuerza... (suspira).

GIMENA.—Pero ¿por qué ensañarse así contra ti? No lo perdonaré jamás... (llora).

EDUARDO.—No es Rafael el único culpable,

Gimena... Ya otros te han referido el hecho... Y además... ¿por qué inquieté yo tu hogar? ¿Por qué fijé mis ojos en ti? Ah, Gimena, ahora que he visto la muerte tan de cerca, comprendo mejor la vida... Y he pensado, he cavilado tanto, tanto... Si yo hubiera sido tu esposo, si tú hubieras sido mía y alguno hubiera querido arrebatar me tu cariño, no digo una bala... cientos de bombas y dinamitas y cuanto tormento imaginó la crueldad humana, me habrían parecido poca tortura para castigar ese delito... para hacer sufrir al que pretendiera arrebatar me mi bien, mi bien...

GIMENA.—Pero tú, Eduardo, no le has arrebatado nada... ni su honor...

EDUARDO.—No ha sido porque yo no lo haya deseado, Gimena... El bien lo comprende, como sabe también que tu corazón no le pertenece ya... Gimena, no seas injusta... (silencio). Y que sea yo quien abogue por la causa de ese hombre... La cercanía de la muerte me ha dado calma y resignación... Gimena, la vida no es sólo placer y belleza, es también deber...

GIMENA.—¿El deber!... Palabra obsesionante inventada para esclavizar a la mujer solamente... En nombre del deber, he sufrido humillaciones, infamias, engaños que ya no quiero soportar más...

EDUARDO.—Tú no sientes lo que dices... Quieres engañarte a ti misma... Recuerda lo que me dijiste no hace mucho tiempo allá en la

Quinta Lulú... "Yo he nacido honrada, yo no puedo vivir sin el aprecio de mis semejantes, necesito sentirme inmaculada ante Dios y ante los hombres"... Tú lo has dicho y lo has sentido... lo has sentido cuando al venir de tu casa a la mía sólo trajiste los azahares que recuerdan tu pureza, los retratos de esos pedacitos de tu alma... el chupete del bebé (lo coje de encima de la mesa). ¡Ah!, Gimena! la vida nos separa... separémonos... Y no obstante habría sido tan ideal nuestra existencia... tú aquí a mi lado... yo trabajando para ti noche y día. Te he soñado tantas veces reclinando mi cabeza fatigada sobre tu hombro... tus dedos sedosos acariciando mi frente. Y habría sido un sueño tan dulce... tan hermoso! (cierra los ojos).

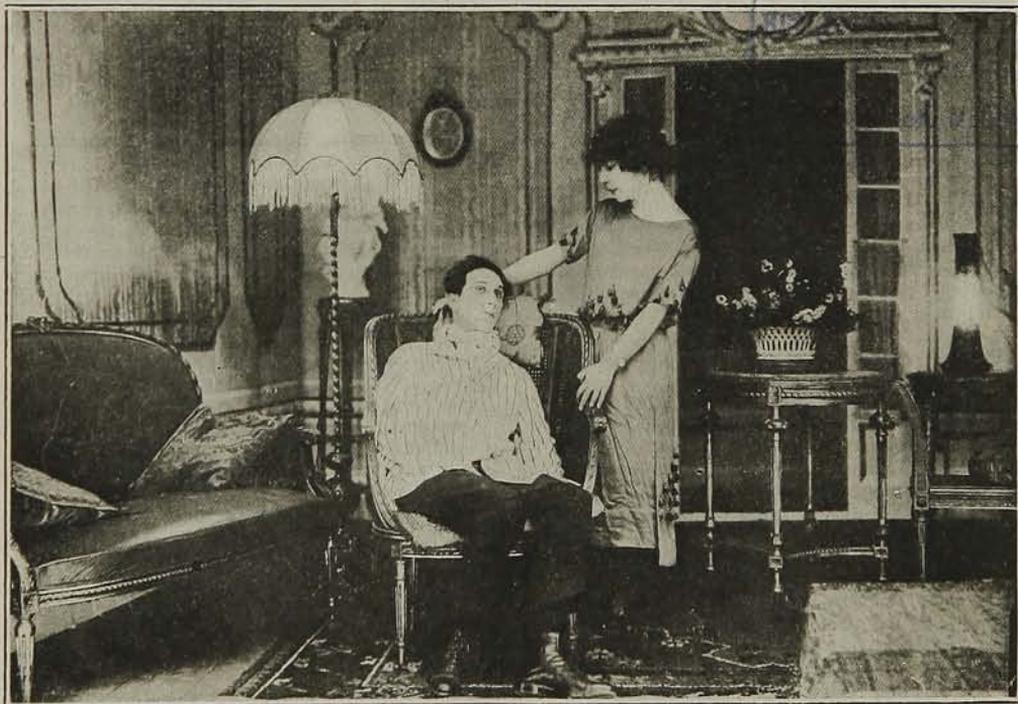
GIMENA (se aproxima, se apoya tras el sillón y coge la cabeza de Eduardo entre sus manos).—Eduardo, tu sueño se realizará, yo te lo aseguro!

EDUARDO (alza el rostro y trata de coger la cabeza de Gimena con su brazo izquierdo).

¡Gimena, adorada mía! (quiere darle un beso).

GIMENA. (se retira estremecida).—No puedo, Eduardo, perdona...

EDUARDO (desalentado).—¿Lo ves tú, Gimena? Mi sueño no se realizará jamás... Estoy condenado a extender mis brazos en el vacío... (lo extiende). ¡Mis brazos!... el brazo diré de ahora en adelante... (silencio). Vete, Gimena, vuelve a tu hogar mullido y confortable... Yo no puedo hacerme cargo de ti... Soy po-



ACTO III.—ESCENA VIII.—Gimena, Eduardo.

Eduardo: "Te he soñado tantas veces reclinando mi cabeza sobre tu hombro. Habría sido un sueño tan dulce... tan hermoso..."

ESCENA X

Los mismos, Marta, Francisco

bre... soy un infeliz!... un inválido!...
 GIMENA.—Un inválido... y por culpa de Rafael... Y te atreves a decirme que te deje... Que me vaya... Porque eres pobre me rechazas... Amigo mío, tus argumentos son muy débiles... Para una mujer de corazón, antes que la riqueza está la abnegación, el sacrificio...

EDUARDO.—Y la compasión... ¿Por qué no agregas esto? (violento). Gimena... yo no acepto tu compasión... ¿entiendes? Tú no has llegado aquí como la mujer amante que acude a hacer la felicidad del ser amado al hacer la suya... Te he visto violenta, rebelde, irritada contra el hombre que te esclaviza... pero nunca apasionada, ni por un momento amorosa, vibrante, rendida...

GIMENA.—Eduardo, ahora te vuelves injusto conmigo...

EDUARDO.—Bah!... Si yo no te reprocho nada, Gimena... (irónico). Pero si yo hubiera estado seguro de ti, de que tú me amabas, si te hubiera sentido mía... habría aceptado tu sacrificio que ya no lo era, puesto que el amor lo transforma todo... Tú has venido aquí no por un impulso de amor sino de despecho, de rebelión, llena de ira contra el hombre a quien acaso aún adoras a pesar de todo! (irónico). ¿Y por qué no?... Si él te reveló la vida, si él es el padre de tus hijos...

GIMENA (comovida).—Te engañas, Eduardo, yo he venido únicamente por ti... Partiremos juntos... nos iremos lejos...

EDUARDO.—Como leprosos que la sociedad rechaza... No, no: tú sufrirías demasiado... Para despreciar la opinión, para renegar de la sociedad, para olvidar a los hijos, es preciso que el amor avasalle el alma, que el amor ahogue todo otro sentimiento... Sólo dos cosas transforman el mundo cuando aparecen, Gimena: el sol y el amor... El sol que vivifica y colora la naturaleza... el amor que ilumina la vida...

GIMENA.—Eduardo, no me atormentes...

EDUARDO.—Vete, Gimena, es mejor así, sepáramos... Guárdame tan sólo un sitio amable en tu corazón, el sitio de un ausente, de un ser querido que ha muerto ya. Ese sentimiento no ofenderá a nadie...

GIMENA.—No, Eduardo, yo no te abandonaré en tu desgracia... ¿Por qué interpretas así mis sentimientos? Yo venía a afrontarlo todo... es verdad que he titubeado... pero no es porque no te quiera... No, esa no es la verdad. De lejos, este paso me parecía fácil. Las mujeres somos así tan complicadas, tan cobardes para aceptar la felicidad cuando no viene por el camino trillado!... (llora).

EDUARDO.—Sí, sí, Gimena, comprendo tus luchas y tus vacilaciones... Era natural que así concluyera nuestro idilio, apaciblemente, armoniosamente... (a Gimena que llora). Gimena, no llores, yo no te amaría tanto si tú no fueras así como eres: honrada y buena... La mujer que torturándome el corazón, continúa haciéndome creer en el ideal, en la nobleza, en la virtud... (silencio, cierra los ojos).

GIMENA (asustada).—¡Marta, Pancho, Dios mío! ¡Eduardo se muere!

EDUARDO.—No, Gimena, no te asustes, he cerrado los ojos, simplemente... (a Marta). Marta, escúcheme Ud. un momento (a Francisco). Don Pancho ayude Ud. a Gimena a colocarse su abrigo ¿quiere?

GIMENA.—Pero si yo no me voy...

FRANCISCO.—Venga, hijita, aquí mando yo ahora... (lleva hacia el fondo a Gimena).

MARTA.—Eduardo, ¿sufre Ud. mucho?

EDUARDO.—Horrosamente, Marta, (suspira). Dígame Ud. ¿saben en casa de Gimena que ella está aquí? ¿Será notada su ausencia?

MARTA.—Creo que no... Al menos yo dejé dicho en casa que íbamos al biógrafo...

FRANCISCO (regresando del fondo). Descuida hombre. Yo seré como siempre el tío remendón de líos... (mira el reloj). Son las once tres cuartos: la hora precisa en que concluyen los biógrafos...

EDUARDO (a Marta).—Marta, trate Ud. de llevarse pronto a Gimena, por favor (a Gimena que regresa con sombrero y abrigo). Han sido Uds. muy amables, amigas mías, yo les agradezco tanto su visita pero estoy cansado, debo decirles adós... Adíos! (da su mano a Marta y queda con Gimena en segundo término).

FRANCISCO (a Marta).—¿Lágrimas en los ojos? ¡Qué muchachas tan románticas!...

MARTA.—Es que tú no tienes corazón, Pancho!

FRANCISCO.—¿Que no tengo corazón? (Pausa).

Es posible... La vida se empeñó en secar la fuente de mi ternura, pero algo doloroso quedó en el fondo de mi juventud estéril y perdida; el recuerdo de un amor lejano que no pudo ser y que el tiempo no borró del todo. Ahora he visto repetirse mi vulgar historia sentimental. Quise acallar mi inquietud interior entre la broma frívola, pero el pasado triste resucitó sin querer y... (llorando discretamente). Vamos, Gimena, que no quiero comoverme... (a Gimena). Gimena vamos saliendo... ¡eh! (salen).

GIMENA (despidéndose, con la mano de Eduardo entre las suyas).—Eduardo, no me guardes rencor... has de confiar en mi amor siempre, siempre... No soy yo la que te abandona, Eduardo, es el destino... que violenta nuestros actos; es él, el cruel, el tiránico destino... Si me necesitas, llámame, yo acudiré siempre... siempre...

EDUARDO.—Gracias, gracias, adiós, adiós!... ya es tarde... (sonríe). Demasiado tarde!

(Gimena sale y Eduardo se queda en el sillón. Pero luego que ella desaparece, él se levanta y va hasta el umbral de la puerta, luego vuelve al medio de la escena, con paso vacilante, y dejándose caer en el sillón.) Demasiado tarde para ser feliz, demasiado tarde para hacer la felicidad del ser amado, demasiado tarde para reparar el mal, demasiado tarde para empezar la vida... (llora).

TELON.

cado una moral ad hoc, para su vida de vividor impenitente.

La interpretación fué digna de franco aplauso para los improvisados actores.

Parece inofensivo referirse a la labor irreprochable de Marcelle Auclair en su rol de Gimena, la protagonista. Marta Flottes muy bien en su difícil papel de sifítica con dinero, Melania del Campo y Marta Petit con naturalidad y corrección impecable.

En los papeles masculinos desuellan Rafael Frontaura, cuyo papel es el importante complemento del de la primera figura de mujer; Mariano Casanova Vicuña acertadísimo en su Francisco Benamor; y Hernán Infante, muy feliz en su Raposo, el sirviente habladoso y pícaro de casa grande que ha terminado su carrera de experiencias en la quinta de un solterón afortunado.

El público ha respondido al esfuerzo de la autora y al esmero en que la obra ha sido puesta en escena.

Cogido por la comedia desde las primeras escenas, trozos de su propia vida, la sigue tan de cerca con sus aplausos o sus comentarios, que llega a formar, puede decirse, parte de la obra misma.

El crítico teatral de "La Nación", señor Manuel Bianchi, comenta en un largo artículo, del cual extractamos algunos párrafos, la comedia de Roxane:

De Elvira Santa Cruz Ossa conocíamos ya "La familia Busquillas". Debemos comenzar, pues, comparando la labor del año pasado con la de este año, por declarar que ha progresado notablemente. El manejo de los personajes se ha hecho fácil, el diálogo liviano, el tono general más conforme con lo que es una producción teatral.

Y pasamos, hecha esta aclaración, a decir dos palabras sobre el argumento:

Gimena es la víctima del gran mundo la esposa no comprendida, unida a un hombre frívolo, orgulloso de su honor por el que dirán, mas no por el verdadero concepto de la caballerosidad. Gimena ha sido arrastrada a ese agitado vaivén de la sociedad moderna, amiga de la danza, del naise, del auto, y encuentra en esa sociedad al antiguo pretendiente, Eduardo, un muchacho de veinte años que conserva por ella todo el fuego del primer amor.

Y la pieza se desarrolla al rededor de la lucha que ha de entablarse en el espíritu de Gimena entre los dos caminos: el del deber, unida al hombre que no se ama, y el del escándalo en brazos del amor sincero. Triunfa en "El Voto Femenino" el deber, inspirado por el propio Eduardo, que, herido y a las puertas de la muerte, ha comprendido que ha llegado tarde cerca de la mujer amada.

Repetimos que Roxane ha progresado mucho de "La familia Busquillas" a "El Voto Femenino", y que puede considerarse esta última pieza como un buen éxito del teatro nacional; pero quiséramos hacer alguna observación que nos sugiere el carácter de los personajes principales de "El Voto Femenino". Estos personajes nos han hecho el efecto

de haber sido abandonados a ratos, al ser conducidos a través de las escenas de la pieza, y en parte, por esta causa, resulta cierta falta de unidad en la manera de ser de ellos. Pueden realizarse los cambios de ideas que experimentan los protagonistas de "El Voto Femenino", pero las casusas no tienen "fuerza teatral" en la obra de Roxane, y no convienen lo suficiente.

Por lo demás, no vale la pena insistir en éste que podríamos llamar único defecto de "El Voto Femenino", y para dejar sentado que Elvira Santa Cruz puede trazar caracteres que no sufran en la fuerza de sus líneas, nos bastaría recordar a Francisco Benamor de su comedia, un personaje hecho con todos los atributos de una creación.

El ambiente de la pieza nos parece bien observado, y bien realizado. El movimiento escénico, aún en momentos de muchos personajes, se hace con acierto, y el diálogo conserva en todo instante la flexibilidad necesaria. ¿Y acaso no son éstos los más difíciles de alcanzar de los elementos dramáticos? Roxane merecería por este sólo capítulo nuestro más sincero aplauso.

La interpretación de "El Voto Femenino" fué muy correcta, distinguiéndose Marcelle Auclair, que es toda una artista; María Petit, Marta Flottes y Melania del Campo, contribuyeron con su actuación distinguida al éxito de la obra.

Del elemento masculino, nos llamó la atención el trabajo de Mariano Casanova que caracterizó el Francisco Benamor con verdadera exactitud. Rafael Frontaura hizo un Eduardo muy correcto. Miguel Fernández muy bien en el Rafael. Los demás discretos.

Copiamos enseguida una parte del artículo hermosísimo del director de "Las Últimas Noticias", señor don Augusto Millán:

Hoy tenemos a una dama de sociedad que de repente se ha dado cuenta de que era capaz de hacer teatro y sin "pose" ni anuncios pretenciosos nos ha ofrecido ya dos comedias, en las cuales ha puesto con gran sencillez todo el ambiente real y vivido que han perseguido absolutamente en vano nuestros genios que creen hacer "alta comedia" vistiendo de frac a los personajes.

Me refiero a Elvira Santa Cruz, (Roxane), cuya última obra, "El Voto Femenino", ha constituido un éxito para el teatro nacional.

En esta comedia, si bien encontramos defectos de técnica y de fondo, como el recurso del sufragio femenino concedido en mitad de la obra y los procedimientos electorales que ayudan al desarrollo de la intriga, hay también valiosos detalles. El tipo de Pancho Benamor vividor simpático y buen filósofo en el fondo; las figuras del marido elegante, desprecupado cínico y de Gimena, la muchacha "bien", frívolemente moral, a quien salvan de la caída más que su virtud, sus prejuicios, difícilmente habrán sido superados en otra pieza análoga de teatro chileno y permiten augurar un sólido éxito.

Entre la primera comedia de Roxane y ésta, hay enorme distancia; si tendré razón para creer

que a la tercera habremos quedado ya a la vera del camino, si no doliéndonos de la escocedura, por lo menos admirando la lejanía.

El poeta y escritor colombiano, don Juan Ignacio Gálvez, ocupa varias columnas de "El Mercurio" detallando los méritos de la obra. Damos el final:

"El Voto Femenino" es no una comedia bonita, es una pieza intensa, en la cual, bajo el ropaje de un diálogo fácil, de una acción movida, interesante, se desliza un pensamiento profundo y amargo, que, desgraciadamente, se convierte en el último acto en una situación inverosímil.

El primer acto es bellísimo, es digno de Sardou, el segundo tiene escenas de crítica social admirables, el diálogo se sostiene vivaz pero los resortes escénicos se aflojan, y el tercero pierde de su belleza por el desenlace que, en mi concepto, no es natural. Comprendo que Roxane ha tenido que amoldarse al medio en que escribe, al escenario en que se representó su obra y hasta a la condición de los actores; con semejantes trabas, es doblemente digna de elogio su obra; porque el defecto que le hallo, fué no de la autora, que demuestra en el primer acto de cuanto es capaz, sino del medio en que escribe y de otras circunstancias. Hay que tener en cuenta que en el éxito de una obra el autor pone la mitad y la otra mitad los actores. He leído obras de Ibsen o de Benavente, en las cuales se me han escapado bellezas y situaciones admirables, que luego he podido apreciar al verlas representar por Miguel Muñoz, por Thuiller, por María Guerrero o Margarita Xirgú.

Extractamos aquí parte del juicio del escritor español "Barnoneas", crítico teatral del "Correo de España":

"El Voto Femenino", es una linda comedia en tres actos que tiene un corte especial de vaudeville del teatro francés por el que sin duda Roxane, tiene especial predilección a juzgar por la factura de la obra estrenada anoche. Hay en ella escenas de mucho interés entre las que sobresalen una entre Gimena y Rafael en el segundo acto, que a mi juicio es la de más fondo de la obra en la parte que a Gimena se refiere y otra del tercer acto entre Gimena y Eduardo.

La obra en general es muy interesante, en la que algunos tipos trazados con mano maestra, bastan para dar fama a un autor, como son los de Gimena, Francisco Benamor y Raposo, que en honor a la verdad tuvieron felicitos intérpretes en la señorita Marcelle Auclair y señores Mariano Casanova y Hernán Infante.

Sus distintas escenas están bien movidas y demuestran el profundo conocimiento que tiene Roxane del teatro y de la sociedad moderna, cuyas lagunas ha pintado de una manera magistral, un poco dura a veces, pero desgraciadamente muy real.

El exquisito autor de la novela "Sombra Inquieta", señor Hernán Díaz Arrieta, se expresa así:

Bajo una frívola apariencia y con

salidas espirituales, llenas de ligereza femenina, Roxane ha sabido deslizarse en su comedia observaciones de grande alcance y una sólida crítica que, ciertamente, será gustada en todo su sabor por el auditorio.

Atrae especialmente su interés la pintura de la alta sociedad—la oligarquía imperante, como dicen—cosa difícil y escasa en todas las literaturas y hecha aquí con una seguridad de toques, una exactitud en los detalles y un tranquilo buen tono como podían esperarse de quien ha nacido dentro de ese medio y se ha dedicado a estudiarlo.

La inteligente escritora Sara Hubner de Fresno (Magda Sudar-dano) juzga así esta comedia desde las columnas de la Revista "Sucesos":

La representación del "Voto Femenino" ha sido un nuevo triunfo para Roxane.

La crítica en general coloca esta obra entre las mejores comedias del teatro nacional.

El tema es sencillo. Las escenas pasan entre un pequeño grupo de gente banal y aristocrática. Hay valentía en los tipos y verdad de ambiente. Los diálogos y el movimiento escénico están llevados con una facilidad extraordinarias. Es de anotar especialmente la fluidez con que maneja Roxane la técnica escénica.

No es posible esbozar siquiera cuatro líneas sobre este acontecimiento social sin tener un voto de aprobación para sus distinguidos actores.

Marcelle Auclair es una actriz admirable; Marta Flottes encantadora, los demás muy bien. Frontaura Casanova y Fernández, correctísimos.

Don Alberto Elgueta, crítico teatral de "Las Últimas Noticias", hace este juicio:

Justo y bien merecido ha sido el feliz éxito que ha obtenido Elvira Santa Cruz Ossa. Ella ha sido la avanzada que la intelectualidad femenina chilena ha enviado al escenario.

El público que aplaudió el "Voto Femenino" ha alentado a esta autora que tiene bien ganado su prestigio literario y que con esta obra incrementa en forma valiosa nuestra producción teatral y contribuye en forma eficaz a elevar el nivel in-

telectual de nuestro país, ya que, como lo dijo un escritor, "el teatro es el mejor barómetro de la cultura de un pueblo".

No creemos oportuno referirnos a la obra misma, ni mucho menos a hacer una crítica de ella: ya que se le han hecho muchas que pueden haber dejado plenamente satisfecha a su autora.

Hemos de referirnos ahora al hecho de que además de los múltiples requisitos y detalles de técnica y de todo género que reclaman las obras teatrales, todas las cuales Roxane ha salvado felizmente, ha debido también escribir sin poder antes de ahora penetrar a los oscuros resortes que esta clase de obra necesita y que sólo pueden aprender con el estudio continuo tras los bastidores.

Nosotros, como chilenos, deseamos que tan nobles iniciativas sigan avanzando por la senda que Roxane les ha trazado y que el espíritu del "Voto Femenino", sea la cuna de verdaderos autores y actores nacionales.

Don Eugenio Labarca, habil conferencista y escritor de fama, dice así desde las columnas de "El Mercurio":

Con teatro lleno y entusiasta, sorprendiendo por la belleza y méritos del interesante espectáculo, se ha verificado en el Teatro del Club de Señoras la primera representación de la nueva comedia de Roxane, "El Voto Femenino".

La pieza, que consta de tres actos, sucede dentro de la sociedad a que pertenece la autora y ha desarrollado en ella, con conocimiento de cómo se hace teatro, situaciones llenas de verdad y de emoción. Las diferentes escenas están hechas como de la mano de un avezado autor teatral, y hay en todas ellas, tanto en las apasionadas e intensas, como en las jocosas o simplemente naturales, toda la personalidad de un autor de cuerpo entero. Roxane ha revelado en "La familia Busquillas" y en "El Voto Femenino", que pasará en primer sitio a la historia en el movimiento teatral iniciado en Chile, y serán sus piezas de esas que en parte alguna nos sonrojan, pues llevan la verdad de nuestro medio y la observación talentosa de las circunstancias que en todo el mundo, sin excepción, mueven las pasiones y descargan conflictos sobre las personas.

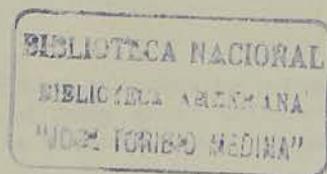
Den los críticos su opinión y cen-

suren, si quieren o se empeñan, algo en la comedia de Roxane. El cronista tiene especial agrado en poder esta vez ser sincero del todo y dar su aplauso a la gentil autora. Llegue hasta ella espontáneo y vivo, y comparta con los talentosos intérpretes de ayer, la felicitación entusiasta de toda una sociedad y de los entendidos, que han opinado en conciencia, sorprendidos de que con poca gimnasia teatral—a la segunda pieza,—haya Roxane llegado a tan notable éxito.

El nieto de don Benjamín Vicuña Mackenna, señor Eugenio Orrego Vicuña, analiza esta obra en un largo artículo del cual escogemos estos párrafos hermosos:

En la comedia de Roxane, parece flotar un hábito de dolor supremo; su obra tiene el valor de lo escrito con el alma, de lo que se ha vivido espiritualmente y es por eso infinitamente bello. Es la fusión de amor que todos llevamos en el alma, que hemos percibido acaso furtivamente en nuestro paso por la vida y que no se realizará jamás. Acaso la felicidad haya tocado alguna vez a las puertas de nuestra alma y no hemos sabido abrirla; acaso por cobardía, como en el verso de Neruda, la dejamos pasar en silencio. Su Eduardo, más valeroso y más noble, la supo a su alcance, la vio de muy cerca, le entreabrió la puerta y la dejó irse por generosidad...

Roxane ha buscado y retratado diferentes tipos sociales interesantes en grado sumo, como el de la "siótica", por ejemplo, que aparece delineada de cuerpo entero y el de la vieja sirvienta criolla, que sabe de ternuras de madre y de altísimos sentimientos de lealtad y afecto hacia los amos. Pero es el más interesante de todos, el que constituye una verdadera creación y bastaría por sí sólo para dar vida y animación a la obra, el del solterón elegante y aristocrático, frívolo y sentimental, que ha sido por primera vez llevado a la escena por Roxane con sus defectos y cualidades, todo íntegro. Es un tipo delicioso, único, sui generis casi, porque en el gremio no pequeño de los solteros posee atributos que le son exclusivos, Roxane lo ha copiado de la realidad; y con qué riqueza de colorido y acopio de observación!... etc., etc., etc...



LA MARCHA FUNEBRE

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

Por

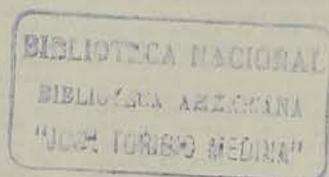
Elvira Santa Cruz y Ossa

(ROXANE)

(ES PROPIEDAD)

PERSONAJES:

Carmen Las Heras	Sra. ANTONIA PLANA
Adriana Rloja	Srta. Margarita Díaz
Florinda Aldana	Sra. Clotilde Chico
Benigna	» Manuela Valls
Miss Court	» Barroso de Samada
Adolfo Las Heras	Señor Barden
Ambrosio Aldana	» Rausell
Jorge Persen	» Latorre
Bernardo Rloja	» Alcaide
Alvaro	» Povedano
Fernado	» EMILIO DIAZ
Un criado	» Melgarejo



La Marcha Fúnebre fué estrenada en Santiago de Chile, por la Compañía Española de "Antonia Plana", el 6 de Enero de 1920, en el Teatro de la "Comedia", representada después con gran éxito en el "Victoria" de Valparaíso y en el "Olimpia" de Viña del Mar.

Juicios críticos sobre la marcha fúnebre de Roxane

En la imposibilidad de publicar los numerosos artículos y juicios, unánimemente elogiosos, con que la prensa santiaguina y porteña celebró esta nueva producción de Roxane damos, extractados, los que de ella hicieron los críticos teatrales de sus principales diarios y revistas.

Don Manuel Bianchi, crítico teatral de "La Nación", dice así:

"De verdadero acontecimiento habrá de calificarse el estreno de "La Marcha Fúnebre" llevada a la escena anoche por la Compañía Dramática española de Antonia Plana. Y al decir acontecimiento, no queremos referirnos solamente al hecho de que Roxane haya alcanzado aplausos muy entusiastas con su obra, sino principalmente al significado que tiene para la intelectualidad femenina el caso que presenta Elvira Santa Cruz, autora que ha conseguido, en dos años escasos, labrarse una situación que bien pueden envidiar autores chilenos que escriben para el teatro desde hace diez o más años.

Nosotros, que hemos seguido paso a paso su labor teatral y que conocemos y hemos analizado sus anteriores producciones, "La Familia Busquillas" y "El Voto femenino", debemos hacer la comparación, primeramente, entre la labor anterior y lo presentado anoche. Es natural que la tendencia de los autores sea a perfeccionarse y aún es lógico que esta tendencia tenga que producirse; pero asombra el verdadero salto que ha dado, pues, de obras llenas de vacilaciones, (que denotaban, sin duda, un gran temperamento), ha pasado a producir una pieza estudiada y cumplida firmemente en todas sus líneas.

Estudia Roxane en "La Marcha Fúnebre" un problema social, un problema hijo de las costumbres y tendencias de nuestra sociedad, y aprovecha, al mismo tiempo que presenta el problema central, los tipos que actúan en su comedia, para estudiar caracteres interesantes.

Principalmente en los dos primeros actos se nota el dominio que Elvira Santa Cruz ha conseguido de la literatura escénica. Esos dos primeros actos están dialogados con extraña facilidad, y el movimiento de los personajes adquiere todas las características de la técnica ampliamente obtenida. El final del segundo acto es de gran efecto, un final que consigue emocionar al público sin mayores violencias, ni mayor recargo de tonos.

El tercer acto se afecta un poco en su estructura general, sin que decaiga el interés del público, ni su emoción.

Estos personajes han sido muy diestramente estudiados por Elvira Santa Cruz y se mueven en "La Marcha Fúnebre" con vida propia.

Repetimos que la obra de Roxane ha sido un verdadero acontecimiento; el público la llamó a escena al final de cada acto, hasta cuatro y cinco veces, y al terminar la representación, premió su comedia con una verdadera ovación.

La interpretación que hizo la Compañía Plana, todo lo buena que pudiera exigirse: los mayores aplau-

sos los consiguieron Antonia Plana, Bardem, Latorre y Rausell".

El crítico oficial de "La Unión", don Carlos Cariola, autor teatral de reconocida fama, hace de "La Marcha Fúnebre" este juicio:

"Anoche se estrenó la comedia en tres actos "La Marcha Fúnebre", de Elvira Santa Cruz O. (Roxane), en el teatro La Comedia. Hemos de empezar por declarar francamente que la obra produjo en el público una espléndida impresión. Nos parece que en casos como éste, en que una mujer distinguida y de talento, requiere la pluma para hacer teatro, sin perjuicio de la crítica, lo primero que debe hacerse es estampar la impresión del público, francamente como un homenaje.

En cuanto a la obra misma, es una comedia dramática intensa, un estudio pasional, plétórico de belleza, en el cual se contempla "un caso". Es el de un esposo que acepta

teatral, es fuerte, intenso y de un desenlace llevado con cordura.

De los personajes, el tipo de Carmen está bien estudiado, se penetra en el alma de la persona, se ve estudio psicológico, no mera fraseología de salón con la cual muchas veces algunos autores creen pintar estados de alma. Colocamos en segundo término el tipo de Fersen, flemático, maquiavélico en sus planes, pero certero. Es el tipo de un hombre que se propone lograr un fin.

"La Marcha Fúnebre" tiene numerosas sátiras, aplicadas con finura de estilete y melosidad femenina—esta cualidad se nota en todas las obras de Roxane. La mayoría de ellas son exactas; hay algunas un tanto gratuitas... pero teatrales. Roxane, en tres obras, ha dado tres pasos enormes, llegando al dominio de la escena, a tener picardía, para decir las cosas con teatralidad.

Los artistas de la Compañía Plana compartieron muy mercedamente este éxito, al cual la crítica debe acoger con cariño para estímulo de los demás, para entusiasmo de nuestro apático público y para que se sepa en todas partes que aquí hay teatro y que a su cabeza se ha puesto hoy día—como estandarte—una mujer: una mujer que habla claro y con rudeza, pero que tiene talento, y lo tendrá para no caer en el uso ilimitado de su estilete de cirugía psicológica".

Don Miguel Ramírez, crítico teatral de "El Mercurio", dice así:

"La Marcha Fúnebre", que nos dio a conocer en forma admirable la Compañía Antonia Plana, es una obra que coloca a su autora entre los primeros cultivadores del género dramático nacional, ya que triunfó plenamente ante un público numeroso y distinguido, que aplaudió todos los finales de acto y muchas de las escenas, llamando a Roxane al palco escénico repetidas veces.

El resumen del argumento es de un fondo muy bello. Es la mujer que, a pesar de todos los vicios del marido, lo quiere siempre y lo llama entre sus penas y lágrimas "mi niño grande", sublimizando así el amor de la esposa con el cariño de la madre.

Los dos primeros actos de "La Marcha Fúnebre" son técnicamente admirables. El tercero decae un poco, sin que esto afecte a la belleza toda de la obra, que es acreedora al más franco aplauso.

Un comentario especial merece la valentía de Roxane para criticar muchos de nuestros prejuicios sociales con honrada sinceridad".

De un largo artículo del crítico teatral de "El Diario Ilustrado" y presidente de la "Sociedad de Autores Teatrales" de Chile, señor Nathanael Yáñez Silva, extractamos los siguientes párrafos:

"Al escribir de "La Marcha Fúnebre", comedia dramática en tres actos, estrenada anoche, cuya autora es la distinguida escritora Elvira



La autora y los intérpretes de "La Marcha Fúnebre".

ayuda pecuniaria de quien pretende a su mujer. Presentado con dureza, puede aparecer a primera vista una aberración el tal marido; pero si pensamos en que no es otra cosa lo que hacen con inconsciencia y descuido algunos, esa aberración deja de serlo para convertirse en un hecho triste, pero verosímil.

El desenlace doloroso, con la abnegación sin límite de la esposa que adora a su marido y que por él llega a soportarlo todo, llega al alma, produce una impresión tal que se justifica el título de "Marcha Fúnebre", con aquella partida que es el fin de la desmembración de un hogar. Quizás la autora recargó la mano al no pensar en que una madre que deja a su hijo, lo menos que hace es tener un recuerdo para él. Se nota este vacío, aunque él en nada hace desmerecer el efecto del final de la obra, que es grande.

Considerados los tres actos por separado, nos gusta más el segundo por su firme composición, por la destreza en el manejo de los personajes y por la culminación a que alcanza en él el drama pasional. El primero es un acto de composición, bien hecho, aunque algo mecánico en el juego de los personajes. El tercero es

(Pasa a las págs. finales).



ACTO I.—ESCENA XII.—Carmen, Adriana, Bernardo, Adolfo, Fersen.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Carmen, luego Benigna

CARMEN (a alguna persona que golpea a la puerta).—¡Entre!

BENIGNA (entrando con una bandejita de plata cubierta por una servilleta de encajes).—Carmencita...

CARMEN (dándose vuelta en la silla alarga el brazo en actitud cariñosa).—Benigna ¿eres tú? Entra viejita mía... estoy sola...

BENIGNA (contemplándolo).—Dios me la guarde... y que linda se ha puesto mi niña...

CARMEN (sonriente).—De veras, mamy, me encuentras linda?... Entonces me ha probado bien el matrimonio?... (se pone de pie y abraza a Benigna). ¡Ay mamy, si supieras lo dichosa que soy!... Adolfo es un amor, un tesoro, un angel... y yo no cambiaría mi suerte por la de ningún otro ser...

BENIGNA.—¡Qué contento se va a poner el patrón cuando sepa que Ud. es tan dichosa. Su papá no piensa sino en su Carmencita y estos dos meses de ausencia lo han puesto triste al caballero!

CARMEN.—¡Pobre papacito!... es cierto que yo lo he olvidado un poco pero el se hará cargo... Si hay alguna circunstancia en la que se permite el egoísmo es en los días de la luna de miel, ¿no es cierto, mamy? Dime tú si pensabas en algo extraño a tu felicidad cuando te casaste con el finado Teseo?

BENIGNA (sonrie beatíficamente).—Es cierto, lo comprendo...

CARMEN.—(alzando la servilleta que cubre la bandeja).—¡Qué traes ahí tan escondido, mamy?

BENIGNA.—Como sé que le gustan tanto los dulces, le he traído estos besitos... (malicioso). Aunque tal vez ya estará la niña hostigada de ellos

CARMEN (comiendo un merengue).—No, mamy, ni de los de dulce, ni de los de Adolfo (va hacia la puerta a la izquierda). Adolfo, ven a ver lo que nos trae mamy... (se vuelve). ¡Qué distraída soy... si creí que estaba allí!... Ya ves, Benigna, lo que es el amor... no puedo olvidar un instante a mi marido (alza los brazos en un gesto de entusiasmo). Ay, mamy, cuán feliz soy... y que hermosa es mi vida junto a Adolfo... (silencio). Háblame de papá, Benigna... Me decía que estaba preocupado? ¿Por qué?

BENIGNA.—El se lo dirá, Carmencita... pero el caso es que Ambrosito le está dando d'sgustos... Anoche se recogió a las doce y esto no lo tolera el patrón...

CARMEN.—Y con justa razón... si el muchacho apenas tiene 16 años... Ya pondremos orden en todo eso con Adolfo.

ESCENA II

Los mismos, don Ambrosio

AMBROSIO (entrando).—¡Buenos días, hijita!

BIBLIOTECA
BIBLIOTECA
"JOSÉ"

(a Benigna). ¿La Benigna aquí? Tendremos que colocar un ascensor para que puedas subir a cada instante al palomar de estos pichones... vieja chocha...

BENIGNA.—Todavía me acompañan las piernas patrón, para servirle hasta a sus nietecitos... (sale riendo).

ESCENA III

Carmen, Ambrosio

AMBROSIO.—¿Qué tal tu primera noche en casa?

CARMEN.—Divina, papacito. Qué lindo nido nos has preparado... No sé como agradecerte tus bondades, mi viejito querido.

AMBROSIO.—Siendo feliz... para mí esa es la mejor recompensa...

CARMEN.—Entonces ya la tienes. Soy completamente, estupendamente dichosa, y es tanta mi dicha que compartida ésta con el resto del mundo no habría desgraciados...

AMBROSIO.—Tontuela enamorada... siempre la misma exagerada personita, la misma entusiasta y caprichosa muñeca que maneja a su severo padre con el dedo meñique (le coge y acaricia una mano). A ver, déjame colocar en uno de estos tiranillos una nueva argollita dorada. Esto te trae tu viejito... (le coloca el anillo).

CARMEN.—¡El precioso rubí de mamá! Ya no te quedan más tesoros... todos se los has dado a tu hija... Y ¡qué lindo es este último recuerdo de mi madre!...

AMBROSIO.—Nunca mejor que en la mano de su hija! Anoche he pensado en desprenderme de él para que te sirva de talismán en la v. da. Este anillo sacado de la mano de tu madre muerta te preservará del mal, te conservará honrada y buena... (le coge la cabeza y besa su frente).

CARMEN.—Papacito, qué solemne te pones... No hay cuidado de que me vuelva una Manon... Si para mí los otros hombres no cuentan... sólo Adolfo... Adolfo y tú...

AMBROSIO.—Tú... por añadidura... Ingratona... Vamos, he de ser generoso y conformarme con ese segundo lugar. En fin, hijita el verte contenta me alegra y disipa mis remordimientos.

CARMEN.—Remordimientos... ¿por qué causa, papá?

AMBROSIO.—Por haber cedido a tu capricho admitiendo tu matrimonio con Adolfo. Dios mío, si alguna vez tuviera yo que arrepentirme de haber sido débil...

CARMEN.—Papá, ¿por qué abrigar esas ideas tan tristes? ¿Quién ha vuelto de nuevo a perturbar tu espíritu, a predisponerte contra Adolfo? Eso es vil, es injusto, te lo aseguro, papacito. Si vieras tú lo tierno, lo delicado que es con tu hija ese yerno mal querido...

AMBROSIO.—Lo creo, hija mía y lo espero con toda la vehemencia de mi alma... Algunas veces me reprocho a mi mismo esta desconfianza que atribuyo a los celos, a los tremendos celos de un padre que vio crecer, sonreír, convertirse en la más hermosa joven a su nena idolatrada... ¿Para qué? ¿Con qué fin? Para

entregársela, para dar su tesoro a un cualquiera, a un aventurero que sabe Dios si la hará sufrir. Carmencita, sé feliz, te lo suplico... Si fueras desgraciada esos remordimientos por mi debilidad paternal me matarían...

CARMEN.—Ya lo sabes, papá, soy feliz y esa felicidad te la debo a ti... Ese pensamiento disparó tus nostalgias, viejecito mío... Pero yo te conozco demasiado bien para no adivinar que tras ese ceño arrugado hay algo más que te preocupa. Dime, ¿es Ambrosito o Germán?

AMBROSIO.—Si hijita, Ambrosito me preocupa, pero no al extremo de desvelar mi sueño... Estoy estudiando la manera de irme con ellos a Estados Unidos a fin de que concluyan sus estudios en una buena Universidad yankee; quiero que sean niños siquiera hasta los 18 años. Si aquí se quedan, los amigos, el ambiente, su propia situación de hijos del millonario Aldana les pervertirá precozmente.

CARMEN.—Tu exageras, papá, hay aquí tantos jóvenes de mérito.

AMBROSIO.—Lo sé, pero estos niños son demasiado regalones y voluntariosos y yo no me siento con energías ni valor suficiente para romperle un bastón en la cabeza a Ambrosito cada vez que se recoge a la madrugada, juega en las carreras o especula en la Bolsa. Mañana Germán y Luchito seguirán su ejemplo. Por eso quiero llevármelos, salvarlos de este ambiente corruptor de menores... Si tú no hubieras sido dichosa tal vez no me hubiera atrevido a dejarte. Pero ahora... En fin, hijita mía, estos son proyectos, nada más que proyectos sugeridos por una noche de insomnios (silencio). Además hay otra cosa que me tiene preocupado... aunque no debiera estarlo. Ni quiero enturbiar tu dicha por una bagatela... Pero al mismo tiempo es mejor que desvanezca del todo esta preocupación que despierta de nuevo mis dudas (le pasa un papel). La cuenta del gran hotel de Viña del Mar. Examinala tú...

CARMEN.—¿Qué es esto, papacito?, me asustas con tu gravedad. Cinco mil pesos. La cuenta de nuestro viaje de novios... (leyendo). Pensión, autos, propinas... Cinco mil pesos. Pero esa cuenta pertenece a Adolfo, papá...

AMBROSIO.—Lo sé, pero viene dirigida a mí...

CARMEN (alegre).—Es una simple equivocación del cartero... Como tú vives en los bajos y nosotros en los altos de la misma casa han equivocado el número...

AMBROSIO.—Eso mismo pensé yo, pero la cuenta viene también dirigida a don Ambrosio Aldana y no a Adolfo Las Heras...

CARMEN.—Déjamela aquí, papacito y no te preocupes más del asunto... Yo lo arreglaré enseguida con Adolfo... (riendo). Que todo un viejo senador, uno de los hombres más notables de Chile tenga esas pueriles preocupaciones... ¡Oh, malito, malito, ¿sabes que te estoy encontrando muy suegro?

AMBROSIO.—Qué quieres, hijita mía. Hace tan poco tiempo que me decidí a aceptar por yerno a tu marido.

CARMEN.—Lo comprendo. Apesar de tu generosidad no puedes borrar de tu mente cuanto te han dicho en contra de mi pobre Adolfo. Además ahí tienes a tu lado a la tía Florinda para que

todo el santo día esté echándole leñita al fuego... Conozco sus ardidés... y me consta que fué ella la que más se opuso a nuestro matrimonio... En fin esto se acabó, papacito, y ahora vamos a ser todos felices, divinamente felices... En vez de llantos habrá risas...

AMBROSIO.—¿O llantos de niños?...

CARMEN.—Habrá todo lo que te regocije y rejuvenezca, mi amor, hasta llantos de niños, si no te molestan... (mira el anillo y sonríe picarescamente). Y cuando yo a mi vez tenga que hacer mi severo papel de mamá diré con tono solemne a mi hija recién casada. "Toma este anillo, hija mía, tu madre lo llevó siempre... como ella conservate honrada y pura". ¿Qué tal? Y después me convertiré en joven abuela y tú en bisabuelo viejecito... y estaremos todos chochos... ¡Qué divertido!... qué hermoso sueño!... y qué buena cosa es la vida... Mira, papacito, ahora más que nunca te doy las gracias por haberme dado el ser... Tú eres el padre de la mujer más afortunada del mundo...

ESCENA IV

Los mismos, Adriana

ADRIANA.—¿Se puede?

CARMEN.—Adriana... Qué buena idea; estaba deseosa de verte llegar...

AMBROSIO.—Hola, Adrianita... ¿Cómo estás, hijita? ¿El doctor bien?

ADRIANA.—Bien, gracias.

AMBROSIO.—Esta muchacha está del todo chiflada... yo creo que si la dejáramos saltaría por encima de nuestras cabezas... Carmencita, te dejo... ha llegado la hora de las confidencias...

CARMEN.—No te vayas, papacito. ¿Por qué no almuerzas con nosotros?

AMBROSIO.—Otro día, hijita. Estoy un poco reumático hoy... el día frío tal vez... (suspira).

CARMEN.—Pobre viejito, y ¿quién te cuida ahora? ¿La Benigna? Mucha falta te hacen mis regalías?

AMBROSIO.—Ahora me lo preguntas, ingrato-naza, después que me abandonaste... Vamos, a cada cual le llega su turno en la vida... Hasta la vista, Adrianita. Que seas discreta, ¡eh! Carmencita. Tu prima es una palomita muy blanca y muy mística.

CARMEN.—(riendo).—Descuida, papá; la palomita no se contaminará en este ambiente nupcial...

ESCENA V

Carmen, Adriana

CARMEN (volviendo cerca de Adriana).—¿Qué gusto de verte!... Me cuentan que estás menos mogigata ¿es cierto?

ADRIANA.—Tal vez... y tú cada día más linda, Carmencita. Te ha sentado el matrimonio...

CARMEN.—Te ofrezco la receta (rien). De veras no hay tónico más poderoso que la felicidad. ¡Ah, si tú supieras!... todos esos ideales místi-

cos se desvanecerían de tu mente. Los poetas nunca dan una idea verdadera de lo que es el amor, no saben describirlo... se lanzan en discursos pesados en vez de explicarlo todo en una palabra: el cielo en la tierra, la única razón de ser, algo que nos diviniza... ¿Cómo pueden pensar algunas infelices que el arte, la música, la gloria llegue a satisfacerles?... Les compadezco...

ADRIANA.—¿Qué entusiasmo! Ni que hubieras bebido el filtro encantado de Tristán e Isolda.

CARMEN.—Así es. He pasado unos días en éxtasis continuo... y pensar que la gente malévola envenenó mi noviazgo con anónimos y mentiras.

ADRIANA.—Ahora me vas a convencer de que Adolfo era un santo?

CARMEN.—De ningún modo. Pero cansado ya de pasear no volverá a buscar esas diversiones que ahora le repugnan.

ADRIANA.—Con una mujercita deliciosa y amante como tú, se pasaría de lesa.

CARMEN.—¿De veras, me encuentras deliciosa? No creas que me he puesto presumida, pero para agradar y hacer feliz a Adolfo quisiera tener todas las gracias, todos los encantos, todos los atractivos y coqueterías femeninas juntas.

ADRIANA.—Estás insoportable... Me voy...

Volveré dentro de algunos meses cuando pueda conversar contigo de algo que no sea tu felicidad tu amor, tu Adolfo...

CARMEN.—Perdona, Adriana, no te vayas. El amor es siempre egoísta. Cuéntame algo de tu vida, de Bernardo...

ADRIANA.—¿Crees que te interesaría? Nosotros somos gente triste, Carmencita... Bernardo y yo sólo pensamos ahora en la fundación de ese Sanatorio para enfermedades mentales de que te habló él hace tiempo. Bernardo quiere dedicar su vida a la humanidad desgraciada ya que su corazón no pudo alcanzar lo que ambicionaba. Mi hermano no es de los que ahogan en el vicio sus desilusiones, prefiere consolarse haciendo algo grande, algo provechoso. ¡Pobre Bernardo, es tan noble, tan bueno!...

CARMEN.—Sí, Adriana, muy noble, muy bueno. Pero no me mires con esos ojos llenos de reproche, como culpándome de su desgracia... Te aseguro que si Adolfo no hubiera existido yo me habría enamorado de Bernardo. Pero vino Adolfo y estaba escrito... (rie).

ADRIANA.—Sí, sí... El corazón no se marda... Ahora comienzo yo a comprenderlo también...

CARMEN.—¿Tú? a comprender el amor?... Cuenta mogigatita; ¿qué te habré comunicado yo el Espíritu Santo? ¡Qué alegría, cuenta, cuenta! Ya ves que no soy egoísta... estoy atrozmente interesada... ¿Quién es él? Ha de ser algo muy particular para que haga subir el carmín a tus mejillas liliales... Bien, bien, estás enamorada y ¿de quién? ¿Cómo se llama?

ADRIANA.—No sé su nombre. Lo he encontrado varias veces en la calle, en la plaza... mis amigas tampoco lo conocen. En el Municipal

ocupa un sillón frente a nuestro palco y ni yo ni él escuchamos la ópera...

CARMEN.—Estás fascinada...

ADRIANA.—Tiene unos ojos negros ideales, es alto, delgado, moreno y cuando sonríe luce unos dientes albisimos; se peina con el pelo echado atrás y un poco largo... tiene figura de poeta, de soñador...

CARMEN.—Estás enamorada... te has contagiado, no tienes remedio... Cuando una mujer cree que un hombre es poeta está perdida. Yo al principio también le hallé facha de poeta a Adolfo. Pero qué raro me parece que no sepas cómo se llama. Démosle las señas a Adolfo... él conoce a todo el mundo...

ADRIANA.—No, por favor... no le cuentes nada; prométemelo.

CARMEN (embromando).—No puedo, tengo que contarle todo a mi marido... Entre casados no puede haber secretos... Ya lo sabes para cuando te cases con tu poeta... Ningún misterio, ni lios, ni escondrijos... (rie).

ADRIANA.—Adolfo es tan indiscreto... lo va a divulgar por todas partes y si la tía Florinda

ESCENA VI

Las mismas, Florinda

FLORINDA (entrando).—Lo decía yo... tenían que estar hablando de mí... y mal como siempre? Carmencita, entré como una bomba y me colé hasta aquí porque sé que Adolfo anda fuera... De otra manera no me atrevería a cruzar estos umbrales... Una pareja de novios es asunto delicado.

CARMEN.—Tía Florinda, siempre Ud. tan melindrosita...

FLORINDA.—Mejor así que no tan desenvuelta. ¡Jesús! qué escote el de esa bata, Carmencita, eres una muchacha sin pudor...

CARMEN.—Y "así se la llevó el casero", como dice la Benigna.

FLORINDA.—Eso quiere decir que tú piensas que yo no me he casado porque no tuve con quién? Te equivocas medio a medio... Novios me han sobrado... Pero es que en mis tiempos las niñas se regodeaban un poco y no se arrojaban como hoy día en brazos del primer pelagato que las cortejaba... Y antes de caer en las garras de una ave de rapiña...

ADRIANA.—Tía Florinda, no se enfade Ud.

CARMEN.—Yo creía que venía Ud. a darme la bienvenida, tía Florinda, y en vez de eso me acerbilla con alusiones más o menos directas. Debería ser Ud. más generosa... bastante se opuso ya a mi matrimonio; pero ahora que éste es ya un hecho consumado, debe cesar su hostilidad...

FLORINDA.—Si yo no te digo nada ofensivo, Carmen. Hablo en general de las niñas modernas.

CARMEN.—Déjeme darle un consejo, tía; si como Ud. dice le quedan aún pretendientes, cásese, cásese en el acto. No puede Ud. imaginarse nada más delicioso... (se aproxima). Escúcheme Ud... los días se deslizan en medio de un arrobamiento, de un éxtasis continuado, como el de una Santa Teresa ante su Dios... Imagínese Ud. un delirio amoroso

que dura las doce horas del día... y las noches!!...

FLORINDA (asustada).—¿Qué? No, no quiero saberlo...

CARMEN.—Las noches sin miedo a los ladrones, ni a las ánimas...

ADRIANA.—Carmencita ¡qué loca eres!... (rie).

FLORINDA.—Me repugna tu aborozo, Carmen. Las niñas de hoy día, ¡santo Dios!... Adriana, tú no deberías continuar en esta intimidad con tu prima... no es conveniente que las muchachas solteras sean amigas de las recién casadas y menos de esta que no tiene recato... ¡Uf! si no fuera porque el tarambana de Adolfo bien se lo merece, yo me atrevería a pronosticarle un nefasto porvenir...

CARMEN.—¿Me pronostica Ud. infidelidad?... ¡Qué divertido!... Antes aseguraba Ud. que Adolfo me engañaría y ahora presume que yo haré la desgracia de Adolfo... No espere ni una ni otra cosa, tía Florinda. Aunque Ud. lo desee o lo pronostique, nuestra vida será un continuado himno de amor, una marcha triunfal a través de la vida...

FLORINDA.—Así piensan todas las novias... A juzgar por sus primeras emociones hasta yo me habría aventurado... Pero si no sabré yo que tras los arrullos y las palabras amorosas, tras los mimos y regalos de la boda llega la realidad atroz y con ella las lágrimas eternas!... Si no sabré yo que esa marcha nupcial que marca el paso de la radiante pareja de novios, al penetrar en los umbrales de la vida se convierte en "Marcha fúnebre?... " y que el cortejo de la boda muy pronto se transforma en un convoy maldito que conduce a la infidelidad, a la deshonra y a la ruina? (bombástica).

CARMEN (triste).—Tía Florinda... no prosiga en sus vaticinios de vieja hechicera. Ha conseguido Ud. enturbiar mi dicha... ¡tengo miedo!... (se pone de pie). ¡Dios mío, Dios mío!... si la desgracia se cerniera sobre mí... ¡Adolfo!... (se dirige hacia las ventanas).

ADRIANA.—Vea Ud. su obra, tía Florinda... Hace un instante todo era alegría en este saloncito tan risueño y lleno de luz como el espíritu de Carmencita...

FLORINDA.—¿Y qué he dicho yo?... Acaso no ve ella a su alrededor la deshonra y la ruina? Nadie se escapa del sufrimiento, hijita, y si éste llega ¡tanto mejor! pues tendrán algo que ofrecerle a Dios... Nuestro Señor quiere recordarnos que éste no es sino un destierro, un valle de lágrimas. Si Jesús murió por salvarnos, justo es...

CARMEN (que se ha retirado hacia el fondo y mira por una ventana hacia la calle).—Ahórrrense el sermón, tía Florinda... De sus labios, que sólo vierten hiel y veneno, no deben salir palabras de vida... Cristo es caridad y Ud. envidia, rencor, ira, maldad... Ud. no puede ver un rayo de sol sin obscurecerlo, Ud. odia lo bello... si Ud. predispuso el ánimo de mi padre contra Adolfo fué por envidia, porque en un momento de locura creyó que Adolfo la cortejaba a Ud... ¡Sí! ¡sí!... y luego se vengó de esa manera... su despecho fué cruel...

pero ya no puede Ud. quitarme a mi marido.
¡Ah no... nó!
FLORINDA.—¿Carmen, estás loca?
ADRIANA.—No la tome en cuenta, tía Florinda:.. Carmen está nerviosa...

ESCENA VII

Los mismos, Adolfo

ADOLFO.—Buenos días... Qué agradable sorpresa, Adrianita... A sus pies, señorita Florinda... (a Carmencita que ha salido a encontrarle y se cuega de su brazo). ¡Qué tal, Carmencita... has pasado la mañana en muy buena compañía...

CARMEN (mimosa).—Sí, pero se me ha hecho muy larga...

ADOLFO.—Regalona...

ADRIANA (disponiéndose a partir).—Carmencita, va es tarde, me voy...

ADOLFO.—No se vaya, Adriana, Ud. almuerza con nosotros (a Florinda) y Ud. también, tiita (irónico).

FLORINDA.—No puedo, Adolfo... tengo mi día muy comprometido: antes de las doce tengo que ir al Jubileo circulante, luego a una reunión en casa del Ilmo. señor Obispo y a los Salesianos... Mi vida es muy atareada... Otro día aceptaré su invitación, Adolfo...

ADOLFO.—Bien, tiita... (con sorna).

FLORINDA (coqueta).—Tiita, por broma, y entre nosotros solamente... Pero no vaya Ud. a darme ese título delante de la gente, mire que con la cincuenta de sobrinos que tengo a poco más me llaman "la tía..." como a la Deralisa...

ADOLFO.—Qué quiere Ud., señorita Florinda... a quien Dios no le dió hijos el diablo le dió sobrinos...

FLORINDA.—Porque yo no he querido, se lo aseguro a Uds. Porque soy muy exigente... Ahora mismo si quisiera casarme...

ADOLFO.—Así lo creo, tiita, nunca falta un peor es nada...

FLORINDA.—¡Descomedido!... Bien dicen que es el diablo el que manda los sobrinos... Lo que es a éste de seguro que no me lo ha mandado Dios. Adios, Adriana, adios paloma enamorada y que Nuestro Señor te libre de las garras de este gavilán...

CARMEN.—Gracias, tía Florinda... pero es el caso que yo busco las garras de mi gavilán en vez de huir de ellas (se acerca a Adolfo y lo besa).

FLORINDA (escandalizada).—Adriana, vente conmigo... Este espectáculo no es para niñas solteras... ven, vamonos.

ADRIANA.—Pero, tía Florinda, si en el biógrafo se ven escenas peores...

ADOLFO.—Y en las bodas de Caná que Cristo bendijo...

FLORINDA.—Ya se ve, ya se ve... la sociedad moderna está tan corrompida... Así se lo diré a Monseñor a fin de que lo tenga muy en cuenta en su próxima conferencia... (saluda). Me repito... (sale).

ESCENA VIII

Los mismos menos Florinda

ADOLFO.—Ud. se queda con nosotros, Adriana.
ADRIANA.—En "tete-a-tete" con una pareja de novios... No se lo imaginen. Sólo que se pusieran bozal...

(Carmen y Adolfo rien).

ADOLFO.—No se inquiete, Adrianita. No estaremos solos. En el Club encontré a su hermano Bernardo y lo invité a almorzar. Ya ves Carmenza, que no soy celoso... Viene también Jorge Fersen... Ese extranjero del que te hablé anoche, hijita, el contratista de las minas de carbón...

ADRIANA.—¿El famoso millonario exótico?

ADOLFO.—Sí, es un hombre elegante, buena figura, distinguido.

ADRIANA.—Dicen que es un Adonis... Bien, me quedo con Uds. ya que tengo a mi hermano Bernardo para salvaguardar esa respetabilidad exigida por la tía Florinda... (Adolfo y Carmen cuchichean). ¡Qué curioso!... ni siquiera me escuchan... (golpea). ¡Eh, pichones!... puedo pasar a quitarme el sombrero?

CARMEN (obsequiosa).—Sí... sí, por acá, pasa a mi dormitorio, allá encontrarás cuanto necesites... (Adriana sale por la derecha).

ESCENA IX

Carmen, Adolfo

CARMEN (volviendo).—Qué mañana tan eterna, mi lindo... Se me ha hecho un siglo...

ADOLFO (besándola).—¿Muy larga, mi amor? Te habías acostumbrado a tenerme a tu lado todo el día... pero ya no podemos continuar ese idilio... es preciso trabajar...

CARMEN (distrada).—Tú has bebido algún licor, Adolfo...

ADOLFO.—Un aperitivo que me ofrecieron los amigos en el Club...

CARMEN.—En Viña no bebías y me habías prometido...

ADOLFO.—En Viña bebía tus sonrisas y aquí todavía no he visto una sola desde que regresé del centro. ¿Qué te sucede? ¿Quién ha enturbiado tu alegría?

CARMEN (mohina).—Tu ausencia...

ADOLFO.—Vamos monina, sé razonable... ya pasó la luna de miel... hace dos meses que vivo a tus pies... Ahora ya somos viejos esposos...

CARMEN.—¿Entonces el amor no dura la vida entera, como me asegurabas tú? Y ¿qué dejamos para después?

ADOLFO (riendo).—"Lorsque tu seras vielle et que je serais vieux, lorsque tes cheveux blancs seront des cheveux blancs".

CARMEN.—Ven junto al espejo...

(Se miran).

ADOLFO (coge la mano de Carmen).—¡Qué parejita formamos! ¿eh? (observa el anillo en la mano de Carmen). Y ese rubí ¿quién te lo dió? Oh, señora mía, Ud. tiene amantes que le re-

- galan joyas... Sí, sí, confíesalo o te mato... (riendo).
- CARMEN.—Lo confieso; me lo ha regalado un amante, el más constante de todos: Papá!
- ADOLFO.—¡Qué maravilla de rubí, Carmencita!... este anillo es valiosísimo...
- CARMEN.—Era de mamá...
- ADOLFO.—La regalona, la niña mimada todo se lo merece (la besa). Ahora hablemos en serio... yo quería decirte...
- CARMEN.—Hablemos en serio, yo quería preguntarte...
- ADOLFO.—A ver di, monina...
- CARMEN.—No, tú primero...
- ADOLFO.—Tú primero...
- CARMEN.—Transemos... un beso primero... (se besan y rien).
- ADOLFO.—Carmencita, yo deseo que te muestres insinuante con Fersen... Es preciso darle una buena impresión... A mi me conviene mucho tenerle grato... El pretende que el Gobierno le conceda en arriendo esas minas de carbón de piedra y cree que tu papá que es un senador influyente y jefe de un partido importante podría conseguir ese arrendamiento o al menos hacerle buena atmósfera al proyecto... ¿Vas a portarte muy amable, mi hijita, quieres?
- CARMEN.—¿Y coqueta también?
- ADOLFO.—Un poquito no vendría mal...
- CARMEN.—¿Y no te pondrás celoso? El mundo dice que este extranjero es un Adonis... que tiene un "charme" irresistible...
- ADOLFO.—Al contrario, querida, no me importa. Sé coqueta, es un medio para conseguir el fin y el fin justifica los medios... (riendo).
- CARMEN.—Sé que estás embromando, Adolfo; pero ni así me agrada lo que estás diciendo... (silencio). Tendré que cambiarme traje para el almuerzo... este está muy escotado... muy para la intimidad...
- ADOLFO.—No, Carmencita, así estás deliciosa, encantadora...
- CARMEN.—Pero como para tí solo...
- ADOLFO.—Tenemos que recibir a Fersen como de la casa, no tengas etiquetas... Démosle confianza... El otro invitado es el doctor Rioja, amigo íntimo de tu casa y pariente cercano.
- CARMEN.—Ya vas a empezar a recibir gente... Se acabó nuestra intimidad! (fastidiada).
- ADOLFO.—Pero, niñita regalona, ¿pensabas tú que íbamos a pasar la vida contemplándonos? ¿Y el trabajo? ¿y el dinero cómo se gana? No querrás que se diga que Carmencita se ha casado con un ocioso...
- CARMEN.—Sí... sí... comprendo lo absorbente que soy, pero es porque te quiero tanto!...
- ADOLFO.—Sí, sí.
- CARMEN (suspira).—¡Ah!...
- ADOLFO.—¿Qué te pasa?, tú me ocultas algo, Carmencita. D'lo pronto... entre nosotros no debe haber secretos...
- CARMEN.—Estoy preocupada. Papá estuvo aquí esta mañana... Se siente triste, quiere irse con los niños a los Estados Unidos... dice que acá la juventud es muy corrompida...
- ADOLFO.—¡Qué disparate!... Hazlo desistir de esa idea... La vida es enormemente cara allí, van a gastar un platal... Pero supongo que por un proyecto de los mil que a diario inventa tu padre no has de inquietarte...
- CARMEN (le pasa la cuenta).—También traje papá esta cuenta que equivocadamente le envió el administrador del Gran Hotel de Viña del Mar. Es la cuenta de nuestro viaje de bodas... Tienes que cancelarla, Adolfo...
- ADOLFO.—¡5,000 pesos! Pero ese hombre está loco... Yo no cancelo esta cuenta... Es un abuso, un colmo... yo no la pago (muy indignado).
- CARMEN.—Viene todo especificado... pensión, automóviles, champagne, extras... Acuérdate que allí vivimos cerca de dos meses como millonarios...
- ADOLFO.—Y ¿quién dice lo contrario? Pero como yo no soy millonario... no puedo pagar como tal... aunque viva así.
- CARMEN.—Y entonces ¿quién ha de pagar?
- ADOLFO.—Tu padre, ya que la casualidad ha hecho que la cuenta caiga en sus manos... Tú consigues de él todo lo que deseas. Vé a decirle que te haga ese regalito. Al fin tú y yo somos sus hijos: una sola persona tú y yo. Ese gasto se hizo por darte el rango que te correspondías; lo que es por mí, estando con la mujer querida hasta una mala fonda me basta... Pero como tú no eres una querida...
- CARMEN.—Adolfo ¿qué estás diciendo?... te desconozco... desengáñame, dime que estás embromando... ¡Dios mío! (sorpresa).
- ADOLFO.—Carmencita, ahórrame las escenas melodramáticas, por favor. No tengo nervios para soportarlas... Puntualicemos... Yo no quiero pagar esta cuenta ni veo muy clara mi obligación de cancelarla. Además por el momento no tengo fondos que distraer de mis negocios porque a mi vuelta he encontrado la baja de todos mis papeles en la Bolsa. Yo no te habría molestado nunca con estos asuntos fastidiosos si no hubiera sido por tu insistencia...
- CARMEN (asombrada).—¡Mi insistencia!... Porque te digo que pagues tus propias cuentas? Si no tenías dinero para hacer esos gastos ¿por qué no me lo dijiste? Nos podíamos haber ido a la hacienda o a casa de mi abuelita en Zapallar...
- ADOLFO.—Porque tenía la esperanza, la seguridad casi de que iba a hacerme rico con una especulación que fracasó. El alza del cambio me arruinó... Ahora si tú me ayudas y si tu padre se muestra asequible saldremos de compromisos...
- CARMEN.—¡Tus compromisos! (irónica). De modo que sin más ni más, rehusas pagar una cuenta y te quedas tan tranquilo! Los compromisos matrimoniales tampoco te obligarán con el tiempo, eh?...
- ADOLFO.—No amarguemos nuestra dicha, querida, con asuntos tan prosaicos (se acerca a Carmen, pero ella lo rechaza). Cree que si fui imprudente, loco, iluso, fué por tí, mi amor, porque yo quería que mi mujer fuera la más rica, la más alhajada, la más elegante; y para que tú pudieras disfrutar de ese lujo yo especulaba y jugaba en la Bolsa. Quería aplastar a los que hablaban mal de mí, con mis éxitos financieros... Alvaro y Fernando me impulsa-

ban y yo los veía tan afortunados; me lancé a especular y todo lo he comprometido en ese tremendo juego... Pero esta situación es momentánea, luego me resarciré con los negocios que me propone Fersen... Ya verás tú, Carmencita...

CARMEN.—Estoy anonadada... Me parece que algo se desmorona. ¡Oh Adolfo, Adolfo! me has engañado...

ADOLFO.—¡Eso nunca!... pero te adoraba tanto, tanto, Carmencita, que no me resistía a esperar más... Y ese golpe de la fortuna era seguro... ¡Oh! cuánto te quiero, por tí llegaría hasta el crimen...

CARMEN (separándose).—Llega hasta pagar esta cuenta por ahora...

ADOLFO.—Y ¿de dónde quieres que obtenga dinero?... ¿Quieres que robe?

CARMEN.—Chit... ahí viene Adriana...

ESCENA X

Los mismos, Adriana

ADRIANA.—¿Qué tal? (se refiere a su toilette).

CARMEN.—Admirable... Estás deliciosa... Te dejo un momento con Adolfo mientras doy una vueltecita por la casa...

ADRIANA (silencio).—Y bien, Adolfo... Se le ha entrado a Ud. la voz... O ¿es que se ha quedado arrobado contemplando a Carmencita?

ADOLFO (distráido).—No lo crea, Adriana. ¡Qué idealistas son las mujeres!... Cada una se forja una novela de su propia existencia y todo lo que no está dentro de esos capítulos románticos y llenos de ilusiones las atormenta... La verdadera vida no está en los libros ni en la fantasía, está en la realidad y desgraciadamente la realidad es fea, desnuda, arbitraria...

ADRIANA.—Y ¿qué mal hay en ser idealista, Adolfo? Mientras la ruda experiencia no nos dé su cruel zarpazo ¿por qué no cubrir con el velo de la ilusión nuestros ensueños?

ADOLFO.—Pero ¿cuál es el motivo de esa educación ficticia? ¿por qué les ocultan a Uds. la realidad? Ese ideal que todas Uds. se forjan en su imaginación no es verdadero... Es falso!... Según Uds. el hombre debería ser un dechado de virtudes, un ser perfecto! Pues yo le digo que esos seres perfectos no existen o si existen no serán por cierto ellos los que proporcionen a Uds. esos momentos de dicha inefable que las hacen amar y bendecir la vida...

ADRIANA.—Tal vez tenga Ud. razón, Adolfo... Pero ¿no dicen que el amor es ciego? Pues bien, desde el momento en que una mujer quiere a un hombre, ella lo reviste de todas esas cualidades con que revestía a su ideal... Siempre son Uds. los que van ganando con nuestro idealismo. Carmencita le coloca a Ud. en un pedestal altísimo; cree y confía en Ud. como no confiaría en ningún otro ser humano... Le ve noble, grande, valeroso, y acaso no pensar lo identifica a ese ideal que acariciaba su imaginación de niña inocente... Esto es hermoso, Adolfo... casi podría decir sublime... ¿no es verdad?

ADOLFO.—Pero si en la vida diaria este ser imperfecto, este hombre de carne y hueso no corresponde a esa ilusión, Adriana; si la mujer amada pierde la fe, la catástrofe debe ser atroz... (desalentado).

ADRIANA.—Le costará mucho para perderla y si llega el infortunio, siempre sabrá mostrarse generosa y hasta heroica; la abnegación es el "repuesto" que Dios da a la mujer cuando ésta pierde la felicidad...

ADOLFO.—Yo nunca le había tenido miedo a la vida, Adriana; pero ahora no sé qué me pasa!... Estoy desorientado, busco la verdad, deseo ser feliz... Quiero ser bueno, pero ¡Dios mío! no sé como conducirme. Estoy desorientado como un niño piadoso que hubiera olvidado de repente todas sus oraciones... ¿Qué soy yo, por fin, un villano, un inconsciente o un degenerado? ¿Qué demonio es ese que me induce a obrar a veces... como un malvado?

ADRIANA.—No, Adolfo, Ud. no es un malvado. Carmencita me ha dicho que ella es la mujer más feliz del mundo...

ADOLFO.—¿Eso ha dicho ella? Bendita sea...

ESCENA XI

Los mismos, Bernardo

BERNARDO.—¿Muy atrasado? La profesión de médico, hombre, no nos deja tranquilos a ninguna hora... ¡Hola, hermanita! ¿tú por acá? Me imagino cuánto habrás conversado con tu amiga Carmen... debe traer ella asunto para muchas confidencias... ¿Eh? Pero ¿dónde está la novia?...

ADOLFO.—En sus afanes de dueña de casa... Aquí viene...

CARMEN (entrando).—Buenos días, Bernardo. Cuánto gusto de verle por acá.

BERNARDO.—Buenos días, Carmen.

CARMEN.—Por Adriana he sabido que su proyecto de fundar un Sanatorio está en vías de realizarse... Cuánto lo celebro!...

BERNARDO.—Efectivamente... El Gobierno ha contribuido con una fuerte suma que destinaremos a la construcción del pabellón central; los particulares también se han mostrado generosos. La verdad es que ese establecimiento urgía... Cada día aumenta el número de los desgraciados que sufren las consecuencias de taras hereditarias, neurosis, parálisis, etc., etc.

ADRIANA.—Yo estoy entusiasmada con este Sanatorio... y le digo a Bernardo que nos vayamos a vivir los dos juntos cerca de sus enfermos...

CARMEN.—¿Qué ocurren! Supongo que Ud. no se lo permitirá, Bernardo.

BERNARDO.—¿Y por qué no? No cree Ud., Carmen, que también puede haber complacencia en ese abnegado don de sí misma? La felicidad y la esperanza renacen muchas veces en un corazón que la da a sus semejantes. Las penas se dulcifican cuando son fecundas... (Adolfo y Adriana hablan en voz baja).

CARMEN.—Así lo creo yo también, Bernardo (triste).

BERNARDO.—Pero qué conversación tan seria y tan inadecuada en esta sala color de rosa,

frente a una pareja de novios rebosantes de dicha... Los médicos somos unos hombres detestables, Adolfo... Sólo hablamos de nuestros asuntos...

ESCENA XII

Los mismos, Jorge Fersen

UN MOZO.—El señor Jorge Fersen.
 FERSEN (entrando).—Perdone Ud. Adolfo... los amigos.
 ADOLFO.—Mi esposa... la señorita Adriana Rioja, su hermano el doctor...
 FERSEN.—A los pies de Ud. (besa la mano de Carmen y saluda a los demás).
 FERSEN (a Adolfo).—Pasé un momento al Club y ahí me retuvo don Francisco hablándome de ese asunto... (continúa en voz baja conversando con el doctor y Adolfo).
 ADRIANA (a Carmen).—Es él, Carmencita... el joven de quien te hablé...
 CARMEN.—Tu poeta!... pero si es el millonario exótico... el Adonis! ¡Mejor que mejor! yo te haré tercio...
 FERSEN (acercándose a las damas).—Estoy encantado de su país, señora, qué clima tan delicioso, qué vegetación más estupenda... Y cuán hermosas las mujeres... Vaya, si las hay, hombre, para volverse loco... (a Adriana). A la señorita me parece haberla visto en alguna parte; tal vez en la Opera... (sonriendo).
 ADRIANA.—Puede ser, porque estamos abonados...
 FERSEN.—Exacto (a Carmen). Su marido de Ud. es muy hábil para los negocios, señora, tiene además muy buena suerte (irónico) y muy buen gusto... Eso se advierte al momento por la elección... Lo envidio, hombre...
 ADOLFO.—Ya lo creo, Fersen... No es Ud. por lo demás el único envidioso... Eh, doctor? (Adolfo, Bernardo y Adriana en un grupo conversan en voz baja).
 FERSEN.—¿Fue un matrimonio de amor el suyo? Qué romántico... Adolfo me lo ha contado y además me ha dicho que Ud. realizaría el sueño de ventura del hombre más exigente...
 CARMEN.—¿Eso dice Adolfo? Sus aspiraciones deben ser muy modestas.

FERSEN.—¡Oh! no, señora, mis ojos pueden acreditar lo contrario.

ADOLFO.—Carmencita ¿quieres que pasemos al comedor?

CARMEN.—Vamos al instante...

FERSEN (le ofrece el brazo).—Señora...

ADOLFO (imitando a Fersen).—Señorita... (se dirige a Adriana).

BERNARDO.—Y yo cierro la marcha... Soy el sin pareja. ¡Ah! ah! ah!... (rie sarcásticamente).

ESCENA XIII

Benigna, luego Carmen

(Un momento queda la escena sola. Luego atraviesa un mozo que abre a puerta a la izquierda e introduce a Benigna).

MOZO.—La señora dice que la aguarde Ud. un instante.

BENIGNA.—¿Para qué me querrá la niña con tanto apuro?... ¿Qué ocurre algo nuevo?

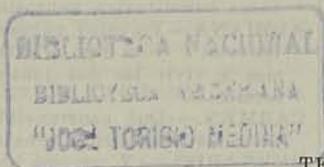
MOZO.—No lo sé, señora Benigna... Los señores están almorzando.

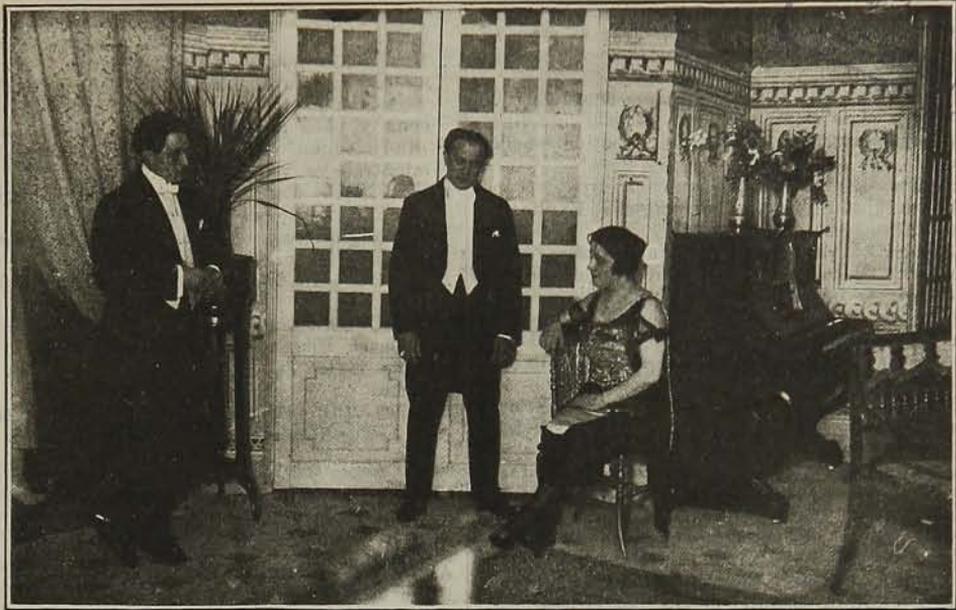
CARMEN (entrando; trae ambas manos juntas como sujetando algo muy precioso entre ellas). —¿Mamy estás aquí? Toma y no preguntes nada... no puedo detenerme, tengo visitas... ve donde Weil, llévale este collar de perlas que he cortado intencionalmente y dile que me envíe en el acto cinco mil pesos... Pronto, pronto, toma las perlas que no quiero que se comente mi ausencia.

BENIGNA.—¿Pero qué sucede, hijita?... si necesita algo ¿por qué no se lo pide al patrón...

CARMEN.—No necesito nada, mamy, y no haga suposiciones porque ellas te resultarían falsas. He prometido pagar una cuenta de una amiga desgraciada... Anda, mamy, pronto, pronto... (Carmen vuelve al comedor)

BENIGNA (mira al cielo y luego a su rededor). —¿Qué pasará? La niña tenía los ojos llenos de lágrimas... ¡Ah! si don Adolfo la hace sufrir le costará muy caro... (se escucha la risa de Carmen). Siento su risa de cantarito! La niña está alegre... ¡Gracias a Dios!...





Acto II.—Escena VI.—Carmen, Adolfo, Fersen.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Don Ambrosio, Miss Court, luego Cármen

AMBROSIO.—¿El niño duerme, Miss Court?
MISS COURT (desde adentro).—Sí, señor, está tranquilo (se asoma a la puerta en su traje de nurse).—Pero me gustaría que lo viera el doctor, señor (cierra la puerta).

AMBROSIO (vuelve a pasearse; mira el reloj).—Las doce y media, más de media noche!... y esta niñita que no llega... (Se escuchan risas entre bastidores).

CARMEN (en traje de baile, lujosa capa).—Papacito, ¿tú aquí a estas horas?... (se alarma). ¿Qué sucede? El niño está enfermo?

AMBROSIO (sujetándola).—Una pequeña indisposición, Carmencita, no te alarmes... Está durmiendo en este momento.

CARMEN.—¡Dios mío!... (atraviesa la escena y entra a la habitación del niño).

AMBROSIO (desde la puerta).—Efectos de la dentición... No seas tan extremosa, hijita... (Pausa).

CARMEN (entrando de nuevo a la escena).—Apesar de que su respiración no es fatigosa temo que tenga fiebre el niño... Qué susto me has dado, con tu presencia en casa a estas horas... Dime papá ¿crees que pueda ser algo serio lo del niño?

AMBROSIO.—De ningún modo... La Miss le dió un poco de magnesia y se ha dormido; ya todo pasó... no seas tan exagerada!

CARMEN.—El niño estuvo odiosito todo el

día; yo deseaba quedarme con él en vez de ir a ese banquete. Pero Adolfo insistió en que no debíamos desairar a Fersen... De casa de Fersen pasamos al Teatro en compañía de algunos amigos... Lo de siempre... haciendo de la noche día... (suspira).

AMBROSIO.—Y ¿dónde quedó tu marido?

CARMEN.—Siguió con la comparsa al Club de la Unión a traer algo para cenar... Tú sabes que aún no le he podido quitar lo trasnochador, (rie tristemente) y para acompañarlo me he tenido que convertir en una nocher-niega yo también...

AMBROSIO.—Lo sé demás... Eres una esposa modelo... Bien conquistada tienes la felicidad de que gozas...

CARMEN.—¡Ah! la felicidad! es tan difícil alcanzarla completa... (Se quita el abrigo).

AMBROSIO (cortemplándola).—¡Qué linda vienes, hijita! Ese traje te sienta mucho. Pero, ¿por qué no llevas tus joyas? Ellas realzarían tu belleza de flor de conservatorio, de fina orquidea como te llaman los cronistas sociales...

CARMEN (se turba ante la pregunta, pero luego se acerca a su padre cariñosa).—No las uso porque estoy cumpliendo una manda... ¡Soy tan supersticiosa!... Cuando Adolfito estuvo enfermo, prometí no usar alhajas durante dos años, si sanaba... Cumplida mi promesa a la Virgen, luciré de nuevo esas lindas joyas que tú me regalaste con tanta generosidad.

AMBROSIO.—¡Pobrecita!...

CARMEN (alarmada).—¿Por qué me has dicho

probrecita, papá?... Tú temes que el niño se agrave... (va hacia la puerta de la habitación del niño).

AMBROSIO.—No, hijita, ya ni me acordaba del niño... Miss Court dice que es sólo una ligera indisposición... te lo he repetido varias veces.

CARMEN.—Entonces ¿por qué me dijiste "probrecita" con ese acento trágico? Explicáte, papá...

AMBROSIO.—Es un decir... una palabra afectuosa... Pero si a todo trance quieres tener motivos de inquietud, he de dartelos muy apesarse mio... Carmen, creo que el asunto de las minas de carbón fracasa... esto es lo que me tiene molesto... Yo hubiera querido satisfacer tus deseos, mi regalona...

CARMEN.—¿Y qué ha sucedido? ¿Se discutió este asunto en la sesión de hoy? (angustiada).

AMBROSIO.—Sí. Algunos senadores se mostraban contrarios al arrendamiento de esas minas a la compañía extranjera que representa Jorge Fersen; yo, casi violentando mi conciencia, quise apoyar esa idea y...

CARMEN.—Te molestaron los opositores...

AMBROSIO.—Nada, hijita... Joaquín, que es tan patriótico, tomó el debate por el lado sentimental, las galerías se excitaron y en el tumulto que se formó, algunos groseros me insultaron soezmente... De pronto no comprendí la ofensa pero después en la soledad de mi escritorio ésta me ha sublevado... Carmencita, el negocio con Fersen ha fracasado, el Senado no acepta ese arrendamiento... De modo que ya no están Uds. ligados con ese extranjero... Adolfo puede buscar otros negocios... Acaso les convendría, por la salud del niño, irse a la hacienda durante algún tiempo...

CARMEN (anonadada).—Papá, tú me ocultas algo grave... Di, di ¿qué te han gritado en el Senado? ¿Cuáles fueron esos insultos que te ofendieron tanto?... ¡No comprendo, Dios mío!... Siento que todo se derrumba... estoy tan desalentada, tan cansada de mentir... de mentirme a mí misma, a tí, a la sociedad, a todos...

AMBROSIO.—A mí no me mientas hijita... Mientras esté vivo tu padre, él impedirá que seas desgraciada... Pídele a Dios que te lo conserve...

CARMEN.—¡Ya vuelve esa gente!, y vendrá con su algaraza y con sus risas y farsas y se quedará aquí hasta la madrugada...

ESCENA II

Los mismos, Adolfo, Alvaro y Fernando

ADOLFO (entrando con dos paquetes en la mano).—La cena, Carmencita, la cena... (Se turba al ver a don Ambrosio). Don Ambrosio, tanto bueno por acá... también se contagia Ud. con nuestra tunantería... Traemos buena cena... Queda Ud. invitado...

CARMEN.—El niño está enfermo, Adolfo... y papá ha subido a verle.

ADOLFO.—Algún melindre de la fastidiosa miss Court (a los amigos). No se casen, hombres!... la mujer es todo lo encantadora y

deliciosa que Uds. puedan imaginarse mientras no es madre... pero después ¡uf! ¡uf! mamaderas, cataplasmas, catarros, dentición... Se acaba la paz y la alegría! (atravesada la escena y pasa con Carmen a la habitación del niño). Oigan, chicos, arreglen Uds. la cena... mientras yo veo al niño...

AMBROSIO.—Este Adolfo, siempre tan bromista... Tras de su aparente indiferencia oculta un gran corazón y un acendrado amor por su mujer y por el niño...

ALVARO.—Así lo creo yo también, don Ambrosio...

AMBROSIO.—Bueno, jóvenes, me retiro. Que lo pasen Uds. bien... Los viejos a esta hora están mejor en la cama que en ninguna otra parte.

FERNANDO.—Buenas noches, don Ambrosio...

ALVARO.—Hasta mañana, don Ambrosio.

ESCENA III

Alvaro y Fernando

ALVARO.—La "nostra cena e interropta" como la del buen Scarpia en "Tosca"... (des hace un paquete, y coloca sobre la mesa). Los dos pichones se van a eternizar a la cabecera del niño... Oye, hombre, ¿por qué no vamos mejor a enterar la noche donde la Lucha?

FERNANDO.—¿Donde la Lucha? ¿Qué no sabes que está de semana Federico? Es preciso ser consecuente con los amigos... Búscate tú una de turno permanente y entonces te acompaño... Pero llegar de intruso... ¡nunca! Acuérdate de lo que le sucedió al pelado Lagos...

ALVARO.—Pero aquí ¿qué vamos a hacer hombre?... Es inútil que pretendas hacerle la corte a Carmencita... Ella no tiene ojos sino para su marido... No creo que jamás tengas suerte...

FERNANDO.—Carmen es de las refinadas... de la raza de las palomas blancas, de las castas susanas... que mantienen su respetabilidad a pesar de todo... Si no la conoceré yo... Hay mujeres así que a fuerza de cinismo resultan invulnerables... la maledicencia no se atreve a atacarlas... ¡Eso es lo que me irrita! Si yo le declaro mi amor a Carmencita ella se engrifa como cisne inmaculado... y mientras tanto se deja mantener por el idiota de Fersen... (arregla los comestibles sobre la mesa).

ALVARO.—Esa es una infame calumnia, Fernando. No debes esparcirla... Tú lo dices por despecho... porque no has tenido aceptación...

FERNANDO.—¿Que yo lo digo?... Pregúntaselo a ese Catón de don Ambrosio... En el Senado se lo gritaron hoy desde las galerías cuando el viejo defendía el arrendamiento de las minas de carbón de piedra... Don Ambrosio se puso lívido en su sillón... Ya te digo, esta gente es tanto o más corrompida que la que el mundo rechaza... Carmencita con sus ojos lánguidos y esos aires de virgen púdica, engaña a la sociedad... Fersen puede decirte cuánto le cuesta esa casta Susana...

ALVARO.—Estoy seguro de que mientes, Fernando... Carmencita es buena y honrada, demasiado buena para el marido que tiene... A mi que soy un vividor, un cínico, me inspira respeto su virtud... y la trato como a una madona...

FERNANDO.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! siempre estás diciendo tú que tratas como a madonas a las damas que te ofrendan sus encantos... Eres muy discreto, yo creo que en ello estriba tu buena suerte...

ALVARO.—Tal vez... A otros en cambio su vanidad y su falta de caballerosidad los hace perder muchas conquistas...

ESCENA IV

Los mismos, Adolfo luego Fersen

ADOLFO.—Bien, amigos, háganse Uds. los honores de la casa... Carmencita viene dentro de un instante...

ALVARO.—¿Y el niño?

ADOLFO.—El niño bien, pero mi mujer es tan vehemente, tan apasionada...

FERNANDO.—Tanto mejor para tí...

ADOLFO.—¿Si cenáramos en la sala del billar? Aquí estamos muy cerca del niño, podríamos despertarle...

FERNANDO.—Bien, bien. Translademos la venta, Alvaro.

FERSEN (entrando con un paquete y algunas orquídeas).—¿Se lo han comido todo Uds. ya? Traigo aquí estas golosinas más (las deja sobre una mesa junto con las flores).

ALVARO (desde el fondo).—Bien, Fersen... le aguardamos para comenzar la cena...

FERSEN (a Adolfo).—Y Carmencita, ¿no nos honra con su presencia?

ADOLFO.—Luego viene... se ha quedado un momento con el niño que está algo enfermito.

(Por entre la vidriera del fondo se divisa a Fernando y Alvaro).

ESCENA V

Adolfo, Fersen, luego Cármen

ADOLFO.—Y bien Fersen, ¿qué averiguó Ud. sobre la sesión del Senado? ¿Encontró Ud. a su agente?

FERSEN.—Sí, hombre... Parece que algunos senadores se opusieron y que su suegro acobardó o no supo defender nuestros intereses como debía... (fastidiado). ¡Papanatas! No quieren entregar sus riquezas al extranjero por egoísmo patrio y ellos tampoco las explotan porque no tienen capitales o porque no saben hacerlo... Ya vé Ud. esas salitreras abandonadas, esas minas perdidas ¿Por qué? Porque el chileno prefiere ganar su dinero alrededor del juego, de la Bolsa, en especulaciones con el cambio, sin jamás desarrollar energías ni esfuerzos...

ADOLFO (aterrado).—De modo que Ud. considera perdida toda esperanza?

FERSEN.—¿Perdida? ¡oh, nó! Ud. no me conoce, Adolfo... Entre ambos buscaremos otros medios. Tal vez sería preciso interesar en el

negocio a algún Ministro de Estado... o a algún político influyente... Nosotros no perdemos tan fácilmente la partida, Adolfo, somos de raza de luchadores... y testarudos como nadie, cuando nos proponemos algo...

ADOLFO.—Pero si el Senado se opone, Fersen, es difícil conseguir ese arrendamiento, aun con los más valiosos empeños...

FERSEN.—No desmaye, hombre. Lucharemos... ¿quién nos apremia? Sondee Ud. la opinión, visite a las personas que puedan influir en el despacho de este asunto y si lo cree conveniente, interéscelas en el negocio...

ADOLFO.—No me atrevo, Fersen. Mejor sería que abandonáramos la partida... Yo no veo claro el asunto... tal vez no es honroso para mí andar en esos manejos...

FERSEN.—Y sus compromisos, Adolfo?... ¿Los olvida por escrúpulos de conciencia, harto extraños en Ud. (irónico), a mi juicio?

ADOLFO.—Esos compromisos los he de cumplir, Fersen... No era preciso que Ud. me los recordara en mi propia casa... (fastidiado).

FERSEN.—¡Estos chilenos...! Se ofenden por una nadería, desmayan al primer obstáculo, y para tratar con ellos es preciso armarse de paciencia... (cambia de tono al divisar a Carmén que entra). Amigo Adolfo, levante Ud. el ánimo... Vamos a luchar y a vencer... La fortuna exige sacrificios como el amor... ¿no es verdad, Carmencita?

CARMEN.—¿A quién le exige sacrificios el amor? No será a tí, Adolfo, seguramente...

ADOLFO (en un arranque espontáneo).—¡Oh no! Carmencita, el amor te los exige a tí, a tí no más... Siempre sucede lo mismo, la mejor miel para la boca del asno. (A los jóvenes que le llaman con palmadas). Vamos a cenar, vamos a ahogar en champagne esta melancolía que me agobia...

CARMEN.—¡Adolfo...! (A Fersen). ¿Qué le pasa? ¿Por qué le ha vuelto esa tristeza que me aterra? ¿D'os mío...! ¿tal vez encontró grave al niño?

(Se escucha el piano y una alegre canción yankee, coreada por los jóvenes).

FERSEN.—Oigale Ud. como canta... ¿Por qué martiriza así su vida, Carmencita, con tanta preocupación sin motivo alguno que la justifique? (Va hacia la mesa y le trae las orquídeas).

CARMEN.—¡Cuánto daría yo porque fueran injustificadas...! (Al recibir las orquídeas). Señor Fersen, ¡qué locura! ha destruido Ud. su colección de orquídeas...

FERSEN.—Las tenía para festejarla a Ud. en el banquete de hoy... Cuando volví a casa hace un momento, ellas me dijeron que querían florecer y morir cerca de Ud., y alegremente se dejaron degollar todas... (ríe y se las entrega una a una).

CARMEN (contemplándolas).—Las lindas orquídeas... tan aristocráticas, tan diáfanas... condenadas también a marchitarse...!

FERSEN.—No las compadezca, se marchitarán en las manos de su reina... "La fina orquídea", como la llama el cronista social... Carmencita, ¿querria Ud. acompañarnos mañana...?

ESCENA VI

Los mismos, Adriana y Bernardo

CARMEN (a Adriana que entra con Bernardo).—Adriana, qué feliz ocurrencia... ¿Cómo está Bernardo? Yo estaba deseosa de enviar por Ud. esta noche... Adolfito no está bien...

ADRIANA.—Pasábamos por acá y como desde la calle vimos las luces encendidas en el salón, yo le dije a Bernardo: "Subamos a casa de Carmencita, deben estar cenando esos trasnochadores..." Y veo que no me equivoco...

BERNARDO.—Para tranquilizarla, si quiere puedo ver al niño inmediatamente, Carmencita...

CARMEN.—Al instante, Bernardo... ¡estoy tan nerviosa! (salen).

FERSEN.—Espléndido, doctor, puede ser que así podamos disfrutar tranquilos de aquella apetitosa cena... (a Adriana). ¿De dónde viene Ud. tan hermosa?

ADRIANA.—Del baile en casa de las Alvarez. ¿Por qué no fué Ud.? (coqueta). Lo estuvieron esperando... Ayer me prometió que vendría.

FERSEN.—No pude desligarme. Adolfo me llevó al teatro y luego vinimos aquí... Pero todo el tiempo pensaba en Ud., Adriana. ¿Ud. sospechó que yo estaba en casa de Carmencita? Por eso subió, ¿no es verdad?

ADRIANA.—¡Pretencioso...! (riendo). Ni siquiera pasó por mi mente esa idea...

FERSEN.—Confiese su pecado... Adriana, no sea hipócrita... Ud. no sabe mentir.

ADRIANA.—Pues bien, sí... ya que Ud. lo ha adivinado...

ESCENA VII

Los mismos, Alvaro y Fernando

ADOLFO (desde adentro).—Fersen, Adriana, ¿no vienen Uds. a cenar?

FERSEN.—Ya vamos, hombre...

ADRIANA (a Fernando y Alvaro que la saludan).—¿Y estos glotonos habrán dejado algo en la mesa?

ALVARO.—Mucho, Adriana... langosta, merengues, besitos... Lo que Ud. desee...

(Fersen y Adriana se sientan a la mesa con Adolfo).

ALVARO (a Fernando).—Ya podrás convencerte de tu error, Fernando... Te has equivocado... Fersen corteja a la Adriana... Míralos, están sumamente enamorados...

FERNANDO.—Adriana es la pantalla...

(Se sientan en primer término y fuman).

ALVARO.—Si así fuera, aquel hombre sería un canalla. ¿Quién hubiera pensado que la moji-gota de Adriana pudiera enamorarse...! Con qué rapidez le ha espantado la vocación religiosa este tropical...

FERNANDO.—¿Les crees tú? Si eso de la vocación religiosa es como el papel de remate que sacan las muchachas cuando van perdiendo la esperanza de casarse... Son astucias de mujer para que caiga algún pretendiente. Recuerdo que la tía Florinda también tuvo vocación ahora años y hasta un hueco escogi-

do en el Carmen Alto...

ALVARO.—¡La tía Florinda...! me la imagino con el hábito de Santa Teresa.

ADOLFO (entrando con una copa en la mano).—¿No quieren otra copita de champagne?

ALVARO.—Gracias, estamos fumando... Y tú no bebas más, hombre. Sabes que te hace mal.

ADOLFO.—Es la única manera de distraer mis preocupaciones. (Bebe y deja la copa sobre la mesa).

ESCENA VIII

Los mismos, Carmen y Bernardo

CARMEN.—Adolfo, el doctor me ha tranquilizado, dice que no es grave lo del niño... pero que vendría darle esta misma noche una bebida que ha recetado (le pasa la receta). ¿Puedes ir por ella a la botica de turno?

ADOLFO.—Cómo no, hijita, pero deja que terminen la cena...

FERNANDO.—La consulta fué larga, Carmencita... ¡Quién fuera médico...!

CARMEN.—Todavía es tiempo, Fernando... Entre Ud. a primera preparatoria y en doce años obtiene ese título...

FERNANDO.—El plazo es muy largo. Prefiero cultivar orquídeas... (alude a las que Carmen lleva sobre el pecho).

ALVARO.—Apostaría, Carmencita, que hablaban Uds. del Sanatorio, de criminalología, taras hereditarias o algo por el estilo... ¡Es curioso...! ¡estos antiguos pololos se juntan ahora para tratar los temas más estupendos!

BERNARDO.—En efecto, Carmen se interesa por esos asuntos, y creo que comprende el objeto y la necesidad de fundar en Santiago un Sanatorio que dé asilo a esos desgraciados cuya degeneración e invalidez tiene a veces causas tristísimas, de las que no son ellos los responsables... la herencia, el raquitismo...

ADOLFO.—El tema no es a propósito, doctor, para gente que viene de un baile, que cena y que piensa que la vida es un fandango y que el que no baila es un tonto... (rie ruidosamente). Yo abogo por esa teoría luminosa del máximo de satisfacción con el minimum de esfuerzo... y el día que no tenga dinero... el suicidio...

CARMEN.—Adolfo, no me gusta oírte hablar así, ni en broma... (aparte). Has vuelto a beber, hijito...

ADOLFO.—No, mi amor, estás soñando...

BERNARDO (a Adriana que se acerca con Fersen).—Adriana, ¿supongo que ya habrás cenado bastante...? Recuerda que yo tengo que levantarme muy de mañana...

ADRIANA.—Concédeme un momento para darle un besito a mi ahijado y estoy a tus órdenes, Bernardo... ¿Me lo permites, Carmencita?

CARMEN (saliendo con ella).—Con mucho gusto, Adriana, pero no me lo despiertes... (Salen ambas).

ADOLFO (a Fersen).—Aquí tiene Ud., Fersen, en el doctor Rioja, un "specimen" de chileno que desarrolla energías y esfuerzos dignos de un hombre de su raza (irónico).

FERSEN.—Sí, sí, pero convengamos que es un raro specimen. En Chile los jovencitos de gran

familia gastan alegremente su patrimonio; cuando éste se agota, especulan y se arruinan. Como no saben trabajar, se dedican a la venta de bencina y de repuestos de automóviles... Otros negocios no tienen el "chic" de éstos o tal vez necesitan mayor esfuerzo.

BERNARDO.—Algo hay de cierto en lo que Ud. dice, señor Fersen; pero me parece que Ud., como extranjero y muy agasajado en nuestro país, no debería expresarse así de nuestros compatriotas... Existe aquí por desgracia una juventud ociosa e inepta y el lujo y los placeres tienden a aumentarla... pero por cualidades de raza somos esforzados, la gran mayoría del elemento joven trabaja y día a día se revelan sus grandes condiciones para las labores de oficina, los negocios y la dirección de las faenas fabriles o mineras. Dentro de las universidades y de las instituciones científicas o literarias, también encontramos en Santiago una juventud, como la del resto de Chile, trabajadora y digna... Yo protesto enérgicamente...

FERNANDO.—Déjelo decir, Bernardo... Nadie desprecia más este país que nosotros mismos. Sólo la pobreza nos retiene en él... ¿Te acuerdas, Adolfo, de esos años en París? ¡Oh, qué tiempo aquel...! Eso era vivir... Por cierto que nos arruinamos, era de esperarlo. Y ahora vivimos de prestado, esperando herencias problemáticas o especulando en la Bolsa, como dice Fersen... Ya estamos viejos para empezar a trabajar seriamente... y luego que no tenemos aptitudes para ello. Somos la bohemia del gran mundo...! (Ríe sarcásticamente).

ALVARO.—Yo concluí mi educación a los quince años. Mi abuela me regaló un automóvil y mamá nunca me exigió que siguiera carrera: "Para eso tiene fortuna", decía la buena señora, "y yo no quiero tener sabios enterrados..."

FERNANDO.—Conmigo fueron muy solícitos... Me tomaron una institutriz, la que me enseñó Humanidades y otras muchas cosas más... Era muy aprovechado... nunca me dieron coloradas en los exámenes porque desde chico fui aficionado a las negritas... (Ríe irónicamente).

ADOLFO.—Yo quedé huérfano a los siete años y tía Pepita sólo me exigía la confesión y comunión mensual. Lo demás le importaba poco. Eso de desarrollar energías me suena a cosa futurista... Cuando Carmencita me habla sobre la educación del niño, me quedo perplejo... Ella tiene unas ideas tan complicadas... piensa iniciar la educación de Adolfo a los tres años... ¡Imagínense Uds.! Ha hecho colección de tratados higienistas y qué se yo...

FERNANDO.—Tal vez Bernardo le habrá comunicado su entusiasmo por los estudios psíquicos... y los fenómenos o taras hereditarias.

ADOLFO.—Si es por taras hereditarias yo creo conveniente que el niño herede la mía...

FERSEN.—¿Cuál es?

ADOLFO.—¡Un entusiasmo loco por las mujeres...! (Todos ríen).

(Carmen y Adriana entrando).

CARMEN.—¿De qué se ríen Uds? A algún chiste de Fernando seguramente...

FERNANDO.—¿Y por qué no de su marido, Carmencita? Adolfo suele ser gracioso también... Buenas noches, amiga, y que se mejore el niño...

ALVARO.—Yo también salgo, nos vamos juntos...

BERNARDO.—Hasta mañana, Carmen... Si el niño está inquieto, dele pronto la bebida... Pero no se preocupe demasiado, tenga calma y duerma tranquila. Mañana vuelvo yo temprano... Buenas noches, Adolfo...

ADOLFO.—Los acompaño... (Sale con Bernardo).

ADRIANA.—Buenas noches, Carmencita... Si me atreviera a creer lo que tú me dices... Sería tan feliz...

CARMEN.—Créelo, pues... Fersen te quiere... y no lo disimula... No seas desconfiada, Adriana, acepta la felicidad que se te ofrece...

ADRIANA.—Pero si no se me ha declarado aún...

CARMEN.—Ya lo hará... tal vez él también desconfía de tu amor... Si puedo voy a provocar una confesión de su parte.

BERNARDO (desde la puerta).—Adriana, vamos, mañana continuarás tus confidencias... (Salen con Adriana y Adolfo).

(Fernando y Alvaro buscan sus sobretodos en la sala de billar donde también se encuentra Fersen).

FERNANDO (al salir por la derecha).—¿Qué te decía yo? El dueño de casa se instala como legítimo propietario... (muestra a Fersen que viene a ocupar un sillón en primer término).

ALVARO.—No seas cruel, Fernando... (Salen).

(Se apagan las luces de la sala de billar).

ESCENA IX

Carmen, Fersen, luego Adolfo

FERSEN (sentado).—¿Qué tal el concierto, Carmencita? La vi muy entusiasmada con Dumesnil...

CARMEN (de pie).—Mucho... la música de Chopin tiene para mí una atracción especial, me hace olvidar que en la tierra hay maldad y dolor... Dumesnil la interpreta mejor que otros pianistas de fama...

ADOLFO (entrando).—¿Qué muchachos más tumbantes...! Figúrense Uds. que Fernando y Alvaro se estaban convidando a esperar la madrugada en el Parque Forestal para irse de allí a comer una cazuela al Mercado...

FERSEN.—Muy bien, muy bien... En el día descansan, es justo que en la noche trabajen.

CARMEN (de pie).—Adolfo, acuérdate de la receta... el niño debe tomarla en el acto. La botica de semana está en Compañía esquina de Brasil. ¿Por qué no acompañas al señor Fersen y la traes en seguida?

ADOLFO (mira a Fersen pero aquel no manifiesta intención de irse).—La botica de semana está hacia la plaza del Brasil, y Fersen vive en Alumada, de modo que tal vez le haríamos hacer un viaje inútil. (Silencio).

FERSEN.—Completamente inútil... Disponga Ud. de mi auto, Adolfo... Entre tanto yo puedo aguardar su regreso en buena compañía...
 ADOLFO.—Carmencita... (titubea, se dirige hacia la puerta, vuelve inqu.eto). Carmencita, ¿no se ofrece nada más?
 CARMEN (muy seria).—Que vuelvas pronto. Estoy muy cansada y muy inquieta por el niño...
 (Sale Adolfo).

ESCENA X

Fersen y Carmen

(Se han apagado las luces de la sala de billar).

FERSEN.—La veo a Ud. contrariada, Carmencita... Es imposible que la ligera indisposición del niño la tenga en ese estado...

CARMEN.—Sí, estoy contrariada, nerviosa, no tanto por el niño sino por tantas otras causas. Adolfo es un niño grande; muy bueno y generoso, pero débil de carácter... y se me ocurre que todos sus amigos explotan esa falta de energía y le llevan a la ruina... ¿Qué puedo hacer yo para retenerlo si a diario están ellos deshaciendo mi obra...? Me prometo no especular en la Bolsa y luego Alvaro, Fernando u otro de esos detestables compañeros de su primera juventud lo atraen y con vencen...

FERSEN.—No lo dirá Ud. por mí, Carmencita; yo soy su mejor consejero... Adolfo es un excelente sujeto... pero la verdad es que no quiere trabajar seriamente... No tiene hábitos de hombre de trabajo y, además, Ud. lo mima tanto, señora... Ud. le hace demasiado fácil la vida... casi puedo decir que le quita las responsabilidades y no le proporciona disgustos...

CARMEN.—Así debe ser la mujer en el matrimonio, señor Fersen... Cuando Ud. se case verá cómo su mujercita se preocupa enteramente de su bienestar... Yo conozco muchas chilenas que podrían hacerle feliz... (Se sienta).

FERSEN.—Yo sé de una sola en el mundo que podría realizar mi sueño... He penetrado en la intimidad de su vida, he velado por su tranquilidad... Mi alma se ha prendado de sus encantos, de su virtud y le aseguro que este lazo es eterno...! Es ella la más noble, la más hermosa de todas las criaturas...

CARMEN (insinuante).—¿La conozco yo?

FERSEN.—Intimamente... (Se aproxima). Durante dos años he puesto una compuerta silenciosa en mis labios a fin de que mi corazón no deje escapar su secreto... Pero hoy, esta tarde, esta noche mi pasión estalla, Carmen...

CARMEN.—¿Qué fuego, Fersen, qué entusiasmo...! ¿Qué será cuando se encuentre Ud. en presencia de su adorada...?

FERSEN.—Adorada mía, mi amor, mi locura...

CARMEN (riendo pero algo turbada).—¿Qué significa esa actitud...! ¿Es Ud. un cómico? Si es así ensaya demasiado a lo vivo su papel...

FERSEN (fuera de sí).—¿Adorada mía...! (trata de abrazarla).

CARMEN (asustada).—¿Se ha trastornado! Déjeme Ud. o llamo a Miss Court...

FERSEN (más tranquilo).—La amo tanto...

CARMEN.—¿A quién ama Ud., Fersen...? Dígalo pronto... ¿Es a mi prima Adriana...?

FERSEN.—¿A su prima Adriana? Ni en sueños... (con pasión). Yo muero, deliro por Ud. ¿No lo adivinaba Ud. en todos mis actos? ¿No sentía Ud. cómo la devoraban mis ojos y cuánto se complacían en su belleza? ¿Cómo pudo imaginarse que conociéndola a Ud. había yo de fijar mis ojos en otra mujer...? No lo crea Ud... un fírteo social con Adriana, no debe ser causa...

CARMEN (indignada).—No sé cómo calificar su conducta, Fersen (ahogándose). La sorpresa y la indignación me ahogan...

FERSEN.—Carmencita, perdóneme... He sido violento. No debí manifestarle mi pasión en esa forma brutal... Haga Ud. de mí lo que quiera, pero déjeme adorarla... No me rechace Ud...

CARMEN.—¿Qué pretende Ud., Fersen...? Olvida el respeto que debe a la esposa de su amigo... Cambie Ud. de actitud o salga de aquí... Ud. no me conoce...

FERSEN (irónico).—La conozco mucho...

CARMEN.—No tanto, señor, pues no ha sabido distinguir a la mujer honrada de la casquivana.

FERSEN (violento).—Sí, sí, he oído decir que a Ud. la llaman la Casta Susana...

CARMEN.—¿A mí? ¿Por qué motivo?

FERSEN.—Lo ignoro... Tal vez porque Ud. se rodea, o mejor dicho, Adolfo la rodea de una corte de jóvenes corrompidos; porque Ud. cena y trasnocha con ellos... y el mundo no cree que esa "orquídea de conservatorio" mantenga toda su frescura y pureza en ese ambiente... (Con calma). Además, el tren de vida que llevan... los malos negocios de Adolfo... (acercándose). Carmencita, ¿qué objeto tiene el que permanezca Ud. honrada si las apariencias la condenan?

CARMEN (las palabras de Fersen trastornan a Carmen, la anonadan en el primer momento, pero luego se yergue).—Me habían dicho que su país, Fersen, era una guarida de bandidos, pero nunca creí que los hubiera tan viles...

FERSEN.—Ahora es Ud. la cómica, señora; representa a maravillas su papel de Casta Susana... Pero no cree que ya podríamos quitarnos ambos la careta...?

CARMEN.—Salga Ud. de aquí en el acto, señor Fersen, si no quiere que le haga arrojar por mis sirvientes como a un perro...

FERSEN.—Ud. no debería arrojarme de su casa, señora. Eso le corresponde a su marido. Pero él comprende que yo tengo algún derecho de quedarme aquí... Me ha dado esos derechos haciéndome una especie de socio... en el mantenimiento indirecto de la casa... Y ha sido para mí un placer inmenso poder ayudarle, poder contribuir al realce de los encantos de Ud., a sus goces...

CARMEN (despreciativamente).—¿Cobarde...! El insulto, luego la calumnia... todas las armas viles... le falta la amenaza, señor Fersen, para igualarse con los fieros caudillos de su patria...



Acto II.—Escena final.—Carmen, Adolfo.—Adolfo: El remedio del niño!—Carmen: Roto en mil pedazos como mi felicidad.

FERSEN.—Los fieros caudillos de mi patria saben también amar, señora, y para satisfacer su pasión luchan hasta la muerte. Yo vine a Chile comisionado por mi Gobierno para tratar el arrendamiento de esas minas de carbón que Ud. conoce... Adolfo fué mi agente... La conocí a Ud. y olvidé mi misión... El oro de mi patria ha pasado a sus manos, Carmen. Adolfo especulaba... perdía... y yo le prestaba ese dinero sagrado... Sus deudas de juego también eran pagadas con el oro de mi patria...

CARMEN.—Miente Ud., Fersen... Adolfo no juega... jamás ha jugado... Ud. lo calumnia villanamente...

FERSEN.—Cierta especulación fraudulenta debió llevarlo a la cárcel... Yo lo salvé... El negocio que mi Gobierno me confiara ha fracasado hoy... Me llamarán a cuentas los bandidos de mi país y yo les responderé que no supe untarles a tiempo la mano a los ladrones de guante blanco... que me enamoré de una mujer encantadora y que por ella olvidé honor y patria...

CARMEN (asombrada).—¡No, no... estoy soñando...! (Coge su cabeza con ambas manos, da un paso y vacila). Adolfo un estafador, un villano... No, no puede ser... (se arroja sobre un sofá y llora).

FERSEN (aproximándose).—Carmen, he sido cruel... yo creí que Ud. sabía todo... Perdóneme... continuaremos siendo buenos amigos... Confíe en mí... Adolfo no la merece... es un loco, un inconsciente... un dege-

nerado... (trata de abrazarla).

CARMEN.—Pero no es un malvado, (se yergue). Señor Fersen, Ud. vió mi desaliento y se creyó triunfante... Sus calumnias y amenazas no me abaten... Lo que me aflige es la duda cruel que ha logrado Ud. hacer penetrar en mi mente... No, no, Adolfo no puede ser así. No, no... Pero, ¿por qué tarda tanto...? ¡Dios mío...! (Se coge la cabeza con ambas manos).

FERSEN (tras de ella).—Para no estorbar nuestra entrevista... (le coge el talle).

CARMEN (desprendiéndose y con mirada de loca).—¡Oh, esto es demasiado...! Salga usted de aquí... reptil venenoso, ladrón de honras, espía de mi patria...

FERSEN.—¿Sabe, Carmencita, que es Ud. mil veces más hermosa cuando la pasión la domina?

CARMEN.—¡Salga Ud...! (imperiosa).

FERSEN (vacila y luego cogiendo su sobretodo y su sombrero).—Hasta luego...

(Carmen le sigue con la vista y luego se desploma sobre un sillón).

ESCENA XI

Carmen y Miss Court

MISS COURT.—El niño llora, madame... llama a la mamá...

CARMEN (alza un brazo sin volver la cabeza indicando que la dejen tranquila).—Un momento...

ESCENA XII

Adolfo y Carmen

ADOLFO (entrando con un frasco de botica en la mano).—Carmen, ¿qué has hecho...? ¿Por qué has despedido a Fersen?

CARMEN (sin moverse).—Cuando se encuentra un reptil venenoso se le aplasta... (anhelante).

ADOLFO.—Pero tú no me guardas consideraciones, Carmen... Sabes que tengo negocios con Fersen, que puede retirarme su fianza... llevarme al deshonor...

CARMEN.—Allá te quería llevar ese hombre, seduciendo a tu mujer...

ADOLFO (irritado).—Melindres tuyos... No sé qué mal podían hacerte algunas galanterías sin consecuencia... Fersen se las da a toda mujer bonita... Lo que yo te puedo asegurar es que tú eres mi genio malo... mi perdición... Maldita la hora en que me casé... (arroja al suelo el frasco de medicina que se quiebra y derrama su contenido).

CARMEN (sin moverse, muy abatida).—¡El remedio del niño...!

ADOLFO.—Qué bien hacen mis amigos en no cortejar a esas palomitas hechas de escrupulos y dengues... en no atarse al cuello estas cadenas eternas... Tú estorbas mi vida, contigo no puedo surgir... y el papanatas de tu padre con sus aires de Caton y sus millones...

CARMEN (sin moverse).—Te ruego que no nombres a mi padre. Adolfo, respeta su honorabilidad... (se levanta agobiada). ¡Dios mío, Dios mío...! cómo ha cambiado mi vida desde hace un momento... ¿Soy yo la misma que regresaba esta noche del concierto con la música de Chopin en los oídos? (dando algunos pasos). ¿La misma que vivía feliz y confiada...? (coloca sus manos sobre los hombros de Adolfo). Adolfo, Adolfo, dime que estoy soñando, que aún debo creer en ti... Dime que todo esto no es sino una horrible pesadilla...

ADOLFO (desprendiéndose).—La pesadilla horrible será la mía... Pensar que mañana pueden declararme estafador, tramposo... que mañana todo Santiago conocerá mi ruina... mi deshonor... Y todo por culpa tuya...

CARMEN (serena ya).—Entendámonos claro, Adolfo... ¿De qué me culpas...? He sufrido una conmoción, pero ya estoy serena, ya puedo escucharte. Di, ¿de qué me culpas...?

ADOLFO.—¿Para qué me obligas a decírtelo?

tú debes comprenderlo... Hace dos años que estamos viviendo en intimidad con Fersen y debías tú suponer que no era por mi gusto que soportaba a ese individuo en casa. Lo necesitaba, ¿entiendes? Cada vez que alguna especulación fracasaba él me proporcionaba fondos... y poco a poco fui entregándome a él hasta llegar a ser su esclavo... Ayer especulé con las acciones de un cliente y las perdí... Mañana tendré que dar cuenta de ellas y si Fersen me abandona, ¿a quién recurrir?

CARMEN.—Hasta aquí no veo en qué puedas tú culparme de tus malos negocios... Tú casi no haces ningún gasto de casa... acuérdate que ni la cuenta del Gran Hotel de Viña has pagado tú...

ADOLFO (cínico).—Para eso tienes un padre millonario...

CARMEN.—Como tú siempre me estabas hablando de tus negocios perturbados, jamás te molesté con exigencias de dinero... Y ahora te atreves a decir que yo tengo la culpa de tu ruina... (violenta). ¿O es que tu última tabla de salvación era mi deshonor...? tu última especulación debía ser la de un rufián... ¿Es así? ¿Es así...? Confésalo... ¿Ese era el precio que exigía tu acreedor...?

ADOLFO (aterrado).—¡Oh, no, por Dios, Carmencita...! ¿Yo estaba loco? (se deja caer anonadado). No lo creas... Cómo he podido llegar a esto... (le coge una mano). Tú manchada, tú, mi Carmencita adorada... Estoy loco, loco...

CARMEN.—Mejor te quisiera inconsciente, irresponsable de tus actos que no malvado... Déjame, Adolfo... mi fe en ti ha muerto... tu contacto me repugna...

ADOLFO.—¡Ah! ese hombre maldito... cómo explotó mi debilidad, mi pasión por el juego... mi falta de energía... Sí, Carmen, soy un inconsciente... "tu niño grande", Carmencita... (suplicante). ¡Perdóname!

CARMEN.—No puedo perdonarte, Adolfo... Ya ahora no me ciega el amor... Ahora te veo como te veían los demás... los que se opusieron a nuestro matrimonio... Déjame sola, Adolfo... Vete a descansar...

MISS COURT.—¡Madame, madame...! el niño está agitado... la fiebre sube mucho... ¿Le damos el remedio? (Sale).

ADOLFO.—¡El remedio! (se desploma). ¡El remedio del niño!

CARMEN (mostrando el frasco roto).—Ahí está... roto en mil pedazos como mi felicidad...

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DON TORIBIO MEDINA"



Acto III.—Escena V—Carmen, Florinda, Adriana y Ambrosio.

ACTO TERCERO

ESCENA I

Carmen y Benigna, luego un mozo

Al levantarse el telón Benigna coloca algunos objetos dentro de la maleta abierta. Viste traje negro y cofia sencilla de ama de llaves. Carmen, sentada en un sillón, con aspecto abatido, viste un traje sastre oscuro. Cerca de ella se encuentra su sombrero y abrigo de viaje.

BENIGNA.—¿Y este trajecito, Carmencita, también lo pongo en la maleta?

CARMEN.—Ese jersey, no, mamy, ya le queda estrecho al niño. Se lo dejaremos a los pobres... (suspira). ¿A qué horas dijo papá que debíamos partir?

BENIGNA.—A las once y media... el tren sale a las doce, pero como al patrón le gusta madrugar. Ya mandó en el expreso de la mañana a los niños... (se seca las lágrimas). ¡Madre mía...!

CARMEN.—Mamy, ¿por qué lloras? ¿Quiéres quitarme el poco valor que aún me queda?

BENIGNA.—Pienso que si la patrona la ve desde el cielo, ha de sufrir mucho...

CARMEN.—No más que yo, Benigna... (al mozo que entra). ¿Visitas? No recibo a nadie, Remigio... ¿entiendes? ¡A nadie...! No, no, no quiero saber quién me busca... Si quieren ver a papá que pasen... Yo no recibo a nadie... (sale por la izquierda).

BENIGNA (clavando los ojos en el cielo).—
¡Sea por Dios!

ESCENA II

Benigna y Adriana

BENIGNA.—Señorita Adriana... ¿Se ha mejorado? El doctor me dijo que había estado Ud. muy enferma...

ADRIANA.—Buenos días, Benigna... Sí, estuve muy enferma, (suspira) pero ya estoy sana, completamente sana... Y Carmencita, ¿cómo está? ¿Siempre tan abatida?

BENIGNA.—No ha levantado cabeza en estos días... Parece un cuerpo sin alma. Es inútil que el patrón o sus hermanos traten de distraerla... No qu'ere ver a nadie y ni al niño le hace caso... ¡Quería tanto a don Adolfo...! casi hubiera sido mejor que no se separara de él si había de extrañarlo tanto... (llora). Ya no es dable sufrir más de lo que hemos sufrido en estos 15 días, misiá Adriana...

ADRIANA.—Lo comprendo, Benigna... ¡Yo también he sufrido...!

BENIGNA.—La veo más pálida... Pero tome asiento. El patrón no tardará en llegar porque ya va faltando poco para la hora del tren.

ADRIANA.—Se van, se van tan lejos... sabe Dios por cuántos años... y yo sin despedirme de Carmencita... (se sienta en primer término).

(Benigna ha salido s'gilosamente).

ESCENA III

Carmen y Adriana

CARMEN (entrando).—¡Adriana...! (le coge las manos y se miran).

ADRIANA (con acento conmovido).—¡Carmencita...!

CARMEN (tranquila).—Te has enflaquecido... ¿Estuviste muy enferma?

ADRIANA.—Una fiebre nerviosa... pero no te preocupes de mí...

CARMEN.—Mi pobre Adriana... (tranquila) Debiste sufrir mucho... Tú querías con toda el alma a ese malvado, verdad? Tú tan buena, tan leal, tan abnegada... (acariciándola). Palomita mística, no debiste jamás posarte en la tierra; tú destino era planear sobre las miserias humanas... ¡Ay, Adriana, el amor terrenal no es como lo sueñan los poetas... la vida no es un idilio perpetuo... (con fuerza) es una mentira execrable, una falsedad cruel... es lo más bajo, lo más degradante, lo más envilecedor... (silencio) Sí, sí... (tranquila). Vuelve a Dios, Adriana, tú que puedes hacerlo; entrégate de nuevo a El, ese Amante, no es falso, esos brazos no mancillan, ese corazón no tortura... No debiste abandonar su amor por el de una criatura deleznable... (silencio). ¿Conservas siempre tu fe en Dios, Adriana?

ADRIANA.—Sí, Carmencita; la conservo y con más ardor que nunca... Creo en Dios y en su divina providencia... Necesitaba sufrir para comprender el sufrimiento ajeno, llorar para compadecerme de todas las miserias y dolores que encierra el mundo... Ahora puedo prestar mi ayuda al desgraciado, y consolar al triste... Ahora que sé...

CARMEN.—¿Qué sabes tú de dolor, Adriana...? Una llaga que cicatriza en 15 días, que encuentra consuelo en Dios, un dolor que purifica y eleva? Ese no es dolor... (convulsa). Adriana, Adriana, pídele a tu Dios que me muera... (sin lágrimas, pero desolada...)

ADRIANA.—Piensa en tu hijo, Carmencita... ¿O es que ya no le quieres?

CARMEN.—Mi hijo, pero es también su hijo...

ADRIANA.—Desahógate, Carmencita... confía en mí!...

CARMEN.—No; ya no puedo confiar en nadie... ni en Dios... Vivía tan engañada... contra toda evidencia... yo creía en Adolfo... La felicidad se alejaba de mi vida... lo sentía, pero me quedaba la fe, la confianza ciega en el amado... Necesité verme sumergida en el lodo para darme cuenta de mi envilecimiento moral... ¡¡Ahora comprendo!! Cada vez que mi conciencia quería protestar, allí estaba mi corazón de mujer apasionada siempre dispuesto a transgredir, a disculpar... y a perdonar!! Así vivía yo, Adriana... completamente ciega, completamente ilusionada... Fué preciso que ese mal hombre, que Fersen se atreviera a gritarme todo lo que el mundo ya sabía para que yo despertara...

ADRIANA.—No pienses más!!!!

CARMEN.—Eso quisiera, aniquilarme, anondarme... ser una idiota... hundirme en el vacío... olvidar...

ADRIANA. — Carmencita, no te desesperes, el viaje a Estados Unidos te hará olvidar... Tus nervios están enfermos...

CARMEN.—No, Adriana, mis nervios no están desequilibrados... mi cuerpo está sano... soy joven aún, mi salud es excelente... Es él el enfermo, el neurasténico, él, mi pobre "niño grande"! (triste) ¿Por qué no sería yo su madre en vez de ser su esposa?... Entonces nadie me negaría el derecho de protegerle, de perdonarle... Adriana... un hombre que ha perdido su honra, un candidato a presidio, un rufián que trafica con su propia mujer es un ser despreciable... Lo sé!... a ese monstruo no lo puede amar ninguna mujer... honrada... ¿no es así? Aún más, tiene la obligación de despreciarle, de repudiarle... Dime que sí, Adriana... necesito gravármelo en la mente.

ADRIANA.—Al menos por algún tiempo, Carmencita... mientras Adolfo se corrija... Has de pensar también en el niño... Tu misón está cerca de él...

CARMEN.—Sí, sí, es preciso que el niño se eduque en otro ambiente... Papá lo exige... y de él dependemos los dos ahora. Lo comprendo, no quieren que herede nada de su padre... si es posible, que ni le conozca... Esto es razonable... sumamente cuerdo... tal pensamiento ha penetrado ya muy hondamente en mi cerebro... Allí lo educaremos bien... no tendrá tías solteronas que le obliguen a oír misa, todos los días, ni amigos que le perviertan precozmente... Sí, sí, el plan de Papá es admirable... (Al mozo que entra). ¿Qué deseas, Remigio? Yo no recibo... (sale el mozo).

CARMEN (se queda mirando hacia la puerta).—Adriana, Adriana, donde está Adolfo? ¿Lo has visto? Quiero verle... antes de partir... Sabe él que me voy?... ¿Por qué no acude? Adriana, Adriana... ten compasión! No me resolví a partir sin decirle adiós... Aquella noche el dolor me hizo cruel... pero yo creí que volvería... Dime, dime, dónde está? ¿Lo sabes tú?...

ADRIANA.—Carmencita, ten valor, la separación es momentánea, en algunos meses más Adolfo irá a encontrarte... ahórrale una escena cruel... El está resignado...

(Se escucha entre bastidores la voz de Florinda enfurecida).

FLORINDA (entre bastidores). No faltaba más, a mí no se me estorba el paso, Remigio... Qué insolencia!!!

ADRIANA.—La tía Florinda!!!
(Carmen cae hacia en un sillón).

ESCENA IV

Las mismas, Florinda

FLORINDA (entrando).—No faltaba más... me niegan la entrada a la casa de mi propio hermano... ¡Qué desvergüenza!... Aún no baja el moño esta gente...

CARMEN.—No se moleste usted, tía Florinda... Los sirvientes no hacen sino acatar mis órdenes... Esta gente está con el espíritu tan abatido que por eso mismo no quiere espectadores de su desgracia.

FLORINDA.—¡Ah, sí! no todo en la vida ha de ser jolgorio y canto... Y hartito te lo adverti-

mos cuando aún era tiempo... Dios castiga pero no a palos y a veces tiene la mano durita con los que se olvidan de El...

CARMEN.—Evitenos las recriminaciones y los sermones, tía Florinda... Crea usted que estoy completamente resignada a sufrir todo lo que su Dios mande... Pero mis nervios no pueden soportar aún.

FLORINDA.—¿Tus nervios? Y ¿qué diré yo de los míos... que están peor que una cuerda de violín en tensión?... He cambiado de iglesia más de quince veces para no encontrarme con gente conocida y a pesar de todo no falta nunca alguna persona que me interpele sobre tus desagradables asuntos... Que si Fersen es espía, que si es verdad que Adolfo hizo una estafa, que si tu hermano Ambrosio está arruinado, que si Carmen se divorcia... Ya no hay paciencia!... Mi nombre está mancillado...

ADRIANA.—Tía Florinda, no siga usted, por favor... ¿No ve que Carmencita está anonadada?

CARMEN.—No la interrumpas, Adriana. No la privemos de su satánica alegría... Déjala que goce, como buena cristiana, con la desgracia ajena... Yo le ofreceré a Dios sus insultos en reparación de sus propios pecados...

FLORINDA.—Puedes burlarte... Te hace gracia... cuando ya ni siquiera puedes levantar tu cabeza como mujer honrada... Tú que te dejabas pagar tus lujos por un espía, tú, la esposa de un estafador, haces bien en burlarte de la solterona, de la beata...

CARMEN (activa).—Si no me burlo de usted. Digo solamente que usted no lamenta mi deshonra... aseguro por el contrario que siento un enorme regocijo, una alegría satánica al ver mi felicidad perdida... (furiosa e histérica). Esa felicidad que tú no has logrado alcanzar porque el hombre sabe conocer a los monstruos... y esos labios que vomitan hiel jamás serán sellados por un beso de amor... Tu cuerpo se marchitó estérilmente... tu no has sentido el amor... no sabes lo que es ser esposa y madre... Podrás enrostrarme mi desgracia, podrás insultar mi dolor... pero no podrás arrebatarme mis años de dicha, mis noches de amor, los besos que estremecían todo mi ser... el hijo de esos amores, ¿entiendes? Algo me liga a la vida... mientras que tú agrriada, envejecida sigues buscando limosnas de amor que nadie te dará... Tu castidad no es virtud, es la falta de ocasión... porque ni un peón ganán querría reflejarse en esos ojos malignos... Por fuerza has de contentarte con amores místicos... y el dulce Jesús prueba su infinita bondad al no vomitarte de su boca... (queda anhelante y luego se arroja en un sillón).

ADRIANA. — Carmencita... por Dios... Tía Florinda, váyase usted... tenga piedad de esta infeliz... Ella ni sabe lo que dice... Está trastornada.

FLORINDA.—También está trastornada? Pobre Ambrosio... tendrá que convertir en Sanatorio su casa... Es curioso. Comprendo que para librar de la cárcel a Adolfo le declaren enfermo, irresponsable... pero a ésta... No,

no... tendrás que pagarme caro tus insultos... Atrevida!!!!

CARMEN (a Adriana).—Qué ha dicho de Adolfo? Díme, Adriana...

ADRIANA.—Tía Florinda... Cállese usted, por favor... hágalo por Dios.

CARMEN.—Déjala que concluya Adriana. Si todavía me queda algo que sufrir díganmelo pronto antes que el dolor me mate... (lleva sus dos manos al corazón). ¿Que decías de Adolfo? (a Florinda). Habla monstruo, acaba tu obra...

FLORINDA (asustada).—Nada, nada...

CARMEN (angustiada).—Adriana, habla tú, dime la verdad. Ha dicho que Adolfo está enfermo...

ADRIANA.—Un trastorno pasajero... una crisis nerviosa... nada más... Bernardo asegúra...

CARMEN.—Y ¿por qué me lo ocultaban... Esto es abominable!! No, no, yo quiero saber la verdad... Adriana, te ruego que telefonés al Sanatorio y le digas a Bernardo que venga al instante. Quiero saber de sus labios la verdad, a ustedes no les creo, ustedes me han engañado... (sale Adriana).

ESCENA V

Carmen, Florinda, Ambrosio

AMBROSIO (entrando).—Hijita, está el equipaje listo? ¿Tú aquí, Florinda?... Buenos días...

CARMEN (corre a refugiarse en brazos de su padre).—Papá!!

AMBROSIO.—Carmencita, ¿qué te sucede? Por qué estás trémula?...

FLORINDA (interrumpiendo).—Tu hija me ha insultado, Ambrosio... Ella que por sus escándalos y devaneos no debería alzar el rostro, ella que vivía del lujo que le daban sus amantes...

AMBROSIO (serio).—Florinda, te ruego que no prosigas...

CARMEN.—No la interrumpas, papá... otra ocasión más estupenda de desahogar su encono se le presentará en la vida... Tía Florinda, por si es de buena fé que usted cree en el lujo que me daban mis amantes debo decirle que jamás necesité de ellos... El dinero me sobraba y la fuente de él estaba aquí... (extrae de la maleta, algunos papeles). Examinen ustedes estos recibos de joyería: un collar de perlas, cinco mil pesos, aros de brillantes, diez mil, sautoir, quince mil, pulseras, anillos prendedores, todas mis alhajas, todas las joyas de la hija del millonario Aldana... esas fueron las que mantuvieron el lujo de los esposos Las Heras, (a Adriana). Ya lo sabe usted y ahora si quiere márchese usted con esta nueva historia a recorrer iglesias y beaterios; invente todos los chismes que desee, pero apártese de mí vista, se lo ruego... (cae en un sofá y oculta su cabeza en un cojín).

AMBROSIO.—Florinda, discúlpala, sé indulgente... la pobrecita ha sufrido tanto.

FLORINDA.—Dios castiga, Ambrosio... Su justicia es inexorable...

AMBROSIO (acompañándola hacia la puerta).—Que no te alcance a tí, hermana, es todo lo que yo puedo desearte... (triste). ¡Ah, Florinda! tú corazón está seco... ha faltado el amor en tu vida... Adiós, hermana, (conmovido) trata de tenernos compasión...

FLORINDA (conmovida).—Ambrosio!!!

AMBROSIO (alejándose y mostrándole a Carmen).—Adiós... (sale Florinda).

ESCENA VI

Ambrosio, Carmen

AMBROSIO.—Carmencita, hija mía, valor... Es preciso que despachemos pronto el equipaje... (toma los papeles que aún conserva en la mano Carmen). Dame esos recibos, yo te devolveré todas tus alhajas...

CARMEN.—Ya no volveré a llevar más esas joyas... Papá, están todas deshechas, tal vez adornan ya a otras mujeres tan infelices como yo en su aparente brillo...

AMBROSIO.—Tú debiste confiar en mí, hijita... Yo habría detenido a tiempo el mal...

CARMEN.—No quería inquietarte y además confiaba tanto en Adolfo... tenía completa fe en sus palabras!! Si yo te comunicaba mis

aficciones, tú podías criticarle, juzgarle mal y eso me dolía... no podía hacerlo...

AMBROSIO (cogiéndole la mano).—Y el rubí de tu madre, hijita, donde está?

CARMEN.—Se fué junto con las últimas joyas...

AMBROSIO.—El rubí de tu madre, el anillo que saqué de su mano helada ya... ¿Es posible?... Ese anillo era sagrado, Carmencita... Es casi un delito contra su memoria...

CARMEN.—El precio de ese anillo dió la salud a mi hijo, papá. Aquel día no tenía para comprar remedios y mamá desde el cielo ha de perdonar el delito que en su angustia de madre cometió su hija...

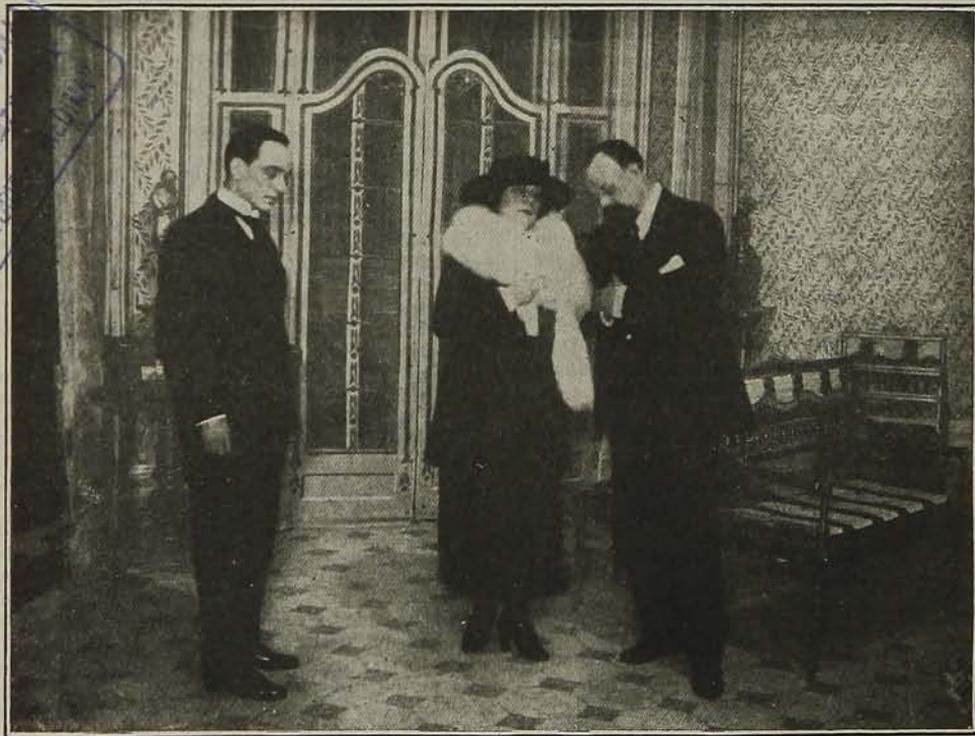
AMBROSIO (enternecido). — Pobrecita!!! (de pie). ¿Ya tienes todas tus maletas listas? Vendrán por ellas dentro de algunos instantes...

(silencio).—El gerente de la Compañía acaba de comunicarme que nos ha reservado los mejores camarotes del Santa Sofía... (silencio). ¿El niño duerme?

CARMEN (siempre anonadada). — Creo que sí... Miss Court y Benigna le cuidan muy bien... Se lo tengo entregado enteramente a ellas...

AMBROSIO.—Hija mía, sacude esa postración... Qué ya no quieras a tu hijo?

CARMEN (alzando los brazos).—Me parece que no tengo ya voluntad para querer ni para aborrecer a nadie... y que en vez de corazón hu-



Acto III.—Escena final.—Carmen, Ambrosio, Bernardo.

bieran puesto en mi pecho una lápida fría, helada...
 AMBROSIO.—Tú estás enferma, hijita, el viaje...

ESCENA VII

Lo mismos, Bernardo y Adriana

BERNARDO (entrando).—Buenos días, don Ambrosio... Carmen...

AMBROSIO.—Hola, doctor, tanto bueno por acá...

BERNARDO.—Adriana me ha llamado por teléfono con mucha urgencia, dice que usted necesitaba hablar conmigo, Carmen, ¿de qué se trata? Yo pensaba despedirme de ustedes en la Estación...

CARMEN.—Un momento, Bernardo... Papacito, ¿quieres pasar con Adriana al dormitorio del niño? Necesito hacerle una consulta privada al doctor antes de partir... Seré breve...

AMBROSIO.—Bien, hijita. Déle ánimos, doctor, la veo muy abatida.... (salen).

ESCENA VIII

Carmen, Bernardo

CARMEN.—Bernardo, júreme usted por lo más sagrado, por sus padres, que ha de decirme la verdad....

BERNARDO.—¿A qué viene ese tono tan solemne, Carmen? Yo no tengo nada que ocultar...

CARMEN.—Míreme de frente, Bernardo, usted ha sido siempre mi mejor amigo, usted que es noble, bueno, caritativo, no querrá engañarme. Prométame que responderá a mis preguntas con entera verdad.

BERNARDO (conmovido).—Lo prometo, Carmen.

CORMEN.—Esa mujer que acaba de salir de aquí, la tía Florinda, me dijo o me dió a entender que Adolfo estaba enfermo, que, Dios mío, Dios mío, no me atrevo a pronunciar esa palabra!...

BERNARDO.—No se afecte tanto, Carmen. En realidad Adolfo sufrió días atrás un ataque nervioso del cual aún no se repone...

CARMEN.—Y ¿por qué no me lo dijeron? ¿Cuándo sucedió aquello? (exaltada). No, no me lo diga, lo adivino... fué al día siguiente de la cena en casa. Sí, sí, Bernardo, cuando yo me vine con el niño a casa de papá... Lo adivino todo... Adolfo en su desesperación recurrió a la bebida, se intoxicó... y... prosiga usted Bernardo (anonadada)....

BERNARDO.—Su estado actual es pasajero... un tratamiento estricto puede devolverle el uso de sus facultades...

CARMEN.—Usted trata de mitigar el golpe. Bernardo... ha sido siempre tan bondadoso con nosotros... ¿Se lo llevará al Sanatorio?

BERNARDO.—Ya está allí, Carmen...

CARMEN (aterrada).—Ya está allí... Y ¿qué dice? Sufre, llora, se lamenta?... Llama a alguien? Responda, doctor... no me torture...
 BERNARDO.—No sufre, Carmen... está in-

consciente aún... la lengua torpe, los ojos fijos... es un niño que sonríe y que ha olvidado el dolor... Ayer... (se interrumpe).

CARMEN (anhelante).—¿Ayer? continúe doctor... recuerde su promesa...

BERNARDO.—Ayer noté en su semblante un gesto de ansiedad, sus labios se entreabrieron...

CARMEN.—Y... me llamó, ¿no es verdad, Bernardo? Adolfo me ha llamado... sí, sí, mi niño grande me ha llamado... (toca el timbre) (al mozo). Diga usted a papá y a la señorita Adriana que vengan al momento... (a Bernardo) Bernardo, Adolfo es un incurable? Dígamelo, pronto...

BERNARDO.—No, Carmencita... se trata de una parálisis nerviosa... Yo me dedicaré a sanarlo. Adriana me ayudará en la empresa... y en dos o tres años se lo devolveremos sano y regenerado... Le he dicho la verdad, Carmen. la entera verdad...

ESCENA IX

Los mismos, Ambrosio

AMBROSIO (entrando).—Nos estábamos divirtiendo con Adolfo... el niño es demasiado precoz. Figúrate, Carmencita, que está enamorado de Adriana, le tira besitos y no quiere que se aparte de su lado...

CARMEN (cariñosa).—A ti también te quiere mucho el niño... y tú estás encantado con tu nieto, ¿no es verdad, papacito?

AMBROSIO.—Es claro... ese hombrecito me tiene chocho... Si viera usted, doctor cómo me engaña...

CARMEN.—Tanto mejor!... Papá, (solemne) he resuelto quedarme en Chile... mi deber está al lado del enfermo, del que sufre...

AMBROSIO.—¿Doctor, qué le ha dicho usted?

CARMEN.—No me ha dicho nada nuevo, papá... La tía Florinda me reveló, en su furia, lo que ustedes culpablemente me ocultaban... me quedo con Adolfo, papacito... (alucinada) En la buena y en la mala fortuna... nos dijo el sacerdote que nos casó... ¡Entonces, yo creía que la vida era una marcha triunfal a través de la vida! La enfermedad de Adolfo me da derecho a perdonarle... sí, papá, mi marido no era un mal hombre, era un enfermo... su corazón era lo que zozobraba, pero no su honor... El mundo puede decir lo que quiera pero yo, íntimamente, tengo la certidumbre de que no he querido a un sér despreciable... Era una víctima de sabe Dios qué atavismos malsanos, un pobre huérfano.

AMBROSIO.—Pero, hijita mía... Tú no piensas, no reflexionas. Te imaginas por un instante siquiera que yo te deje aquí arrastrando una vida miserable al lado de un inválido? No, no lo permitiré jamás...

CARMEN.—Y si yo fuera una hermana de caridad, papacito, me lo permitirías?

AMBROSIO.—Tú no puedes condenarte a los 23 años a ese rol de enfermera, Carmencita. La ley te obligará a seguirme. Tú no tienes rentas con que vivir... El niño no debe crecer

en ese ambiente... Doctor, ayúdeme usted, explíqueme lo que es un Sanatorio.

BERNARDO.—Un Sanatorio, Carmen, es el refugio de todas las miserias humanas, es la Limbo, es un jardín con rejas de presidio. En prisión corporal de las almas que están en el Sanatorio, la palabra lo dice, los enfermos buscan la salud y el médico dedica su ciencia, su espíritu y su vida a hacérselas recobrar.

CARMEN.—Y las enfermeras les dan su tiempo, su piedad y su abnegación.

AMBROSIO.—Dices bien... las enfermeras; ese es su deber. Pero no el tuyo, no el de la hija de mi amor, no el de la niña de mis ojos... (su plicante). No, no, Carmencita, yo no toleraré jamás que te conviertas en la hermana de caridad de un vicioso, de un degenerado...

CARMEN.—Padre mío!!!

AMBROSIO.—Una vez fui débil y ya hemos visto el resultado... Tus lágrimas me obligaron a aceptar ese fatal matrimonio... Pero ahora no será así... Si no me sigues por tu voluntad, acudiré a la fuerza...

CARMEN.—No tendrás que acudir a la fuerza, papá... Te seguiré si me obligas... Pero te llevarás mi cuerpo únicamente... Mi alma quedará al lado del enfermo... No verás lágrimas que te conmuevan... ya las he llorado todas... pero tendrás a toda hora el triste espectáculo de mi atroz desolación...

AMBROSIO.—Eso dices ahora, pero el viaje te distraerá, ¿no es verdad, Bernardo? Ayúdeme usted a convencerla, doctor...

BERNARDO.—Carmen, reflexione usted, la vida es larga... Dicen que el tiempo mitiga las penas!... Usted se debe también a su hijo... El necesita de sus cuidados...

CARMEN.—Pero más los necesita mi niño grande!... Bernardo, usted que jamás ha vacilado ante un deber, ante una obligación sagrada... usted que ha hecho el don heroico de sí mismo en beneficio de sus semejantes... no puede contradecirse; no debe abogar en contra mía! A ti, papacito, te ciega el cariño... Comprendo que quisieras ocultarme la enfermedad de Adolfo... Eso es humano... Pero ahora que sé, no vas a tratar de disuadirme, mi viejito querido...

AMBROSIO.—Si no quieres apartarte de Adolfo, nos quedaremos todos... Yo renuncio a mi viaje...

CARMEN.—Eso no, jamás... Yo no soy tu única hija, papá... Recuerda a tus tres hijos hombres... Por ellos haces este viaje... en ellos tienes que pensar, a ellos tienes que edu-

car... No, no, eso sería una locura... Los niños te aguardan en Valparaíso, está casa está vendida, la hacienda arrendada... No, no, papacito, tú vas a partir... al momento... Tú deber es partir y el mío quedar aquí...

AMBROSIO.—Y Adolfito, Carmen, tú no piensas en él... El niño no puede crecer en el ambiente de un Sanatorio.

CARMEN (aterrada).—El niño!... (cierra los ojos) casi había olvidado su existencia... El niño no crecerá en ese ambiente, padre mío... a pesar de que no es la escuela de la adversidad la más temible para él... no, mi hijo no sufrirá... La deshonra y la desgracia han caído sobre nuestro hogar, pero el hijo de mi corazón es inocente... Sólo nosotros estamos manchados... Al niño si que te lo puedes llevar... te lo confío... (desesperada). Si, llévate... edúcalo lejos de este ambiente malsano... sálvalo de una corrupción precoz... haz de él un hombre de bien... llévate al país de los hombres fuertes... Vela por él, prolongale la infancia... Aquí me lo pervertirían fácilmente...

BERNARDO (emocionado).—Carmen... Nada la obliga a inmortalizarse así... Ese cáliz es demasiado amargo...

CARMEN.—Eso quiero yo, beber el cáliz hasta las heces... Tía Florinda, tía Florinda! esa era la "Marcha fúnebre" que me pronosticaste... ese el convoy maldito... que lleva a la desesperación y a la ruina...

AMBROSIO (llorando).—Hija mía, hija mía...
EL MOZO.—Vienen los cargadores por el equipaje, patrón.

CARMEN.—Que entren, Remigio... Está listo...

AMBROSIO.—Espera, Remigio... no lleven aún las maletas...

CARMEN.—Anda, Remigio... (el mozo sale y los cargadores llevan el equipaje mientras concluye el acto.

AMBROSIO.—Carmencita...

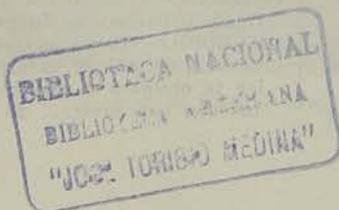
CARMEN (se coloca el sombrero y el abrigo).—Continúa tu viaje, papá... Cuida de mi niño... como cuidaste de tu Carmencita... Yo me voy con mi otro hijo, con el que más do?

necesita de mis cuidados... ¡Vamos, Bernardo!

BERNARDO.—Yo velaré por ella, don Ambrosio... juro a usted que le devolveré al hijo pródigo regenerado... (salen).

AMBROSIO.—¡Hija mía!, ¡mi Carmencita!... (se arroja llorando sobre un sillón).

TELON



Santa Cruz, que firma con el seudónimo de Roxane, no vamos a consagrarla definitivamente en el teatro, aunque comparando su obra con otras del teatro nacional, bien merecía una consagración, pero con esto poco diríamos a la autora que, a no dudarlo, le gustará más que razones nuestro juicio.

Advertiremos, eso sí, que dentro de nuestra escena, la autora tiene derecho, con la obra de anoche, a uno de los primeros puestos, sin discusión alguna.

Como técnica teatral esta comedia es encomiable. «La autora nos ha hecho un primer acto, a nuestro juicio, como "metier" teatral, el mejor de la obra, el llevado más fácil y espontáneamente. En el segundo acto, durante las primeras escenas, la acción marcha lenta, pero se vigoriza luego en la mitad del acto, cuando la autora escribe la escena culminante de la obra, aquella en que se ponen frente a frente el que pretende ser amante, Fersen, y la esposa que lo rechaza. La escena del arrepentimiento del esposo es un poco violenta y poco preparada, pero tiene un final eficaz para el público y de efecto, cual es el momento cuando se piensa en la medicina del hijo enfermo que el esposo ha volcado.

El tercer acto, que debió ser el más acentuado en cuanto a dramática, lo es en su principio, pero como aquella tensión se mantiene durante todo el acto, el final encuentra al público algo relajado, y su efecto no es el que debió ser, forzadamente.

Los tipos están esbozados tan sólo; pero sus rasgos son visibles para que cumplan su cometido dentro de la obra. Esta debilidad, puede decirse, del dibujo, hace que algunas escenas resulten frías, como las del principio del segundo acto. Pudo también la autora en el momento en que el esposo se arrepiente de sus culpas, en que ve el abismo en que pudo haber rodado la esposa, hacer un diálogo de una fuerza dramática enorme, acentuar el carácter, presentárnoslo vivo, justificar todo lo que ha hecho aquel hombre, quien no es malo sino solamente alocado. Pero se limitó a una escena esbozada, nada más.

De seguro que en lo sucesivo, cuando la autora tenga más práctica escénica, cuando se encuentre con una situación como ésta, la afrontará decidida, ya que, como dice Brissón, "el autor dramático no debe rodear el obstáculo como lo hace el agua, sino derribarlo como un tiro de cañón".

Haciendo la observación que el tipo de la tía es dentro del ambiente falso y socorrido como resorte vulgar en el teatro, terminaremos por elogiar esta obra, en general, que es valiente, que acusa en su autora buen gusto y muchas disposiciones para el teatro, y que desde luego ocupará lugar brillante en nuestra nascente escena.

La interpretación fué bastante buena. Antonia Plana nos hizo una Carmen llena de emoción sincera, tocando la dramática del tipo en término justo y adecuado al ambiente y a la psicología. Los señores Bardem, Latorre, que hizo bien la escena del segundo acto, —Rausell, Díaz y las señoras Díaz y Chico, relevaron el mérito de la obra".

El laureado poeta don Daniel de la Vega dice así, desde las columnas de "El Mercurio":

"La Compañía de Antonia Plana ha estrenado con verdadero éxito en

el Teatro de la Comedia "La Marcha Fúnebre", de Roxane. Esta obra demuestra ante todo el evidente progreso de la autora en el arte de dialogar y distribuir las diversas partes del drama. El primer acto, dedicado a exponer el asunto, es liviano y simple; condiciones valiosísimas en un acto de exposición, pues casi siempre esta parte de la obra, en que el autor tiene que explicar al público, por boca de sus personajes, el comienzo de su pieza, es pesada y algo confundida.

En el segundo y tercer acto el interés continúa en línea ascendente, característica que basta para asegurar el éxito teatral, es decir, el éxito del espectáculo.

De la parte artística de la obra, no hay mucho que decir. Roxane se preocupa poco de hacer arte en sus comedias. Esta autora es un crítico de costumbres. Sus personajes hablan de sus pasiones, de sus intereses, de sus fracasos y de sus triunfos, pero jamás se refieren a aquella parte trascendental del hombre: al espíritu. El valor de sus obras consiste en la certeza de las observaciones, en la oportunidad de la sátira.

Con ocasión del estreno de la comedia de Roxane, titulada "La Familia Busquillas", nosotros escribimos algunas líneas que creemos oportuno repetir ahora.

Roxane ha demostrado poseer sobresalientes facultades para el arte escénico, y una independencia frente a los convencionalismos sociales que es realmente consoladora en esta época de timidez y de claudicación.

Pero para los vergonzosos males hay remedios violentos. Y ha sido Roxane, escritora inteligente, con una brillante posición social, la que ha tenido el hermoso gesto delator. La lección ha venido de arriba, debiendo haber subido desde abajo. La transcendencia que tiene el estreno de esta comedia es mucho más grande que lo que muchos se imaginan. Y esa importancia está por sobre las escenas y los tipos, por encima de los diálogos y de las acciones. Está en la conciencia de la obra, en la intención de su sátira, en la dirección del espíritu".

Don José Peláez de Tapia, crítico teatral de "El Mercurio" de Valparaíso, se expresa así:

"Roxane, la afortunada autora de la comedia estrenada anoche con gran éxito en el Teatro Victoria, es una escritora de temperamento excepcional. Tiene la recia del cerebro masculino y la ternura del corazón femenino.

Y como ambos luchan en ella constantemente por el predominio de su carácter que ninguno de los dos consigue todavía, vemos enlazadas en sus obras la osadía del hombre rebelde y la mansedumbre de la mujer sensible.

Con esta mezcla agridulce de su idiosincrasia consigue, sin procurarlo, las simpatías del público de palco y platea y la admiración del público de galería, conquistas éstas que hablan claro de su innegable talento.

En un lapso de tiempo relativamente cortísimo, Elvira Santa Cruz ha dado a la escena tres obras que han sido recibidas por el público con mucho aplauso y por la crítica con sumo agrado.

Y en las tres se han notado, a juicio de críticos y literatos, grandes progresos que demuestran que su autora, además de inteligencia y

cultura, tiene constancia en los propósitos, aparte de sus excelentes aptitudes de comediógrafo.

En "La Marcha Fúnebre" hay diálogos muy naturales, como el del padre y la hija en el primer acto.

Hay caracteres bien delineados, en particular el del padre.

Los actos están bien cortados.

El argumento es interesante y la idea que le da vida es tan noble como humana.

Y nada más tenemos que añadir a lo mucho y bueno que ha dicho la crítica santiaguina acerca de la obra en cuestión.

Únicamente podríamos añadir que Roxane será en breve uno de los mejores comediógrafos de Chile, si continúa con tesón la senda emprendida, al fin de la cual le aguardan muchos laureles".

El notable poeta y autor teatral señor don Antonio Orrego Barros, comenta esta obra en un hermosísimo artículo del cual escogemos algunos párrafos:

"Para los que seguimos con vivo interés el desenvolvimiento del teatro nacional, el avance artístico de Roxane ha sido más que una sorpresa, un asombro.

Basta considerar que se trata de una dama de nuestro alto ambiente social que, sustrayéndose a la vida sencilla del hogar chileno, se atreve a desafiar la opinión pública con su pluma y no sólo se conforma con la vida literaria del artículo volandero deslizado en la prensa diaria, con el triunfo silencioso de las letras, sino que se atreve a llegar a las tablas, a subir a la escena para mirar desde allí cara a cara al público más exigente y descontentadizo, al público que busca una impresión intensa y la exige vibrante y vigorosa, dentro de la rama más complicada y difícil del arte: la obra dramática.

Y Roxane ha tenido el valor de lanzarse de lleno al teatro y, en sus avances, ha sido prudente y observadora, causas que en mucho han contribuido al espléndido triunfo que obtuvo con su reciente obra: "La Marcha Fúnebre".

Hay en su ambiente escénico tal propiedad y ajustación a nuestros hábitos y costumbres sociales, que hacen de él un drama netamente chileno.

Flota en los diálogos una ligera ironía a todos nuestros defectos: el muchacho que fracasa y se dedica a vender repuestos de automóviles; el joven que rechaza ir donde la fulanita porque hay un señor de semana; los amaneceres con las cazuelas de la plaza de abastos, y mil frases bien colocadas aquí y allá para despertar el interés del gran público que supo sentirlos y aplaudirlos con entusiasmo.

Y de aquí nace otro mérito saliente de esta obra: si hay algo difícil, es contentar al público de las galerías, público que busca más el chiste y la farsa—lo de sainetero de cada obra—que el mérito literario y la observación psicológica y artística, y a la vez contentar al público de los palcos y de la platea, público refinado, artístico y que desea sólo apreciar lo que de bello, lo que de creación artística lleva en sí la obra. Unir polos tan opuestos, armonizar la crema de Chantilly con las empanadas caldiadas, sin que de tal amalgama resulte una pócima para ambos, esa es la gran obra de artista que sabe poner distinción en el chiste y envolver lo burdo con el polvo dorado de la palabra elegante.

Roxane supo hacerse aplaudir con entusiasmo por el público de los palcos, supo arrancar hasta palabras de interés por sus personajes, desde las galerías, supo encontrar ese término medio que da los llenos de los teatros, y ese ya es su más alto triunfo y el más anhelado triunfo de todo autor dramático.

Lo lamentable es esta vida triste del teatro nacional, entre nosotros, lo de sentir es que nuestras obras teatrales están condenadas a vivir menos que las rosas. Una compañía de relevantes méritos, como ocurre en el presente caso, se hace cargo de la obra, la pone con propiedad y cariño en escena, la hace triunfar, pero... cuando ya se anuncian los carteles de despedida. Y la compañía se va y la obra rueda al olvido. Es necesario pensar seriamente en resolver este problema, en buscar los elementos nacionales dispersos, unirlos, disciplinarlos y hacer rodar este carro del teatro nacional que hasta ahora va haciendo tumbos, como una rueda.

En Roxane hemos saludado todos a un nuevo autor, a una nueva esperanza que nos permita decir que en Chile fácilmente se puede contar con un grupo de autores capaces de dar obras suficientes para mantener una compañía chilena y justificar su existencia".

El crítico de arte de "La Unión", don Santiago Cruz, que firma sus crónicas con el pseudónimo de "Lo-hengrin", dice así:

El Teatro de La Comedia estaba de bote a bote.

Impaciencia, no exenta de alguna inquietud, se notaba en todos los rostros; y los minutos que faltaban para que se levantase el telón, se hacían largos para los asistentes.

Como se trataba de un intenso drama pasional, con estudio psicológico de los diferentes personajes que nos creaba, en más de uno de los asistentes, quizás hubo un pequeño asomo de duda sobre el éxito de la pieza.

Por fin se levanta el telón. La señora Plana nos encarna en forma admirable el tipo de Carmen, y desde el primer momento se conquista al público.

Y se suceden unas a otras las escenas, presentadas en forma correctísima.

El interés dramático crece por momentos. Las bellezas de la obra se destacan con relieve. Y se admiran también las sátiras que aquí y allá aparecen, presentadas con finura. Y se llega así al fin de la pieza, dominada la concurrencia por el desenlace doloroso, que nos hace verter lágrimas de verdadero sentimiento.

Roxane había triunfado. Su obra se había impuesto en forma completa. Y este entusiasmo, esta admiración se tradujo en una franca y entusiasta ovación, como no habíamos visto parecida en nuestro teatro. Se la hizo salir al proscenio cinco veces seguidas. Gran parte de los amigos y admiradores fueron personalmente al palco escénico para repetirle sus felicitaciones por el triunfo.

Hay en la obra un fondo de belleza encantadora. Este fondo está encarnado en esta Carmen, quien a pesar de todos los vicios de su marido, no sólo permanece siempre inquebrantable a los dictados de la vir-

tud más severa sino que, sacrificadas por él sus joyas y sus alhajas, sacrifica sus viajes y proyectos, y hasta se separa de su hijo único para volver donde su marido, que está recluso en un sanatorio. Hay infinita belleza en ese amor, en esa virtud que retrata el alma de esa mujer todo corazón.

Los demás tipos presentados en "La Marcha Fúnebre", el marido vividor, simpático, de cabeza desequilibrada y que ama a su mujer; el extranjero lleno de suficiencia, que mira todo lo de Chile con olímpico desdén; la tía chismosa, a quien le encanta destruir honras ajenas; y todos los demás personajes de menor importancia que figuran en la obra, todos han sido diestramente estudiados.

Y los puntos de nuestra pluma, casi exclusivamente acobardados a escribir sobre crítica musical, se levantan ahora, y salen de sus casillas, para aplaudir con entusiasmo el trabajo de Elvira Santa Cruz, que nos muestra en su obra mucho talento, un dominio completo del arte teatral, y un profundo conocimiento del corazón humano".

Don Guillermo Bianchi (Shanty), crítico teatral de "Las Últimas Noticias" de "El Mercurio" y autor de la aplaudida comedia "El Pecado de Juventud", dice así:

"Debemos ser sinceros al hablar de esta primera obra teatral, que nos presenta por una Compañía de profesionales una mujer chilena: había anoche en cierta parte del público que llenaba la sala del Comedia, cierta predisposición contraria a la obra de Roxane, porque, como desgraciadamente no es siempre la buena intención la que más abunda, no había faltado quien echase a correr el himnecito de siempre, en el que se anunciaba que la obra había sido puesta en escena solamente por un compromiso social de la Compañía con su autora. Estimamos, por esto, que el triunfo franco y definitivo de "La Marcha Fúnebre" cobra más valor todavía, y dice mucho de las cualidades dramáticas de Elvira Santa Cruz.

El primer acto, la exposición de la obra, es muy bueno. Los personajes están bien presentados, los distintos caracteres de cada uno de ellos están tratados con acierto y dan la impresión de vida real, trasladada a la escena con verdad y buen gusto. El final denota una honrada escuela teatral, en cuanto a técnica y emoción. Son hermosas esas escenas, en las que vemos las primeras nubecillas entre las cuales se va perdiendo la luna de miel de una aristocrática pareja de recién casados, y tienen ellas la melancolía de las verdades tristes, que hemos de considerar tales, aunque nos duela reconocer la vieja vulgaridad, que es más fácil en este pícaro mundo, sufrir que ser feliz.

El segundo acto, a nuestro juicio, es el mejor de la obra; crece en interés para el espectador. Se acentúa la dramaticidad del conflicto, cuyo amargo fondo se acrecienta firmemente en escenas sobrias, bien trazadas y convincentes. El tipo del marido calavera y jugador que nunca ha comprendido el goce del trabajo honrado y que arrastra a la frivolidad de su vida, la tranquilidad sagrada del hogar y que, indirectamente, llega hasta profanar el gran amor de su esposa, está admirablemente tratado.

Igual concepto podemos emitir so-

bre Carmen Aldana, su mujer, que es toda corazón y cariño.

Fersen, el calculador financiero extranjero, que critica con franqueza la mala educación de parte de nuestra sociedad y la falta de iniciativa y de voluntad de nuestra juventud, que desdena la labor industrial y el trabajo en general, nos parece un personaje muy bien hecho también.

Los tres protagonistas que nombramos son los principales de la obra; se conoce que en ellos la autora ha puesto especial cuidado, y con razón sobresalen brillantemente, manteniendo en todo momento un gran interés por la comedia, que se desarrolla con lógica y siempre en ambiente.

Los demás personajes que completan y dan realce a la labor de los anteriores, aunque menos acentuados, convencen también.

El acto final de "La Marcha Fúnebre" es el más débil de los tres, a pesar de que por la belleza de su desenlace debiera ser el mejor; tal vez por esto mismo la autora se encariñó demasiado con él, y prolongó en exceso el final haciéndole perder en parte su emoción y su teatralidad. Este defecto no alcanza a hacer disminuir el total de la obra, que se colocó anoche a la altura de las mejores de nuestro teatro y que puede, con justicia, colocarse también al lado de muchas de las buenas extranjeras.

El público se portó justiciero con Roxane, premiándola con entusiasmos y ruidosos aplausos al final de todos los actos, siendo obligada a salir a escena varias veces.

Triunfó plenamente anoche "La Marcha Fúnebre", y esto nos alegra, por Roxane, y por el teatro nacional, que cuenta con una nueva obra de éxito, y que ha demostrado anoche en una Compañía que hace sólo repertorio español, que puede afrontar, sin temor, altas comparaciones".

Don Augusto Millán, director de "Las Últimas Noticias" de "El Mercurio", comenta la obra en estos términos:

"La prensa unánimemente ha declarado que el estreno de "La Marcha Fúnebre", de la talentosa escritora Elvira Santa Cruz, ha sido un acontecimiento artístico, y estas palabras, que por tratarse de una mujer y además distinguida, pudieran parecer exageradas alabanzas, no significan sino la más lisa y llana verdad.

Roxane ha triunfado una vez más en la escena nacional, esta vez en forma rotunda y definitiva, pues su obra fué llevada al tinglado profesional ante un público inteligente y concienzudo.

Miles de palmadas recibió la autora, y con ellas la aprobación espontánea de su labor y el estímulo a su talento.

Los que tienen un armario de adjetivos para colocar a las obras, sean buenas o malas, y hacerlas aparecer ante el público menguadas o páldas, miradas bajo el cristal de su virtuosismo artístico, casi siempre ficticio, no encontrarán en esta ocasión más adjetivo que los óptimos para calificar la nueva producción del teatro chileno.

Conocedora la autora del ambiente elevado de nuestra sociedad, ha tenido facilidad para pintar sus personajes y desenvolver su argumento. Pero es el caso que ese argumento está llevado a lo largo de las

escenas en forma sencillamente acertada, sin que el interés decaiga un instante, atraído siempre por un lenguaje hermoso, bien cortado y exento de resortes rebuscados en la comedia o en la tragedia.

Todo allí es humano, lógico y elegante; los tres finales nos agradan, pues, si bien es cierto que el último es lánguido, esa languidez está muy de acuerdo con el ambiente de tristeza que envuelve todas las escenas del último acto y desde las primeras frases se advierte que aquello no tendrá ya más conflictos, sino que se impondrá la realidad desnuda, que nunca es teatral sino más bien triste e indiferente.

Además, ¿quién ha impuesto la obligación de rematar todas las obras de porrazo?

Estamos de acuerdo con la autora, y si alabamos su técnica, no menos alabamos la psicología del texto.

Aparte de muchas otras enseñanzas, Roxane predica con la "indirección" del lenguaje escénico la necesidad de desarrollar energías, cosa muy necesaria a nuestro temperamento nacional.

Roxane no se contenta con predicar... Ha dado el ejemplo, pues, rompiendo prejuicios, ha elaborado en la soledad de su gabinete una obra hermosa, fuerte y valiente, y ha hecho alzarse el "sipario", de sañando esas tempestades que suelen caer sobre las obras de teatro chileno.

Tomen ejemplo los autores de la colega. El triunfo se rinde a los tonos. Hay que desarrollar energías...

Felicitémonos de que nuestro teatro cuente con una nueva obra que ocupará sitio junto a las mejores, pues esta nueva obra es de las que merecen el nombre de joya".

Don Carlos Morla Lynch (Almor), escribe así en "La Nación":

"He asistido a la tercera representación de "La Marcha Fúnebre".

El público se retira absorto, sacudido por esa fuerza emotiva que desciende de la escena a la sala cuando el drama es vivido y la psicología honda y humosa.

El tema abarcado es valiente y profundamente moral. Es valiente porque en él se hace caso omiso de los mezquinos prejuicios del vulgo para encarar, con varonil entereza, la descripción de un ambiente libertino, inconsciente, triste—a pesar de su aparente alegría—símil a muchos existentes en ciertos círculos sociales míficamente frívolos y lamentablemente decorativos en su decadencia. Es moral, porque el cuadro, presentado con gran vibración de colorido, aflige, preocupa y, por fin, convence.

Las he conocido, ¡oh, sí!, y muy bien, a esas pobres muchachas bondadosas y juveniles que inician su camino al lado de un hombre de aspecto atrayente, elegante, buen mozo, inteligente, por la fuerza de su cinismo encubierto, las he visto confiar en la felicidad de la vida, en el fácil rodar de la existencia, en la leal sinceridad de los hombres. Sueñan embelesadas en la ruta que el amor y la primavera enfiestan sin darse cuenta que la "marcha triunfal" poco a poco degenera en la "marcha funeraria" que conduce a las regiones abismales.

He ahí el caso de la heroína... La desgraciada despierta un día ante las tinieblas pavorosas del abismo que se abre a sus pies y com-

prende, en un supremo instante, todo el horror de la vida que ha vivido; el sacrilegio en que ha sido sumergido su amor puro y desinteresado, la estructura infame de ese pedestal podrido y carcomido en que descansaba su hogar, ese hogar que ella—en su bondad de ángel—creía invulnerable. Ante la hecatombe en que yacen profanados sus sentimientos más caros, descubre la morbidez malsana del ambiente que ha sido su ambiente y se detiene exhausta para ver surgir de los escombros la deplorable figura de su marido, silueta exangüe y despreciable, miserables restos de un hombre que pudo haber sido bueno, y que se ha visto arrastrado a todas las degeneraciones por culpa de una vida ficticia de vanidades e impropiedades.

Hemos terminado los dos primeros actos y me inclino ante el tercero y último—el más discutido—el más débil según la crítica, el que corona la obra, según mis humildes sentires.

Estamos en presencia del desastre final: el hogar está en ruina, deshecho, y un velo de amargura encubre el ámbito.

El causante de la "débacle" ha perdido la razón agobiado por sus vicios y se encuentra recluso en un sanatorio. El padre de la víctima anhela aliviar su dolor inmenso: propone distracciones bienhechoras, un viaje a fin de alcanzar, en lo posible, el olvido; y es allí donde Roxane ha sabido penetrar, con toda la sutileza de su espíritu privilegiado, en el tabernáculo del alma femenina.

La mujer de ayer, de hoy, de mañana, la mujer de siempre, redentora—ante la cual doblo mi frente en signo de veneración y gratitud—se yergue noblemente, levanta su hermosa cabeza y con ademán magnífico exclama: ¡Mi sitio está a su lado!

Aparece la salvadora eterna, el refugio sacrosanto, la palmera bienhechora que derrama en el desierto, sobre el caído culpable pero nunca irredimible, la sombra del perdón, única senda que lleva a la expiación y al resurgimiento.

Ante tal desenlace se ha dicho—como reproche—que la mujer al abandonar a su hijo, pierde su belleza moral.

¡Protesto de esta aseveración! ¡No lo abandona; acude a salvar a quien le dió la vida! Ofrece la energía de que aún es dueña en holocausto a la reconstrucción del camino que en el porvenir habrá de recorrer ese mismo hijo que le reprochan de abandonar; y esa huida de la casa apacible de sus padres para recluirse en calidad de enfermera en un Asilo, no es una renuncia al hijo, no es un abandono; es un nuevo sacrificio impuesto por un deber más alto de amor y de abnegación.

La señora Plana encarna con raro talento la delicada figura de Carmen y su voz persuasiva se infiltra melodiosamente en el alma del público".

La distinguida poetisa Mlle. Marcelle Auclair, autora del libro "Transparente", hace el siguiente comentario:

"Se les habla mucho de deber a las mujeres; y algunos extrañan que no parezcan comprender aun cuando se les escribe Deber con mayúscula. Es que para las mujeres, el deber se llama amor, y com-

pasión, y ternura, y abnegación, y fervor de sacrificio, y de otras cien maneras con cien otras matizadas expresiones cuyo valor nosotras no más conocemos.

Y por eso nunca le agradeceremos bastante a Roxane el haber escrito su "Marcha Fúnebre" en nuestro idioma.

¡Qué bien comprendemos nosotras a Carmen!

Sólo nosotras tal vez podamos apreciar qué maravillosa expansión de amor y ventura significa su encantadora frivolidad del primer acto. Cuando una mujer inteligente es puerilmente frívola, es como si gritara a la faz del mundo: "Soy profundamente dichosa. ¿Qué puedo temer? Mi vida puede ser un ferviente himno de alegría. Mi padre es mi fiel protector; mi marido es mi amado, y soy su amada; creo en él; me afirmo en su brazo seguro y voy por la existencia, cerrando los ojos a la realidad para contemplar mejor mi inefable ensueño... El velará por mí... El me guiará..." Carmencita, en este acto, es feliz como el pájaro que confía en que el Dios de los inocentes le medirá el sol y el viento.

Pero el Dios de Carmencita, de Carmencita pagamente dichosa es El, es Adolfo. Y este Adolfo es un andrógino humano; un sér sin voluntad, sin honor, de una pavorosa atonía moral. Incapaz de labrar decorosamente una situación para su mujer y su hijo, vive de repugnantes compromisos con un extranjero.

Es de imaginar la horrorosa desilusión de Carmen cuando le es revelada brutalmente la verdad. Entonces, ómos de sus labios de esposa ultrajada en los más puros afectos, esta frase que toda mujer que ama sin cegarse, que ama "a pesar de todo", siente surgir de lo más hondo de su sér, cuando de parte de El, todo le falla: "¡Por qué, Dios mío, en vez de ser su mujer, su amada, no he sido su madre!"

Pensará Carmencita en medio de sus sollozos: "Si hubiera sido su madre, hubiera modelado su alma entre mis manos amantes, lo hubiera hecho, lo sé, lo siento, bello, genial, y bueno. Y, además, las madres tienen siempre el derecho de perdonar mientras que nosotras debemos pisotear con orgullo nuestra ternura, y levantar la cabeza para que no corran nuestras lágrimas".

Y para sentir una sombra de encono contra Adolfo, Carmencita amartillea su corazón con estas duras palabras: "Dime,—le ruega a una amiga,—dime que un sér que obra como Adolfo es despreciable... que un sér que vende a su propia mujer, que es inicuo como él lo fué, es el más malvado de los malvados..."

Nosotras comprendemos el alivio que siente al tener noticia de que Adolfo, después de separarse de su mujer, sufrió una crisis de locura. Era un degenerado, un inconsciente... "Entonces,—exclama Carmen,—no era malo..." Y puede escuchar otra vez la voz enorme de su ternura, agrandada aún por su infinita compasión hacia el desgraciado, hacia el enfermo... Dedicará sus días a cuidarlo, a sanarlo, a regenerarlo, mientras su padre llevará su hijo a Estados Unidos para hacer de él un hombre en todo el sentido elevado y fuerte de la palabra.

Y quisiéramos darle a Carmen un abrazo de hermana; quisiéramos decirle que el dolor es en su frente una corona luminosa, y la abnegación un manojito de rosas vivas entre sus manos..., etc., etc.



